



GALAXIA
Ciencia Ficción

J. HUNTER HOLLY

e FU Giti- VO

TAN SENCILLA Y AMENA
COMO SORPRENDENTE

Nadie puede escapar de la poderosa fuerza proveniente de las estrellas que invade las mentes de los hombres...



J. Hunter Holly

El fugitivo

Galaxia - 44

ePub r1.0

Titivillus 11.06.16

Título original: *The running man*
J. Hunter Holly, 1963
Traducción: Fernando M. Sesén
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



I

Jeff Munro odiaba las vías rápidas. Atravesaban los bosques y las suaves colinas con un sendero estéril de campos divididos de monotonía. Había simplemente letreros de cemento... «Salidas, Comidas y Habitaciones en la Próxima Salida», etc., etc., en un blanco aburrimiento que al pasar por entre la maleza verde transformaba cada milla toda en una torpe igualdad de pavimento gris y coches veloces. Las esquivó resueltamente, conduciendo por viejos caminos que serpenteaban en un sutil molde a través del campo de granjas y bosques, penetrando por pueblecitos en donde los seres humanos vivían sin signos de salida.

Se recriminó a sí mismo por utilizar la palabra «odio». Cory diría que era característica suya y de su enraizadas opiniones. Jeff supuso que lo era, pero sólo las palabras cortas y duras podían describir sus convicciones.

Conduciendo kilómetros y kilómetros a solas, deseaba tener a Cory a su lado para poder discutir, su pasatiempo favorito en las tardes tranquilas. Él diría a Cory que una opinión que valía la pena mantenerla también valía la pena gritarla y demostrar que ganó su puesto en el mundo siguiendo esa norma. Profesor asociado... era un trabajo bueno y honorable, pero nada del otro mundo. Departamento de Ciencias Políticas en Union College... era un buen departamento y una buena escuela, pero sin embargo nada espectacular. Físicamente, él era un hombre medio y lo sabía: Uno setenta y siete, pelo negro y ojos castaños, siempre sin nada fuera de lo común. No obstante, los estudiantes, en Union College luchaban por inscribirse en sus clases y se unían a los clubs en que él servía como consejero. ¿Por qué? Porque, diría a Cory, él hablaba. Creía fuertemente y hablaba y escribía sus creencias, en el

periódico del colegio y en el de Union Town. La gente le escuchaba porque voluntariamente ponía en cada línea su reputación y sus emociones.

Mientras doblaba en la siguiente curva, un cartel verde, rojo y blanco asomó ante él «¡H.D.P. está en marcha! ¡Únete y salva al mundo!» desde allí en adelante muchos árboles al costado de la ruta estaban salpicados de frases de H.D.P., «Heraldos de Paz».

—Únete y salva al mundo —gruñó Jeff—, preferiría no unirme y salvar al mundo... de los fanáticos.

Giró en la última curva hacia Bolin, desde allí estaría a menos de dos horas de su casa.

—¿Qué diablos? —murmuró porque no había charretera, en el espacio que esta debía ocupar había una masa de gente arremolinada, yendo a un lado y luego hacia otro.

Sobre la carretera pendía una pancarta amarilla y roja «Heraldos de Paz, conferencia hoy, escucha y salva al mundo».

—¿Qué ocurre? —gritó a un hombre—. ¿No puedo cruzar?

El hombre giró en redondo, un tipo recio con manchas de polvo, y cuando sus ojos se encontraron con los de Jeff, retrocedió.

Había odio puro en sus ojos... odio y ansias de asesinato, sus miradas solo se cruzaron un instante y luego se perdió en la muchedumbre.

—¡Quiero pasar! —gritó, pero nadie se movió. Dejó el auto a un costado y caminó hacia la masa. Un muchacho se escapó del grupo de gente, agachándose, bajos los brazos y corriendo doblado. Cuando se incorporó en un claro Jeff le cogió del hombro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jeff.

El rostro del muchacho estaba enrojecido hasta un carmesí brillante y jadeaba enormemente.

—¡Vamos a matarla! —dijo, y se libertó de la mano de Jeff.

Corrió hasta el lado de la carretera, cogió piedras y se las metió en los bolsillos, luego se introdujo de nuevo en la multitud.

—¡Vamos a matarla! —había dicho y las palabras cayeron frías en el cerebro de Jeff. El muchacho había sido tan brusco, tan ansioso—. ¡Vamos a matarla! —Y con los bolsillos llenos de piedras.

Dejó su lugar en el pavimento y avanzó rápidamente.

Esto no era una simple demostración. Era una turba y una turba significaba algo... alguien... en el centro, y en la posición de

víctima. Corrió, llegando hasta el extremo exterior de la gente y abriéndose paso. Gritos le golpearon los oídos, pero pudo descifrar muy pocos.

—¡Maldita seas! —Oyó y—: ¡Démosle una lección que no olvide jamás!

Mientras entraba desde la parte trasera la cosa le resultó cada vez más difícil. La gente formaba un muro compacto, hombro con hombro y no podía atravesarlo. Dentro de la masa la emoción cayó sobre él en plena fuerza. La gente estaba frenética en cólera y el sentimiento era casi palpable en el aire. Buscó frenético una abertura, dejando que ardiese la cólera en su torno a impulsarla también a su cuerpo. Los segundos perdidos le parecieron de pronto preciosos. Esto no era asunto suyo, nada que le importase o que tuviera que hacer o deshacer, pero en cierta manera sentía que era la única persona cuerda en Bolin y si fracasaba en actuar, ocurrirían cosas terribles.

Un espacio de pocos centímetros se abrió entre dos corpulentos individuos delante de él y se metió en dicho espacio. Estaba ahora a tres cuartas partes de distancia del borde y una nueva voz se añadió al estrépito, una voz aguda, alta, que gritaba a alguien que quisiera oírla:

—¡Déjenme sola! ¡Ustedes, hijos del diablo! ¡Déjenme sola!

La voz gritaba en desafío suplicante y Jeff se aferró a ella, adentrándose hasta el claro a viva fuerza de voluntad y de codos. Y allí, retrocediendo ante la agitada multitud, había una mujer. Tendría mediana edad, el pelo con mechones grises. Su vestido era de algodón y sencillo, su rostro pálido y lustroso, carente de maquillaje. El miedo originaba durezas en su boca y ojos. El rojo fuego de la sangre serpenteaba por su brazo izquierdo y le manchaba el cabello en la parte posterior de su cráneo.

En algún lugar dentro de su visión periférica un brazo se alzó y una piedra voló por encima de las cabezas. La mujer saltó y se agarró el cuerpo; luego otra vez repitió el gesto cuando una piedra más la golpeó. La sangre apareció tras el último golpe y ella se convirtió en una figura convulsiva, bailoteando entre las piedras, tratando de esquivarlas.

Jeff saltó por la zona vacía de pavimento y se colocó delante de ella, amparándola con su cuerpo. Se puso rígido y gritó a las caras

de la turba.

—¿Qué ocurre? ¿Os habéis vuelto locos? ¿Qué es lo que hacéis?

El efecto de ver a una cara desconocida alzarse ante ellos fue el que él había esperado que fuera, las piedras dejaron de volar; y el avance hacia delante de la multitud se detuvo. ¿Pero cuánto estaría parado antes de que comenzase de nuevo? Segundos. Tenía que dominarles en segundos.

—Apartaos del camino —gritó una voz anónima.

Jeff no se movió, ni dio un paso atrás ni adelante. Todos estaban detenidos, una masa a un lado y dos personas al otro, y el primer movimiento lo decidiría.

—No te ensucies con ella —sonó otro grito.

—Deja a la H.D.P. sola ¡se lo merece!

—¡No! —gritó en respuesta Jeff—. Ahora somos dos ¡Dos! ¿A qué viene todo esto?

La respuesta fue confusa cuando todos la gritaron a la vez. Captó unas cuantas palabras: «La H.D.P.». «Estorbo», «Orden de salir de la ciudad». «Nombradora».

Notó el toque seguro de la mujer en su manga y escogió una frase para lanzarla, dirigiéndose a un hombre, desesperadamente intentando reducir a la multitud a bases individuales de nuevo.

—¿Por qué se le ordenó salir de la ciudad? —gritó.

—Porque no queremos ninguna conferencia —un hombretón aceptó el desafío—. Ella no se va a plantar en una plataforma y llamarnos comunistas o pecadores ¡Si las otras ciudades no supieron echarla, nosotros sí!

Gritos de aprobación se oyeron detrás del hombre, la aguda voz; de la mujer cortó por encima del ruido con un grito propio.

—¡Diré la verdad en voz alta mientras pueda!

Un grujido se plantó en la calle y Jeff se plantó sólidamente contra él.

—¡Basta! —ordenó—. ¿Desde cuando los habitantes de Bolin operan como en las épocas sombrías? No tenéis derecho a arrojar...

Se vio interrumpido por un fuerte movimiento hacia adelante de la turba:

—¡Tenemos todos los derechos! —Fue la respuesta que le llegó. Era el mismo hombretón—. Llamando a mi hijita criatura del diablo... molestando a las personas decentes, a las mujeres de Dios

porque usan lápiz de labios, tenemos todo el derecho de echar de nuestra ciudad a esa infame.

De pronto la mujer ya no estaba junto a Jeff sino a su lado. Su porte era rígido e indomable.

—Las mujeres pintadas son herramientas del diablo —dijo, y su voz era baja, portando una especie de reproche a la calle—. Y crían hijos del diablo. Todos vosotros estáis pervertidos e infiltrados de comunistas. Hay sólo dos soluciones... H.D.P. o comunismo. Si estáis contra H.D.P., entonces...

Una nueva piedra voló sobre y la mujer se cogió la cara. Cuando retiró la mano la sangre formaba un reguero mejilla abajo.

—¡Por todos los cielos, cálese! —le susurró Jeff—. Hará que nos maten a ambos.

—Yo no le pedí que me defendiera —abrió la mano enseñándole la sangre—. ¿Acaso los hijos de Dios hacen estas cosas?

—Ya sabrás lo que hacen los hijos de Dios —habló una nueva voz desde la masa—. Una palabra más y lo sabrás.

—¿Dónde está la ley en esta ciudad? —preguntó Jeff.

—Precisamente delante de usted —contestó el hombretón.

Entonces no habría ayuda de la ley. El *sheriff* dirigía la turba. ¿Qué podía hacer, pues?

Contempló fascinado al mismo muchacho que detuvo en la carretera, al chico con los bolsillos llenos de piedras, saliendo por debajo de los grandes corpachones en la multitud para plantarse en primera fila.

—Dejadme que me la lleve —pidió Jeff, sin ordenar, sino suplicándoles—. Dejad que nos marchemos —ahora empleaba la palabra en primera persona del plural. Estaba demasiado metido para proceder y lo que fuera de la mujer sería también de él.

Su respuesta fue un brazo alzado y una piedra. Se tocó la cara al notar el golpe y cuando vio su propia sangre perdió el control.

—Ahora, sal un momento —comenzó, notando en su rostro el acaloramiento de la cólera—. Tenéis que... —Otra piedra le alcanzó, en la pantorrilla y repitió el bailoteo grotesco de la mujer.

—Es uno de ellos —gritaba el muchacho a la multitud—. Ha venido a salvarla, ¿no lo veis? Si habían dos, ¿por qué no tres?

—¿Dos? —Jeff giró hasta la mujer de su lado, pero no tuvo la pobre oportunidad de responder. En aquella frase del muchacho

acababa de perder todo el control sobre la multitud, control que había ganado antes.

El muro de gente se adelantó y las piedras volaron sobre él en una lluvia de punzantes dolores. El miedo subió en su boca y cogió la mano de la mujer y tiró de ella consigo, tratando de correr, de alejarse de las piedras que caían que amenazaban en convertirse en manos.

La mujer se tambaleó y se encontró arrastrándola por la calzada. La soltó y la turba cayó sobre ella. Las manos vueltas en puños, las piedras en uñas, y se abrió paso entre ellos, rechazándolos en plena pelea. Tenía que llegar hasta ella antes de que muriese allí mismo, en la carretera que cruzaba Bolin.

Un diluvio de golpes cayó sobre él y permitió que sus gruñidos y gemidos saliesen recién nacidos, pero combatió la defensiva. Dio puñetazos a los estómagos y a las ingles, se lanzó por la obertura que veía ante sí. Fue derribado, volvió a levantarse, hasta lograr pasar al centro. Cayó junto a la mujer. Estaba cubierta de sangre y polvo, sus ojos le miraron con una vidriosidad que significaba que sus sentidos se habían desvanecido. Semiinconsciente no podría nunca correr.

Los hombres es su torno le pegaban en la espalda pero forcejeaba para ponerse de rodillas y luego en pie, alzó a la mujer como un saco de patatas y se la puso al hombro. Corrió hacia la multitud y en su ímpetu derribó a unos cuantos, quitándolos de su paso.

Manos se alargaban para cogerle, pero las esquivó con diestras movidas avanzando metro a metro, piedras le pegaban en la espalda, dándole mayor ímpetu para llegar a la libertad, finalmente una brecha se abrió y corrió hacia el claro, entrando a lo que debía ser un almacén, corrió inseguro en un pasillo, entre los mostradores repletos de mercaderías, hilos y botones. La multitud seguía a sus espaldas, pero ahora tenía una pequeña ventaja. Debían haberse detenido fuera durante un momento, pensó, y no perdió ni un sólo paso.

Tropezó contra los mostradores en el estrecho pasillo y se despellejó los muslos, pero siguió adelante y por último llegó a la puerta trasera. Aspirando profundamente, la abrió. Aire fresco.

Giró a la izquierda, tratando de correr de regreso, dando un

rodeo, a su coche, pero ahora vio lo que había disminuido la marcha de la gente. Podía oírles tras de sí cuando se acercó a la esquina de la línea de edificios, más ellos surgieron para atacarle por delante. Gritaban y vociferaban y había muerte en sus expresiones.

Debía cruzar por entre ellos otra vez. Le faltaban fuerzas y aliento. Pero si no lo hacía, estaba perdido. Equilibró el cuerpo de la mujer en su hombro para tener mejor repartida la carga, bajó la cabeza y corrió, el puño ante sí para actuar como ariete. Notó el impacto en una cara, escuchó un grito alto y supo que había golpeado al muchacho de las piedras en los bolsillos. La satisfacción le proporcionó un chispazo extra de energía y corrió en zig zag, esquivando por todo el espacio abierto, ignorando los golpes que caían sobre sí. Alzó la mirada y se encaminó derecho hacia una mujer, que tenía la boca abierta lanzando gritos. Apretando los dientes, le dio un puñetazo fuerte en la barbilla y ella cayó a su lado. Durante un momento, como esperaba, corrió a solas. Una mujer se detuvo para examinar a la que acababa de derribar y pudo proseguir la huida solo.

Volvió la esquina y se dirigió hacia su coche. Perdería los segundos precisamente ganados forcejeando con las portezuelas, pero era preciso que lo intentase.

Mientras se acercaba, la puerta de la derecha se abrió milagrosamente, el asiento trasero se levantó y pudo así con facilidad alzar el peso muerto de la mujer para colocarlo en el asiento posterior. Se apresuró a instalarse en su propio costado del coche y mientras se introducía en la cabina el motor cobró vida.

Luego se vio dentro, la puerta cerrada con el seguro puesto y su pie en el acelerador. Pisó con fuerza mientras la turba se cerraba en su torno y la gente se apartó a ambos lados del coche y otros dieron un salto ante los parachoques, abriendo camino al darse cuenta de que el vehículo les arrollaría. Las piedras rebotaron en el metal y la ventanilla de un lado quedó convertida en una masa de grietas originadas en el vidrio de seguridad, pero marchó veloz calle abajo de Bolin y alejándose. La turba estaba todavía de pie en la calzada, pero ahora las manos de la gente pendían inofensivas a sus costados.

Cuando Bolin y la gran pancarta del H.D.P. se perdieron de vista

tras él, disminuyó la marcha. Un pañuelo apareció debajo de su nariz y una voz preguntó:

—¿Se encuentra bien?

Y se volvió para ver a una mujer joven, una linda mujer pero sencilla, sin maquillaje. Ella no dijo nada más y él tomó el pañuelo aplicandoselo a la mejilla. La sangre se había coagulado, mezclada con el polvo y al limpiarse empezó de nuevo la hemorragia. Se la cuidó con viveza. No le dolía; únicamente le enojaba.

—No es profunda —dijo la mujer—. Al afeitarse seguro que se hace usted más daño.

—El caso es que yo no me afeitaba —dijo entre dientes.

Se alzó en el asiento y miró a la mujer que tan inceremoniosamente había arrojado en la trasera. Yacía tranquila en el asiento, aún inconsciente. Nada podía hacer por ella excepto buscar un médico.

—¿Qué hacía usted en mi coche? —preguntó con torpeza.

—Me llamo Lucille McBreen. Usted salvó a mi madre.

—¿Su madre? ¿Si esa es su madre, por qué está usted tan tranquila?

—Se pondrá bien. Lo sé. No se nos envió aquí a morir.

—Entonces, usted también es de los Heraldos de la Paz.

—Trabajábamos juntas en Bolin —explicó ella—. Yo logré escapar por la puerta trasera del salón de sesiones.

—¿Y ni siquiera intentó ayudar a su madre?

—¿Y qué podía haber hecho? —preguntó la muchacha—. Además, como le dije, sabía que se pondría bien.

—¿Y si no se pusiera?

La chica suspiró y hubo una sonrisita maliciosa en su cara.

—Algunos de nosotros debemos morir en la lucha. Todos lo hacemos de buena gana.

—Y eso la hace a usted feliz, ¿verdad? ¿Le proporciona una pequeña emoción?

Ella le miró con fijeza.

—Eso no es digno de usted.

—Lo siento. Pero ese episodio de Bolin no era digno de mí tampoco, de ordinario no suelo ser blanco de las piedras. ¿Y cómo les excitaron tanto?

—Nosotras pertenecemos a los Heraldos de Paz —fue su total

explicación.

—Muchas personas lo son, pero eso no es motivo para un tumulto.

—Hay violencia en muchos lugares. La mayor parte del tiempo. La verdad siempre se enfrenta con la resistencia. Debiéramos haber traído a alguien con nosotros, pero cometimos un error, confundimos el orgullo con la capacidad. Cuando Dios nos envió a Bolin, pensamos que podríamos resolver las cosas solas.

—¿Dios les envió? —No pudo evitar el escepticismo en su voz.

—No exhiba su fe de manera tan llamativa —le advirtió ella—. Yo pensé que quizás era usted algo mejor que el resto. Y después de todo, usted se enfrentó a ellos, demostró... —La muchacha no continuó.

—¿Qué yo no soy hijo del diablo? —completó él la frase—. No creo en el diablo.

—Es simplemente una manera de describir la impureza. Debemos dejar de ser egoístas, para convertirnos en personas puras y morales si queremos salvar al mundo. Dios nos dirige. Dios nos habla y nos gobierna. Somos Sus elegidos. Cualquiera que se una a los H.D.P. será un elegido.

Jeff se aclaró la garganta.

—Nada de sermones, por favor. Sigo sin creer en el fanatismo. Y menos que nada en los fanáticos religiosos.

—Fanático no tiene por qué ser una palabra odiosa.

—Lo es cuando hace que la gente decente se amotine en la calle y arroje piedras a otro ser humano.

El respingo de desdén de ella sonó duro y alto.

—¡Gente decente! ¡Trabajamos con ellos una semana, yendo de casa en casa, hablando, amenazando, destacando la verdad! ¿Y qué hizo esa gente decente? Nos dijeron que nos marcháramos, sin permitirnos siquiera pronunciar nuestra conferencia. Cuando lo intentamos de todas maneras, ya vio usted el resultado.

—Un resultado que «usted» causó, señorita McBreen.

—Un resultado que nosotros causamos, pero que debiéramos haber esperando. Cuando una persona se enfrenta con el acaloramiento, debe esperarse la violencia.

Jeff suspiró disgustado. Por eso había dirigido a sus estudiantes en la lucha contra los oradores del H.D.P. en el recinto

universitario.

—No considero a los habitantes de Bolin como acalorados.

—¿Después de lo que precisamente le hicieron?

—«Usted» me lo hizo. Cada porción de lo sucedido cae sobre su cabeza. Yo jamás presté demasiada atención a los H.D.P. He oído hablar de reuniones y de jaleos relacionados con ellos, pero los pasé por alto puesto que nada tenían que ver conmigo. Ahora, no «quiero» saber nada más.

—Por mí estupendo. Sería perder tiempo con usted de todas maneras. —Hizo una pausa y rompió el silencio de nuevo—: ¿Cómo se llama? Le debo agradecimiento y me gustaría saber su nombre.

—Jeff Munro. Enseño ciencias políticas en Union College.

—Oh, sí.

—¿Significa eso que oyó hablar de mí?

—Oí. Oímos —dijo ella—. El H.D.P. se interesa siempre por los hombres influyentes.

Ella cerró la boca apretadamente después y no ofreció nada más. Jeff se alegró. Lo que acababa de decir la joven había sido bastante inocente, y la causa de la turba, a causa de la sangre en su rostro y de los dolores por todo el cuerpo, le sonó con tonos ocultos de amenaza. No quería ser conocido por el H.D.P. Y no veía ninguna razón para que lo fuese.

Cuando la siguiente ciudad apareció a la vista, dijo él:

—Esto es Kinksley. La ayudaré a encontrar un médico para su madre, pero después proseguiré el viaje. Tengo clases por la mañana. ¿Tiene usted dinero, para poder llevar a su madre a casa?

—Lo suficiente, gracias. Pero no iremos a casa, claro. Cuando mi madre esté bastante bien, regresaremos a Bolin. Hay allí muchos asuntos sin terminar.

—¿Volverán ustedes después de lo que pasó?

—No solas. Pero volveremos. Dios me dijo que es un campo fértil y yo debo sembrarlo. Primero regresaremos a Wornegon y reuniremos algo de ayuda... toda una nueva forma de abordar las cosas. Tenemos especialistas para eso. Psicólogos y propagandistas.

Wornegon era una palabra que conocía Jeff. El cuartel general de la H.D.P. estaba situado en un lugar llamado Wornegon, un sitio entre los bosques, escondite favorito de los grupos fanáticos. Todos celebraron sus cultos a la Naturaleza y en cierto modo trastocaban y

distorsionaban a la mismísima naturaleza que adoraban.

En Kinksley encontró al médico local. Llevó a la señora McBreen a la clínica y se fue. Sus propios cortes y despellejaduras podrían esperar hasta llegar a Union College y al centro médico. Ahora solamente quería poner kilómetros entre su persona y la familia McBreen. Había arriesgado su vida por ellas, pero no se sentía identificado con las dos mujeres en absoluto. Salió de Kinksley en el coche a velocidad superior a la normal, esperando que el aire fresco y la brisa penetrando por las ventanillas le hicieran sentirse de nuevo limpio.

II

Tres días más tarde, cuando Jeff salía de su última clase y empezaba a volver a su despacho, se quedó sorprendido al ver a Cory Bennett esperándole delante del Edificio de la Música. Aguardaba al sol, un hombre alto y rubio que hacía que las estudiantes volvieran sus cabezas para admirarle, pero que a su vez no prestaba la menor atención a las muchachas.

Hoy el cuerpo esbelto de Cory estaba rígido de anticipación y sostenía en su derecha el periódico, golpeándolo contra la palma de su mano izquierda. Jeff inició la conversación sin ningún saludo.

—Veo en tu cara la desaprobación y me haces temblar de pies a cabeza.

Cory no le devolvió la sonrisa.

—Si no andas con cuidado, temblarás más. ¿En qué demonios te metiste?

—No tengo idea de lo que me hablas.

—¡Este artículo! —Cory agitó el periódico ante sus narices—. Es demasiado fuerte, Jeff. ¿Qué te hizo atacar a los H.D.P... y de manera tan violenta? —Cory abrió el periódico y leyó de él, caminando a ciegas mientras sus ojos seguían la letra impresa—. Por ejemplo, esta pequeña y jugosa parte: «Si los bienhechores de los Heraldos de Paz fueran sinceros en sus afirmaciones de hermandad y amor, no vagarían por las calles acusando a sus amigos de malos; no señalarían con el dedo; no gritarían insultos. Ellos claman “Únete y salva al mundo”, sin embargo, sus métodos dividen a los hombres. ¿Cómo puede la división laborar en pro de la paz? ¿Acaso la autorigidez por parte de un grupo de fanáticos logró jamás librar al mundo del pecado? ¿En su lugar, no sirvió para extender las cacerías de brujas, las inquisiciones y el odio?». —Cory

estrujó el periódico furioso—. ¿De dónde sacaste tanto veneno?

—No fue veneno. Fue experiencia de primera mano. Me tropecé con los H.D.P. hace tres días y quedé hasta la coronilla de ellos — Jeff contó brevemente a Cory su aventura de Bolin—. También puedo enseñarte mis cicatrices. Yo lo vi, apenas pude sobrevivirlo y no quiero callarme a ese respecto. ¿Sabes lo que ha crecido enormemente el H.D.P.? Empecé a investigar tras aquel tumulto y lo que averigüé es aterrador. Algarazas, tumultos, inquietud general... la gente tiene que despertar.

—No puedes despertarla con unos cuantos artículos.

—No, pero puedo alzar mi voz y eso es un principio. —Doblaron la última esquina hasta el edificio en donde Jeff tenía su despacho y el propio Munro deseó poder doblar también el asunto. Escribir el artículo le había proporcionado gran satisfacción, como si pudiera cobrarse cada punzada y cada herida con duras y airadas palabras. Tenía pensados más artículos. Y no quería que Cory los hiciera andrajos. Trató de cambiar de conversación con una provocativa ligereza—. Me gustaría saber por qué me llevas a la tarea. En esta amistad yo soy la parte predecible. Tú eres quién se sale por la tangente.

—Las cosas han cambiado —Cory se mostraba torpe—. Estoy jugando con la idea de que has perdido el juicio.

Jeff miró a Cory buscando su sonrisa, pero el rostro de Cory estaba profundamente serio.

—Si no ablandas eso con una sonrisa, me voy a considerar insultado.

—No hay en mí la menor sonrisa, Jeff. No cuando llega esto. Los H.D.P. no son algo de lo que bromear.

—No bromeo.

—¡Está bien! Los H.D.P. tampoco es algo contra lo que luchar. Estás jugando ante el cubil del león y bien sea o no un juego inocente, las consecuencias serán las mismas. Te digo que...

—¡Jeffrey Munro! ¡Munro!

El grito cortó de raíz la frase de Cory, puntuando con el batir de pies en el cemento. Antes de que Jeff pudiera volverse para localizar la voz, casi se vio levantado en vilo y girado en redondo por dos manos que le aferraban por los hombros. Cuando recuperó el equilibrio se vio mirando al rostro sucio y frenético de ojos

desorbitados de un desconocido.

—¿Es usted Jeffrey Munro? —jadeó el hombre y su aliento dio en la cara de Jeff, una bocanada maloliente que transpiraba pánico.

Jeff apartó aquellas manos de sus hombros, pero el hombre las volvió a colocar.

—«Es» usted Jeffrey Munro? —Tornó a gritar—. Si lo es, por amor de Dios, no me rechace. Tengo que hablar con usted.

—Un infierno —Jeff volvió a bajar las cálidas y húmedas manos—. Quíteme las manos de encima —se sacudió los hombros como para librarlos de la sensación de la desesperada presión del hombre.

Pero el individuo no se movió. Se quedó plantado ante Jeff, alto y tembloroso, las ropas desordenadas, arrugadas y manchadas de barro. Su rostro era la cara de un hombre frenético y sus ojos se posaban salvajes en Jeff.

—Lo siento. Debo haber cometido un error —murmuró—. Pero usted se parece al hombre que me describieron.

Jeff dudó al contemplar el profundo agotamiento del cuerpo de aquel hombre.

—¿Qué es lo que quiere?

—¿Entonces... es usted Munro?

—Lo soy.

—Gracias a Dios —el hombre se tambaleó de súbito y a no ser por la rápida mano de Cory que le sostuvo, hubiera caído al suelo.

—Cálmese —le dijo Cory.

—Estoy bien —contestó el hombre—. Por favor, señor Munro, debo hablar con usted. En privado. No me lo niegue. Es usted mi última esperanza y ya no puedo seguir más adelante.

Jeff miró a Cory de reojo, pero su amigo se limitó a encogerse de hombros, incapaz de sacar más sentido del hecho de lo que Jeff pudiera. Algo en aquel agotado individuo gritaba a Jeff que retrocediera, que le dejase en paz. Ya estaban llamando la atención de los estudiantes que por allí pasaban. ¿Pero cómo puede uno simplemente marcharse y dejar en plena acera a un hombre temblando?

Cory adivinó sus pensamientos y ofreció débilmente:

—De todas maneras, tengo un compromiso, Jeff. Ya acabaremos más tarde nuestra conversación.

Los ojos del desconocido se alumbraron con una compasiva

esperanza y Jeff no pudo negarse.

—Está bien, iremos a mi despacho —le dijo Jeff.

Cory no esperó más, sino que se alejó con toda rapidez.

—Probablemente demuestra ser más listo —murmuró Jeff.

—¿Qué? —preguntó el hombre.

—Nada... hablaba para mí. Mi despacho no está lejos. ¿Podrá llegar?

—Podré llegar a cualquier parte, señor Munro. A cualquier parte, mientras usted quiera escucharme.

Siguieron adelante por la acera y el hombre parecía incapaz de levantar sus pies convenientemente, pero rechazó la oferta de Jeff de sostenerle.

—Eso nos haría llamar más la atención —explicó.

—¿Y cree usted que no la hemos llamado ya? —Gruñó Jeff—. El aspecto suyo es como el que acaba de salir de una alcantarilla.

—Es que acabo de salir de una de ellas.

Cuando llegaron al edificio, los pasillos estaban vacíos. Sus pisadas sonaron en el suelo cavernosamente, las de Jeff seguras y fuertes, las del desconocido cojeantes y arrastrando los pies.

—Aquí mismo —Jeff abrió la puerta en su despacho.

El hombre entró tambaleándose en el pequeño cubículo de la oficina y se dejó caer en un sillón de alto respaldo. Cerró los ojos y un gran temblor sacudió su cuerpo. Jeff aguardaba. Su despacho, el atestado y pequeñito espacio que había sido su segunda casa durante ocho años, ya no parecía seguro y tranquilo. Con aquel hombre dentro, había cambiado. El desconocido traía consigo un aura de temor... y de lobreguez.

Al no decir nada el hombre y pasar los minutos, Jeff se decidió a iniciar la conversación.

—¿Por qué no empieza diciéndome su nombre? Usted parece conocer el mío, pero yo no tengo idea de quién es usted.

—No le diré cómo me llamo. No lo tengo. No tengo nombre más —luchó para explicarse, pero Jeff lo catalogó como a un lunático—. Nadie debe saber dónde estoy, comprenda, dejar nombres atrás es peligroso. Soy simplemente un hombre, señor Munro. Un hombre que huye para salvar la vida.

—¿Y por qué al huir ha venido a mí?

—Porque usted es mi única esperanza en el mundo. Porque

usted escribió aquel artículo sobre los H.D.P. Porque usted no tiene miedo y porque usted comprenderá —la voz del hombre era alta y desesperada. Su rostro jamás perdió el pánico ni siquiera en la profundidad del edificio, donde podía sentirse a salvo—. Huyó para salvar la vida, señor Munro, y si lo logro o no, por si acaso muero, alguien mas debe saber lo que yo sé. La información no puede morir conmigo.

Jeff se sentó.

—Ya ha visto, pues, la implicación —dijo el hombre—. Si me oye y guarda esta información para usted mismo, también puede estar en peligro. Pero... ¡Usted dijo que escucharla!

Jeff se arrellanó en su asiento.

—Le escucho.

El hombre se le encaró con firmeza.

—¡Algo antisagrado ocurre en Wornegon!

—Otra vez ese sitio —suspiró Jeff con disgusto—. Me persigue a cada lugar donde voy.

—Siempre lo hará. Usted hizo su movimiento y ahora siempre lo perseguirá.

—Puedo prescindir de la voz de la muerte —contestó Jeff con un gruñido, necesitando cólera para cubrir los estremecimientos que las palabras del hombre le provocaban en su columna vertebral—. ¿Qué sabe usted acerca de los H.D.P.?

—Estuve dentro de Wornegon durante los últimos pocos días. Traté de unirme a los H.D.P. y por eso sé lo que sé.

—¿Le «enviaron» a verme? —Los celos de Jeff se despertaron, acordándose del comentario de Lucille McBreen sobre que era muy conocido en Wornegon.

—¿Tengo aspecto de que me hayan enviado?

—No sé de lo que tiene aspecto. Usted vino a mí, pretendiendo huir para salvar la vida y con un aspecto infernal, pero no me ha dicho por qué.

—Escuche sólo —dijo el hombre—. Tengo prisa. No me queda mucho tiempo. Pueden estar aquí mismo, en los jardines de la universidad por ahora. No quedaban muy lejos detrás de mí. Así... sólo puedo decir las cosas una vez. Por favor, escúcheme con atención —sus palabras resultaban desconjuntadas; se detenía y dudaba penosamente, luego pronunciaba frases largas y alocadas.

—Fui a Wornegon para unirme a los H.D.P. porque había leído sus panfletos y pensé que quizás tenía la respuesta a la situación mundial. Fui a Wornegon con plena intención de unirme a ellos, pero una vez llegué allí, me hice atrás, no puedo explicar por qué. Algo me sorprendió como equívoco y dudé. Eso no me hizo ser demasiado bien recibido. Allí les gustan los que van de todo corazón. No obstante, me eché atrás y me mantuve alerta. Y descubrí cosas, pedacitos de cosas que sumadas daban algo antisagrado de la gente que va allí, que se une a los H.D.P., que sale cambiada. Y esa es la única palabra para explicarlo.

—Pero eso es lo que les prometen, ¿no es verdad? ¿Convertirse en puros de corazón y encontrar la Verdad y a Dios?

—No es simplemente que tomen el dogma del culto de los H.D.P., señor Munro. Estoy tratando de expresar algo diferente, algo mas siniestro. La gente entra de una manera y sale de otra. Ellos se presentan brillantes y ansiosos y salen rígidos y duros como clavos de latón. Pero eso es sólo uno de los puntos. Déjeme proseguir.

»Hay un toque de queda allí —dijo—. A las once en punto. Yo jamás me acosté tan temprano, me gusta pasear por la noche. Y eso hice. Salí y caminé hacia la izquierda de la residencia principal. Eso es importante. Me adentré en los bosques durante todo el camino hasta la orilla del arroyo que atraviesa el lugar y subía una cierta elevación del terreno junto al río... —se interrumpió, tosiendo y luchando por respirar hasta que las lágrimas asomaron a sus ojos.

Jeff aguardó que terminara de toser, luego preguntó:

—¿Puede seguir?

—Es preciso. Una gran elevación de terrenos... sí. Encendí un cigarrillo, para fumar y pensar en la noche y entonces, a una distancia delante de mí, a la otra parte del arroyo, vi un resplandor. Jamás había visto nada por el estilo y me preocupé. Crucé el río, con intención de investigar, cuando esa mano salió de la oscuridad, me tocó la manga. Era un hombre llamado Rogers. Siempre está por allí, en todas partes. Rogers. Es como un huesudo perro guardián, husmeando por los alrededores. Me ordenó que me volviera a la cama. Le dije que quería investigar la luz, pero no quiso escucharme. Había en su voz algo amenazador y... yo que soy un hombre que no se asusta de nada, señor Munro, le tuve miedo. Me volví a la cama.

Jeff todavía no había oído nada que explicase la condición de aquel hombre... nada, siquiera, que garantizase esta conversación.

—El resplandor pudo haber sido cualquier cosa. Alguna especie de ritual, fuego sagrado...

—Pudo haber sido —asintió el hombre—, ¿pero lo era? ¿«Qué» era? —Vio el escepticismo de Jeff y balbuceó incoherentemente—. Habían otras cosas también. Vi hombrecillos... pequeñitos... dos... y no les gustó que les viera y echaron a correr y les perdí el rastro. Pasé asustado a la ceremonia de iniciación, decidido a ver a través de ella y encajar las piezas del rompecabezas. Seguí adelante hasta que nos separaron y nos condujeron a cubículos; yo me metí en el mío y allí en la pared había esta única palabra iluminada: «Maldita», y noté ojos sobre mí y supe que algo iba a ocurrirme porque había husmeado demasiado profundamente y sabía que la iniciación es lo que cambia a la gente y no podía sentarme allí y dejar que me lo hiciese. Miré con fijeza a aquella única palabra iluminada y luego salí corriendo del cubículo y huí. Trataron de detenerme, pero los aparté a golpes y corrí y aún sigo corriendo. Vienen tras de mí. Para matarme. Porque sé demasiado.

Estaba temblando y Jeff le entregó un vaso de agua, seguro ahora de que su visitante sin nombre estaba más que exhausto físicamente. La historia era incoherente e increíble. Era la elucubración de un lunático. Jeff preguntó débilmente:

—¿Por qué no fue a la policía? ¿O al FBI? Son los únicos para ayudarle en esto.

—¡No pude! —Su respuesta fue un grito. Rápidamente bajó la voz—. No pude. Pueden estar allí. Pueden estar en cualquier parte. No me fío de nadie. Por eso vine a usted. Después de lo que escribió puedo fiarme de su persona y desear que usted conozca los hechos, luego puedo correr el riesgo de ir al FBI. Si «están» allí y me matan, mi información no se perderá. La tendrá usted —y se frotó los ojos, luego su peluda barbilla y suspiró—. Mire, señor Munro, no tengo miedo a morir. Sólo temo la muerte sin que nadie sepa la verdad sobre Wornegon.

En cuanto comenzó con su torrente de hechos, se agitó, luchando por levantarse del sillón.

—Ahora lo tiene todo. Sé que lo recordará —se quedó plantado en unas piernas que apenas le sostenía.

—¿Dónde va?

—Tengo que irme, no quiero quedarme demasiado. Podrían encontrarme.

—Es usted demasiado inconsistente —le acusó Jeff—. Acaba de decir que no tenía miedo a la muerte.

—No pienso en mí —los ojos azules buscaron los de Jeff—. No quiero ponerle en peligro más de lo que ya lo he hecho.

Jeff sacudió la cabeza. No sabía qué es lo que tenía aquí... maniático, idiota o un hombre asustado diciendo la verdad. Pero sí que supo cuál era su propia reacción. Lástima, una profunda compasión que se agitaba con el hombre, jadeaba con él y temía con él.

—¿Dónde tiene intención de ir? —le preguntó Jeff.

—A donde estuve los últimos cuatro días. Al limbo, al limbo huyente.

—Eso de nada servirá. Ni siquiera llegará solo a la calle. Le llevaré a la ciudad con el coche, le instalaré en un hotel y podrá comer y dormir y lavarse. Mañana le será posible ir al FBI con apariencias de más confianza. Así se sentirán más indicados y propensos a escucharle.

El hombre le miró con viveza.

—¿Entonces... usted no me cree?

—¿Cómo puede decirlo? —respondió con sinceridad Jeff.

—Entiendo. Pero me creará en cuanto esté muerto. Eso es todo cuanto le pido.

—Se pone usted melodramático.

—Me doy cuenta, pero no puedo evitarlo. Cuando uno se encuentra en la muerte durante cuatro días seguidos, las palabras le salen de esa manera.

—¿Pero por qué quieren matarle los del H.D.P.? —preguntó Jeff—. ¡Cómo van a poder asesinarle! Después de todo, hay leyes.

—Ellos elaboran sus propias leyes —dio dos pasos hacia la puerta, distraído y desanimado—. Usted dijo que debiera ir por la mañana al FBI. ¿Por qué no ahora?

—La oficina estará ya cerrada. Supongo que podía usted hablar con alguien, pero...

—Iré por la mañana —le interrumpió el nombre—. Usted es sensato y cuerdo y seguiré su consejo. Ahora debemos separarnos.

De otro modo irán tras de usted también.

—Eso no lo creo. Y no piense que importa de ninguna manera llevarle a un hotel, además usted no está en condiciones de discutir.

El hombre era muy tozudo.

—Ya le he explicado porque no puedo permitirle que lo haga.

—¿No quiere mi ayuda? —preguntó Jeff. El hombre no dijo nada y Jeff vio el cielo abierto. Siguió adelante con dureza—. ¿Actualmente no le gustaría tener algo de compañía, algo de seguridad, después de cuatro días de infierno?

El hombre dudaba.

—Más que nada en este mundo. Es duro ser valiente cuando alguien te ofrece consuelo.

—Entonces, vamos. Iremos a la ciudad.

Mientras Jeff conducía por las calles casi oscuras, el hombre constantemente miraba detrás de ellos, esperando que ocurriera algo.

—Se está usted excitando a sí mismo sin ningún motivo —le dijo Jeff, con el deseo de que su compañero se tranquilizara.

—Puede que tenga razón —admitió el hombre—. No veo nada. Posiblemente no podrá ser que les haya despistado, ¿verdad?

Había tanta esperanza en la pregunta que Jeff gruñó un rápido «sí».

—No veo cómo —murmuró—. Realmente no veo cómo. Será un coche azul... el que nos siga será azul.

—No hay ningún coche azul detrás de nosotros por ninguna parte —advirtió Jeff—. Así que dese la vuelta y tranquilícese. Déjeme que me ocupe de usted durante un rato.

La mano del hombre tocó la manga pensativo, sus ojos azules estaban llenos de lágrimas. Eso desgarró las entrañas de Jeff. Los hombres que él conocía no lloraban. Pero aquel individuo lo hizo. Y apenas pudo soportarlo cuando se dio cuenta de que estaba en realidad traicionando la confianza de un hombre. No creía la incoherente historia de los H.D.P. y cuando al desconocido se diera cuenta, Jeff sería un traidor ante sus ojos.

—¿Cómo puede cambiar tan bruscamente el mundo de una persona? —preguntó el hombre—. Hace cinco días yo era como usted, libre y seguro, lo bastante preocupado por el universo como para querer hacer algo, sí, pero todavía libre y seguro. Jamás

hubiera creído que esto me pudiera suceder. Los hombres no huyen de otros hombres en estos días y en esta época. En nuestro país los hombres no se esconden en agujeros. Pero yo he estado en agujeros. Pregunto si alguna vez encontraré el modo de salir de ellos.

Jeff no pudo hallar nada que responderle. Pero tenía una vaga idea de lo que quería decir el hombre. La entera situación era de pesadilla. Su mundo había cambiado de pronto, también; desde la cotidiana discusión con Cory, se había lanzado a un estado de pesadilla, pastoreando a un asustado desconocido, a un individuo sin nombre. El Fugitivo. Ese era el único nombre que tenía para designarle. El Fugitivo.

—¿Queda aún muy lejos? —preguntó el Fugitivo.

—¿Qué?

—Si queda aún muy lejos el hotel.

Jeff se dio cuenta con embarazo que había estado dando vueltas, conduciendo sin rumbo, a través de las calles casi a oscuras. Pudo haber ido al hotel y volver en el tiempo que desperdiciara. ¿Por qué no lo hizo? Miró al hombre de su lado y quedó claro porque no había ido directamente al hotel. No es que creyese que había peligro; era simplemente que no tenía idea de hacer que aquel hombre desaseado pasase el examen del conserje.

El Fugitivo le volvió la mirada, con temblor menos aparente.

—Usted no tiene intención de llevarme a un hotel, ¿verdad? ¿En qué piensa, en un hospital? Porque, si es así, entonces quiero bajar ahora mismo. Prefiero correr mis posibilidades con ese coche azul que enfrentarme a un rebaño de psiquiatras. No soy tonto, señor Munro. Sé que me encerrarían.

—Yo no dije ni palabra de hospital —Jeff estaba furioso porque el hombre había deducido lo que cruzó por su mente—. Simplemente no puedo ver como le haré inscribirse en un hotel decente. Por lo menos no en el estado en que está usted.

—¿Y dónde nos deja eso?

Jeff estaba resignado a lo que sabía que tenía que hacerse.

—Sólo hay una posibilidad. Tendrá que venir a mi casa. Podrá lavarse, le prestaré algunas ropas y luego le llevaré al hotel.

—De acuerdo —dijo el Fugitivo, pero su voz sonaba dudosa.

—¿Qué le pasa ahora?

—Nada. Sólo me preguntaba... claro, eso no lo haría. Si me

quedase con usted hasta la mañana, estaría destrozando mi propio propósito, ¿verdad? Poniéndole en peligro. Me temo que he abusado de su amabilidad y así usted ha agotado mis reservas de fuerzas. Debo permanecer sólo en este asunto. Igual usted. Ambos tenemos que alzarnos solos para no caer juntos y que todo se pierda.

—¿Quiere olvidarse de eso? Estoy de muy buena gana predispuesto para que pase la noche conmigo, si me promete hablar de otra cosa. No puedo tragarme el asunto éste del peligro. Lo siento. No obstante, me mantendré alerta y le vigilaré en espera de ver ese coche azul, si usted deja de hablar de muerte y destrucción.

El hombre soltó una débil carcajada.

—Encontré seguridad... incluso alguien que me guarde... pero en orden de recibirla, debo olvidarme del peligro. ¿Por qué se molesta conmigo si está tan seguro de que estoy loco?

—Ojalá lo supiera. Quizás hay algo en usted que me gusta. Dejémoslo así.

—Gracias —dijo el Fugitivo—. Y desde este momento en adelante, no diré otra palabra acerca de los H.D.P.

Fue fiel a su promesa. Jeff tomó las calles laterales en dirección a casa, esperando así calmar su ansiedad, pero el Fugitivo, después de hacer un gran esfuerzo por mirar hacia la calle por delante, pronto comenzó a volver la cabeza otra vez. En cada esquina que pasaban, Jeff podía leer el alivio en el cerebro de su acompañante. «Todavía ningún coche azul», pensaría. «Ningún coche azul».

Finalmente, incluso la mirada de Jeff estuvo más en el retrovisor que en la calle y se maldijo a sí mismo por ser tan estúpido.

—Ya sólo quedan ahora cuatro manzanas —dijo al Fugitivo—, así, por todos los cielos, deje de vigilar la calle. Sólo hay un coche detrás de nosotros y acaba de entrar en la calzada. ¡Es verde! Y nadie sigue a nadie.

El Fugitivo miró hacia delante y apoyó la cabeza en el asiento, cerrando los ojos en un gesto de rendirse a Jeff.

Pasaron ante otra esquina. Jeff volvió a mirar al coche verde y su pie se levantó del acelerador. El vehículo que le seguía había alcanzado la mayor velocidad y parecía fuera de control, haciendo eses de lado a lado y acercándose demasiado rápido. De pronto dobló a la derecha y antes de que Jeff pudiera compensar la

maniobra, viró hacia él, rozándole por la parte trasera. Se oyó el sonido del metal y Jeff aferró con dureza el volante, su coche girando sin rumbo a través de la calle, las casas cubriendo su campo de visión. Dio fuera del bordillo y subió sobre él, luego regresó, frenando con chirrido de neumáticos bajo un farol. El coche verde imitó su detención a media manzana calle abajo. Un hombre bajó.

Tembloroso por la emoción, Jeff descendió sobre la hierba del lado izquierdo del coche.

—Déjeme ir con usted —susurró el Fugitivo desde dentro—. No quiero quedarme aquí solo.

Abrió su portezuela y salió a la calzada.

—Tenga cuidado, señor Munro —llamó con voz ronca—. Esto puede ser más de lo que parece.

El trepidar creciente de un motor hizo a Jeff girarse en redondo y su grito de aviso se le quedó atascado en la garganta. Doblando la esquina sobre dos ruedas, a gran velocidad, bajo las luces, se veía un gran coche azul. Embocó calle abajo, giró, cruzando la línea del centro, encaminándose derecho hacia el Fugitivo.

—¡Cuidado! —gritó Jeff—. ¡Salte!

El Fugitivo se volvió, vio el coche azul y se quedó petrificado. Levantó los brazos para taparse los ojos, pero sus pies no se movieron del pavimento.

Su grito fue alto y vacío. Hubo un golpe sordo, el sonido del vidrio al romperse y el coche azul siguió adelante como un rayo, dejando un montón desmadejado yaciendo en la línea central delante del coche de Jeff.

Jeff corrió hasta él y se arrodilló.

—¡Dios! —gimió Jeff, mientras miraba con atención. La sangre manaba de la boca del hombre y su cuerpo estaba roto, yaciendo en ángulos imposibles. Movié los labios, formando palabras y Jeff se acercó para oírlas. Eran más expulsiones de aire que sonido, pero las descifró.

—Nunca tuve intención de... mezclarle así... Mun... Munro ahora ellos... saben quién es usted. Pueden imaginar... el resto, tenga cuidado.

Los ojos le giraron, luego se pusieron vidriosos, la vida y la imagen desaparecidas de ellos. Jeff retuvo el aliento vivamente y alzó la vista para encontrarse con el rostro del hombre del coche

verde, sin gobierno.

—Está muerto —murmuró Jeff.

—Sí —dijo el individuo, y no había ninguna lástima en su palabra, mejor una fantasmal satisfacción que conjuntaba con la dura crispación en sus labios y la odiosa sonrisa de su cara.

Jeff se levantó rápidamente, sintiéndose vulgar en el suelo con aquel individuo burlón por encima suyo. Retrocedió. El hombre siguió su movimiento fríamente. Pero la tensión quedó cortada por los gritos de la gente que corría después de haber visto el accidente y por el agudo vagido de una sirena.

—Llame a una ambulancia —dijo a Jeff una mujer.

—No necesitará una ambulancia —dijo el otro hombre. Su voz era fría y profunda, pero cuando la sirena bramó en la calle y la luz roja destellante de la ambulancia puso en movimiento la oscuridad, cambió. Ante los ojos asombrados de Jeff, se desmadejó, su rostro se contrajo en remordimiento, sus ojos se nublaron, se llevó las manos a la cabeza. Murmuró—: ¡Todo fue culpa mía! Todo culpa mía. Yo le obligué a...

Para cuando la camilla estuvo fuera y la policía dispuesta para explicaciones, el hombre estaba hecho un mar de lágrimas. La gente le consolaba, diciéndole que se había visto mezclado con el accidente, sí, pero que él no había «matado» al hombre. Era el coche azul quien lo hizo.

Jeff se rebeló contra esta intriga, pero contuvo su lengua. Nada podría decir. El conductor del coche verde zigzagueante refirió su historia, la mujer testigo le respaldó y no le quedó más remedio a él que seguir la corriente. Nada podía probar. Pero sabía, en su interior, que no hubo accidente. Fue un complot para el asesinato de los dos coches; cuidadosamente planeado, brutalmente resuelto con un éxito terrible.

Se quedó plantado en la calle en estado de choque. Todo había ocurrido demasiado rápidamente y su mente era un torbellino de dudas, con retazos de miedo y confusión. Era una escena sacada de una pesadilla, con las luces giratorias y parpadeantes rojas, los hombres vestidos en blanco de la ambulancia alzando la camilla tapada y la gente de pie, seria, a lo largo del bordillo.

Uno de los policías se le acercó.

—¿Cuál era el nombre de su amigo?

—¿Qué? —Jeff miró al agente—. Oh... no...

—Vamos, vamos. No lleva documentos encima que le identifiquen.

—¡Le he dicho que no me lo dijo! —Sé dio cuenta de que el policía no le creería si le contaba la verdad. Por eso mintió rápidamente—: Le acababa de recoger. Quería que le llevase en el coche.

—¿En esta calle secundaria?

—¡Sí, no sé por qué no! Se lo digo, no conocía al hombre. Me limité a llevarle. «¡Y ahora está muerto!».

El policía asintió.

—Está bien, señor Munro. Cálmese.

Jeff se dio cuenta de que el agente le miraba. Había estado gritando. Se movió, embarazado y todo el tiempo, al fondo vio y oyó al hombre del coche verde, gimiendo su culpa. ¿Dónde estaba ahora la odiosa sonrisa y la fría y burlona mirada?

—Mire, agente, ¿puedo marcharme? —balbuceó Jeff.

—¿Necesita usted una grúa para su coche?

—No. No sufrí muchos daños. Sólo una abolladura en la aleta derecha trasera.

Mató a un hombre, pero no sufrió grandes daños.

El agente le miró de arriba abajo.

—¿Necesita usted un médico?

—¡Necesito un trago!

—Está bien, puede irse. Ya tengo su nombre, por si le necesitamos.

Jeff no aguardó a oír nada más. Caminó hasta su coche y puso en marcha el motor, yendo calle abajo pasando el lugar en donde el vehículo verde estaba aparcado. ¿Y el azul? ¿Dónde estaba el coche azul asesino? Obligar a un hombre a que salga a la calle por el lado peligroso, prepararlo para que se vea obligado a bajar por la parte de la calzada y entonces se le atropella. ¡Asesinato!

Entró en su casa y encendió las luces pero no pudo sacudirse el frío que le había inundado cuando se plantó a solas con el cuerpo de su extraño compañero y el rostro de uno de sus asesinos. Tenía que hablar con alguien y su casa estaba vacía. Llamó a Cory, sólo para oír su voz y dejar de imaginarse cosas.

No tuvo necesidad de insistir para que Cory saliese de casa,

porque Cory tenía sus propias ideas. Vino de inmediato. Entró en casa de Jeff, mezcló dos largas bebidas y le dijo a Jeff que empezara, todo salió como un torrente de Jeff, buscando otro oído sensato que lo negara. Pero Cory no lo negó. Escuchó sin rastro de incredulidad. Se limitó a sacudir la cabeza.

—Ya te dije esta tarde que dejases en paz al H.D.P. —dijo cuando terminó Jeff—. No debía haberte permitido que te llevases a tu despacho a ese hombre. Estás demasiado predispuesto a saltar y luchar por las causas perdidas.

—¿No quieres decir que en realidad crees que el H.D.P. le mató?

—Querrías que lo negara, ¿verdad?

—¡Sí, quiero que lo niegues! Cuando entraste aquí esperaba que me dijeras que mis ideas eran una locura y que todo resultó una terrible coincidencia. Pero no me lo dices. En su lugar, lo crees. ¿Todo, Cory? ¿También lo de los hombrecitos?

—No —admitió Cory—. No lo de los hombrecitos, ni lo de los extraños fulgores del bosque. Esas cosas eran fruto de la imaginación y del cansancio. Pero su muerte pudo haber sido asesinato. Eso sí que lo creo. Tú también lo crees, pero tienes miedo de enfrentarte a ello. Conduce a tangentes demasiado terribles.

—¿Como que ellos pueden venir a por mí a renglón seguido, según sugirió y predijo el Fugitivo?

—Exactamente. He estado en Wornegon, Jeff, y creo que el H.D.P. es capaz de asesinar.

—¿Por qué fuiste? —preguntó Jeff—. Nunca te pareció demasiado interesante tratar de salvar al mundo.

—No fue nada de eso. Querían que mi empresa publicitaria manejase por su cuenta algunas relaciones públicas. Naturalmente, fui a echar un vistazo antes de cerrar el trato. Y después de verlo todo, lo rechacé. Desde entonces no me he sentido muy tranquilo. Eso era lo que estaba tratando de decirte esta tarde. Deja en paz al H.D.P. Es demasiado poderoso para luchar contra él desde un periódico.

—¿Una manada de chiflados en el bosque? ¿Poderosos?

Cory estaba furioso.

—Ahora muestras tu ignorancia. El H.D.P. no es lo que piensas. Hay ahí grandes hombres... financieros, industriales, incluso unos cuantos gobernadores y senadores. ¿Te atreves a llamarlos un

rebaño de chiflados?

—No. No les llamaría chiflados —Jeff dio un trago a su bebida, dándose cuenta de que había perdido su posibilidad de catalogar al Fugitivo como un psicópata.

—No me fío de nadie de los de allí —continuó Cory—. No me gusta el lugar. Es lóbrego de un modo inexplicable. Así que rechacé su propuesta y mantuve la boca cerrada. Ciertamente no esperaba que mi mejor amigo empezase a pincharles con alfileres.

—Esto ahora es más que un alfilerazo. El artículo puede haberlos alborotado, pero eso pasaría. Si el Fugitivo decía la verdad le mataron a causa de su información, ¿dónde quedo yo? Ahora poseo los informes.

Los cubitos de hielo tintinearón en el vaso de Cory cuando tragó lo último que le quedaba de su bebida. Cruzó hasta la botella y se bebió una buena porción de *whisky* puro. Dijo con voz suave:

—Sería mejor que acudieses al FBI.

—Me encerrarían como lunático. No puedo demostrar nada.

—Sabía que dirías eso, pero fue una esperanza mía —suspiró Cory.

Cory volvía a tener razón. Después de ocho años de amistad, de estrecha relación, casi podían predecir las reacciones de cada uno. Esperó a la siguiente pregunta que sabía no tardarían en formularse.

—¿Qué rumbo de acción te deja? —preguntó Cory—. ¿Sentarte simplemente y quizás hacer de blanco?

—Eso tampoco. Si soy un blanco, quiero saber los detalles —dejó su vaso, permitiendo que la acción subrayara la seriedad de su decisión—. Iré a Wornegon —con un ademán desestimó la protesta de Cory—. Tengo que seguir adelante. Si el Fugitivo tenía razón, entonces se ha de hacer algo, alguna investigación en el H.D.P. Incluso si su historia fue el resultado del cansancio, su muerte sigue siendo asesinato y ninguna organización debe poder salirse de rositas con eso. Así que voy a verlo por mí mismo y luego acudiré a las autoridades... Luego, cuando tenga algo concreto que decirles, cuando pueda afirmar lo que vi con mis propios ojos.

Aguardó, pero Cory no le respondería ni de un modo ni de otro.

—¿Bien? —provocó Jeff—. ¿No es el único curso que me queda abierto?

—¡No! Estás loco por correr ese riesgo. No te mezcles mas y

nada te pasará. Todo seguirá su rumbo y se olvidará.

—Pareces casi seguro y ¿cómo puedes estarlo?

—¡Pero, Jeff, el blanco nunca se coloca por si mismo delante del cañón del arma!

—Entonces también tú crees que probablemente soy un blanco.

—Sí, lo creo.

Jeff inclinó la cabeza, evaluando el período de su decisión.

—Si realmente quisieras que me quedase en casa, no tenías que haber admitido ese hecho. Voy a Wornegon. No quiero ser un patito sentado esperando que le disparen —miró a su vaso vacío—. En realidad no creo nada de esto. Es una comedia, un melodrama. Probablemente, resultará otro fin de semana desperdiciado.

—Yo lo desperdiciaré contigo —afirmó Cory.

—Esta vez digo que no.

—Discute cuanto quieras, pero iré. Sí voy a ser responsable por hacerte ir hasta allá, entonces tengo que acompañarte.

Cory se incorporó hasta su plena altura y su rostro adoptó una firmeza extraña. La discusión de nada serviría. Cory había intercambiado su actitud corriente e indiferente por uno de sus raros humores de sólido propósito y no había forma de hacerle cambiar de idea.

III

Jeff se libró de sus clases del viernes mediante el expeditivo y sencillo procedimiento de colocar en el tablón de anuncios del aula una nota, asignando a sus pupilos una serie de lecturas para efectuar en sus casas. En el recinto universitario corría la leyenda que le adjudicaba un cerebro rápido, una gran voluntad y una energía vibrante. Mientras conducía en compañía de Cory, completando las últimas de las doscientas millas hasta Wornegon, se preguntaba si esto, como todas las leyendas, iba a demostrarse ahora que se trataba de una exageración.

—Dobla aquí —le dijo Cory desde su lado.

Jeff apenas pudo tomar la curva a tiempo. Sus ojos captaron el cada vez mas alejado cartel pequeño, escondido entre la maleza de la desviación.

—Creo que deberían señalizar mejor.

—No en Wornegon. En cualquier lugar sus carteles son llamativos y extraordinariamente grandes. Pero se supone que aquí la atmósfera debe ser de reverencia y humildad.

—Claro. Puros de corazón, cuerpo y mente... y cartelitos para cubrir grandes males.

El camino por el que viajaban serpenteaba ahora por entre los árboles y la maleza, penetrando en el corazón de un gran bosque. Evidentemente era un camino particular, porque seguía y seguía y seguía.

—¿Todavía muy lejos? —preguntó Jeff.

—No mucho. Recuerda que Wornegon es grande. Trescientos acres no es una zona de acampada.

¡Trescientos acres! Jeff gruñó sorprendido. El gruñido fue seguido por un audible grito de asombro cuando recorría otra curva

y salía a terreno abierto. Frente al coche había un aparcamiento enorme rodeado por cercas de cadenas. Y rodeando las cercas se veía un océano de hierba verde, recortada e iridiscente, ascendiendo por una suave pendiente hasta un gigantesco edificio de metal y vidrio.

—¡Uf! —Fue todo lo que pudo murmurar Jeff. El edificio era hermoso. Dominaba el panorama y se cernía sobre cuatro construcciones igualmente hermosas, pero más pequeñas, que estaban junto a él. Se escalonaban como si las hubieran depositado cuidadosamente sobre el suelo, sin conturbar nada, sin destrozarse nada en su descenso.

—Y yo que me esperaba cabañas rústicas y cobertizos —rió Jeff.

—¿Es que te sorprende la riqueza?

—¿De dónde sacan esta clase de dinero?

—La gente se lo da —dijo Cory—. Donaciones. Y eso no es todo. Wornegon es sólo uno de los seis centros semejantes que hay repartidos por el mundo.

—Lo sabía. ¿Pero todos los otros son tan lujosos?

—Todos —los ojos de Cory estaban animados de admiración por la elegancia del lugar. Jeff raras veces le había visto tan impresionado por algo. Pero éste era el sueño de Cory... ambición, un ansia por la riqueza que Cory jamás trató de ocultar. Cory «era» la vida elegante... trajes bien cortados, zapatos italianos, coches deportivos. Pero trabajaba duro para ganar cada céntimo de lo que le costaban sus lujos—. Aparca lo más próximo a la cerca que puedas —le dijo Cory—. Hay todo un largo paseo hasta llegar al edificio principal.

—¿Y cuál es?

—El mayor. Ese es el preparado para los visitantes y recién llegados. Me dijeron que alberga salas de sesiones y alojamientos. Los dos de la derecha son el comedor y el edificio de recreos. Los otros son para los residentes permanentes.

Jeff giró dentro del aparcamiento y los dos bajaron del coche, cruzaron la puerta sin vigilancia alguna y entraron en la zona de blanda hierba.

Jeff trató de disfrutar de la asombrosa belleza que le rodeaba, pero la mismísima cosa que trataba de hacer le remordía en su cerebro. Cada paso por la verde hierba acentuaba la posibilidad de

que la muerte en la calle hubiera sido asesinato. El poder casaba con la riqueza como aquélla. Y bastante poder, en manos prietas, puede inducir a un completo desprecio por la ley. «¿Podían los del H.D.P. cometer asesinatos?», se volvió a preguntar. En esta ocasión la respuesta era «Sí».

Cruzaron una amplia terraza y entraron en el vestíbulo principal del edificio. Un salón enorme se abría ante ellos, alfombrado en turquesa de pared a pared, decorado con muebles de línea simple, mesas impresionantes y tremendas lámparas. Era como la escena de una película de lujo y Jeff se detuvo para captarlo todo. Luego inició la marcha hacia el escritorio principal.

Se detuvo a mitad de camino.

—Cory, voy a hacer una chiquillada. No me registraré bajo mi propio nombre. Quizás tú tampoco debieras hacerlo.

—Pero yo ya estuve aquí antes.

—Es verdad. Tendrás que utilizar tu propio nombre. Pero yo ocultaré el mío.

Cory asintió.

—¿Cómo intentas llamarte?

—Conservaré mis iniciales. Están en mi maleta. James Miller servirá.

—Está bien, Jim... si puedo acordarme.

Se inscribieron bajo el ojo acuoso del hombre del escritorio. Les sonreía benévolamente y Jeff inmediatamente sintió antipatía hacia él.

—Heraldos de Paz —dijo el hombre—, se alegran de tenerles con nosotros. Esperan que se unan a nuestro movimiento y marchen en nuestra compañía para salvar al mundo.

Jeff tragó saliva, reprimiendo una respuesta sarcástica. Pero Cory siguió el juego. Su voz baja y humilde dijo:

—Gracias por su amabilidad. Los hombres siempre responden al bien.

Jeff tomó su llave y se apartó del escritorio mientras alguien se llevaba su equipaje.

—Cory —acusó, cuando estuvieron fuera del alcance del oído del empleado—. Eres un sucio hipócrita.

—¿No lo somos todos nosotros? —le respondió Cory con una sonrisa.

—¿Qué hacemos ahora?

—Podrían ir a sus habitaciones, si así lo desean —una voz profunda sonó al oído de Jeff—, o mezclarse con los otros invitados.

Jeff no había oído que nadie se acercara pero una mujer estaba plantada a su lado emitiendo la voz profunda, una mujer con el rostro curtido y unas cejas pobladas. Ni una mota de polvo facial adornaba su rostro y sus labios se veían pálidos.

—Es norma de Wornegon que cada cual sea bien recibido allá donde elija ir —dijo ella—. Pueden pasear y unirse a cualquier grupo que vean que les interese. Hablar y descargarse a sí mismos es el primer paso para la pureza. Conozcan a sus Hermanos.

—Entonces no hay intimididad —afirmó Jeff.

—La intimididad es sólo necesaria cuando uno desea esconder algo. Nadie esconde nada en Wornegon —se alejó de ellos y Jeff siguió sus movimientos con atención. Llevaba la falda ceñida y no debiera haber sido así porque su figura se combaba y no llevaba faja.

—Y tampoco sostén —Cory adivinó su pensamiento—. Las mujeres aquí vuelven a lo natural. La ropa interior y el maquillaje son considerados impuros.

Jeff, mentalmente, la catalogó como la «Cimbreada» y giró en redondo para encontrar un sitio en que comenzar.

—¿Siempre te abordan tan sigilosamente como ahora?

—A mí me lo hicieron —dijo Cory—. Deben de estar por aquí tras las cortinas, por algún sitio y salir cuando ven que alguien está perdido y no sabe encontrar su actividad. Quieren que todos sean felices.

—Pues a mí no me hace feliz. Me parece siniestro.

Caminaron por la gigantesca sala, sentándose de vez en cuando cada vez que oían a un grupo de gente en conversación. No dijeron nada, simplemente escuchaban, luego se levantaban para trasladarse a otro grupo. Jeff halló difícil de aceptar el espionaje abierto, pero a nadie de los que encontró pareció importarle. El primer grupo discutía sus viajes imperativos a naciones subdesarrolladas para ofrecer ayuda médica, agrícola y espiritual. El segundo grupo hablaba de un incidente de lapidación en algún lugar deplorado y del valor de los miembros de la H.D.P. en conservarse no violentos y dejarse martirizar.

El tercer grupo trataba de discutir la última sesión de algo llamado «Escuchar a Dios por el Bien» y esto demostró ser lo más interesante, pero lo menos inteligible. Una jovencita decía:

—Naturalmente que lo escribí todo, pero sigo sin poderlo creer. Me dirigió al Irán. ¡Irán! ¿Se lo pueden ustedes imaginar? Jamás creí que tuviese que viajar tan lejos.

Esta vez Jeff abrió la boca.

—¿Quién la dirigió?

—Oh, Dios, claro —contestó ella.

—Oh... comprendo —murmuró Jeff.

—No creo que lo comprenda —la chica era franca—. ¿Es usted nuevo aquí?

—Llegué hoy.

—Entonces es comprensible. Pero no tema, ya llegará a esto también. Nadie se queda fuera, sépalo. Nadie. No importa lo que haya hecho usted, puede redimirse a sí mismo y oír.

—Sí —balbuceó Jeff—. Estoy seguro.

Se levantó, dando pie a Cory y los dos se alejaron. Este vagar, escuchar y volver a caminar le ponía nervioso. Todo el lugar le destrozaba los nervios. Era lo bastante inocente según todas las apariencias sin embargo algo sonaba falso. La gente hablaba de cosas que él esperaba... religión y política, pureza y redención... pero el escenario resultaba equívoco del todo.

Dijo a Cory:

—No estoy seguro de que hice bien de venir aquí de todos modos.

—No hemos descubierto mucho —asintió Cory—. Por el aspecto de las cosas, son sólo un rebaño de personas que viven en un estilo y pretenden estar a la caza de la pureza.

—Eso puede ser la causa de que suene todo tan extraño... porque es todo pretensión. Un falso oculto con falsos miembros. Sin embargo, aquella mujer de Bolin no tenía nada falso. La lapidaron y seguía planeando volver a por más —miró a través de la estancia—. Aquí viene la Cimbreada otra vez.

—Caminemos y quizás nos deje en paz.

—No. Quiero hacerla una pregunta —Jeff aguardó a que la mujer se les uniese—. ¿Qué es eso de «Escuchando a Dios por el Bien»?

—Veo que han pasado ustedes unas horas provechosas —contestó ella—. Y han descubierto la actividad básica de los Heraldos de la Paz.

—¿Y es?

—Escuchar a Dios por el Bien. Cada mañana, antes de hacer cualquier otra cosa, nuestros miembros se sientan tranquilos y se entregan a escuchar la vocecita. Dios les habla, a cada uno separadamente, y les da instrucciones para el día y para sus vidas. Les dice lo que hay que hacer para el máximo servicio y bienestar y dónde son más necesarios. Es algo glorioso.

—Seguro que sí —dijo Jeff—. ¿Queda abierto al público?

La Cimbrente le dirigió una mirada condescendiente.

—Es una manera un poco singular de expresarlo, pero actualmente está abierto a cualquiera que desee sentarse y presenciarlo. Ustedes incluso pueden tratar de oír por sí mismos, aunque jamás se ha hecho sin los preliminares vitales... entregándose uno mismo totalmente al H.D.P. y a la pureza y encontrándose a sí mismo a través de la iniciación.

—¿Podemos entrar y sentarnos mañana por la mañana?

—Estén vestidos y preparados a las seis menos cuarto. Pregunten a cualquiera y les indicará la Sala de Escucha. Ahora, ¿hay algo que pueda hacer por ustedes para que estén más cómodos?

—No, gracias —contestó Jeff.

La Cimbrente se fue con sus carnosos movimientos corporales y la mano de Cory apretó con dureza el brazo de Jeff.

—¿De veras tendremos que quedarnos hasta esa sesión de mañana?

—Hasta ahora no hemos descubierto nada. Quiero investigar eso.

—Mira, camarada, si tú te sintieras tan nervioso como yo en esta linda trampa, te dirigirías inmediatamente hacia la puerta.

Jeff le miró muy serio.

—Yo no dije que no estuviese nervioso.

—Entonces vámonos.

—No. Primero escucharemos por la mañana... luego nos iremos.

Jeff se fue hasta los ascensores y Cory le siguió, de mala gana, pero ateniéndose a su trato original. Sus cuartos estaban en el tercer piso. Abrieron primero la puerta del de Jeff. Jeff estaba preparado

para encontrar cualquier cosa allí, o lujo o una atmósfera espartana. Era lujo. Alfombras de nuevo y sillas superelegantes, una cama gigantesca, frutas sobre la mesa, flores en el tocador. La habitación no era una, sino dos: dormitorio, sala de estar y un gran baño. Un olor a nuevo le dio en la nariz; nuevo tapizado y alfombras, mezclándose débilmente con el aroma de las flores.

—Y todo es gratis —dijo Cory tras él.

—¿Por qué? —preguntó Jeff, sabiendo que Cory no conocía la respuesta—. ¿Por qué tratan a esos miembros tan condenadamente bien?

—Hice la misma pregunta cuando estuve aquí antes y se me dijo que eso proporciona un sentimiento de solidez; que los miembros pueden salir de aquí y enfrentarse a cualquier cosa, sabiendo que esta comodidad y esta riqueza les respaldan. Aparte del hecho que les gusta atraer a personas importantísimas y no se puede pedir a las gentes de esa categoría que vivan en chozas.

—Todo parece preparado para reyes. Así que, seamos reyes... durante un ratito.

El toque de diana llegó a las cinco y media y Jeff sintió como si no hubiese dormido en absoluto. Había yacido despierto durante largas horas escuchando los sonidos de Wornegon. Y eso era lo malo... no habían sonidos. Se percibía el débil zumbido del aire acondicionado, pero nada más. El edificio estaba tan enteramente a prueba de ruidos que igual pudiera haber estado solo, ser el único ocupante del gigantesco palacio. Finalmente se levantó, apagó el aire acondicionado y abrió una ventana. Entonces la noche penetró hasta sus oídos, una noche del bosque con búhos en la lejanía y un agitar de hojas. Con esos sonidos arrullándole, se durmió.

Ahora, mientras el teléfono sonaba junto a su cama, se volvió envarado y lo cogió. Una voz grabada le anunció que eran las cinco y media y que hiciera el favor de levantarse y estuviese preparado a tiempo para la sesión matutina de «Escuchando a Dios por el Bien».

Se metió en el cuarto de baño. Tiene gracia, pensó, que incluso en el enésimo grado de lujo no hubiese diferencia en una mañana temprana y somnolienta. Había un simple espejo, en cuya luna se reflejaron sus ojos sombríos y vellosa barbilla, y quedaban quince minutos. Se afeitó en un santiamén, se vistió y bajó por el pasillo para llamar a la puerta de Cory.

Cory abrió de inmediato.

—Me venciste —sonrió Cory—. Estaba convencido de que tendría que sacarte de la cama.

—La gente madrugadora y completamente despierta me da asco —gruñó Jeff—. ¿Se supone que vamos a pasar todo eso sin tomar siquiera una taza de café?

—A mí no me preguntes. Jamás estuve tan metido en el H.D.P. antes.

Tomaron uno de los cuatro ascensores para bajar y la Cimbrente les esperaba en el vestíbulo.

—Pensé acompañarles personalmente —dijo—. He escogido un grupito para que se incorporen ustedes. Creo que tendrán mejor posibilidad de comprender.

La siguieron y Jeff apenas podía levantar los pies y hacer ruido al pisar en la gruesa alfombra. El vestíbulo estaba lleno de gente, todos se encaminaban en una dirección, pero nadie pronunciaba la menor palabra. Reconoció a algunos, caras que de ordinario veía en los noticiarios, magnates y senadores.

La Cimbrente giró por un corredor lateral y los condujo a una puerta a poca distancia. Estaba abierta y dentro habían cinco personas, todas sentadas en sillas rectas, con papel y lápiz a mano.

—Siéntense donde quieran —dijo la Cimbrente—, y relájense. Están aquí entre hermanos.

Jeff se sentó, Cory lo hizo a su lado.

A las seis menos cuarto, cinco personas más habían entrado y ocupado sitios en la pequeña estancia. No se veían ventanas ni nada del lujo ordinario. El cuarto era gris y estéril, lo primero que él veía que se ajustase en absoluto a su idea de lo que debería ser un culto.

—¿Para qué el lápiz y el papel? —La voz profunda de Cory rompió el silencio que Jeff cuidadosamente mantenía intacto.

—Tenemos que escribir nuestros mensajes —respondió una mujer pecosa—. No podemos correr el riesgo de olvidar ni una sola palabra.

—¿Quiere usted decir que Dios les dicta y que ustedes escriben?

—Expone usted el caso de manera demasiado tosca —contestó ella.

—Pero —prosiguió Jeff—, ¿cómo pueden estar seguros de que es Dios al que oyen y no solamente su propia subconsciencia?

El rostro de la mujer expresaba pura condescendencia.

—Lo comprenderá cuando se haya unido a nosotros y pueda oírlo por sí mismo, señor...

—Mu... Miller —balbuceó Jeff—. James Miller.

—Me alegro de conocerle, señor Miller. Y espero que no se asombre cuando le diga que es costumbre entre nosotros no hablar mientras participamos en nuestro sagrado ritual.

—Lo siento. Nadie me había avisado.

Se dejó captar por sus propios pensamientos de nuevo y lo lamentó, porque en esos pensamientos había una pregunta que no podía dejar de lado. ¿Por qué a las seis de la mañana? ¿Por qué esa gente creía que Dios fijaría una cita para hablar con ellos? ¿Por qué no podían escucharle también a las siete o a las diez de la noche? Si la voz estaba allí, persistía todo el tiempo y no sólo a una hora fijada.

Cuando formuló la pregunta en voz alta, percibió un diluvio de miradas que le hicieron desear que la tierra se le tragara. Evidentemente era un ignorante, decían aquellos ojos, y un imprudente y osado. Le tolerarían porque era un Hermano, pero no le contestarían.

Cory le sonrió de soslayo y susurró:

—¿Qué tal se siente cuando uno se da cuenta de que ha metido la pata?

—¡Por favor! —dijo alguien desde la izquierda de ellos. Era un anciano y señaló con la cabeza hacia el reloj. Faltaban tres minutos para las seis.

Mientras el reloj contaba los minutos, la gente se arrellanó en sus sillas, preparándose. Algunos cerraron los ojos, otros dejaron la vista perdida. Y siempre el papel estaba preparado, el lápiz dispuesto en cada regazo.

Una súbita tensión en el cuarto. Los cuerpos se pusieron tensos, las manos se pusieron tensas, y las respiraciones aumentaron de ritmo. El reloj marcó las seis. Las seis y silencio. Veinte personas, todas retraídas, todas con miradas vidriosas, en absoluto silencio. Y luego el rasgar comenzó cuando los lápices iniciaron su revolotear a través del papel dejando tras de sí una estela de palabras garabateadas.

Jeff se estremeció y miró. Era fantasmal. Los oyentes escuchaban

algo, ¿pero qué? Cerró los ojos y escuchó con todas sus fuerzas, tratando de unírseles. Pero no había nada... nada para él, de ninguna forma.

Los minutos pasaron. El segundero dio la vuelta completa y se oyó un click en la saeta minutería y Jeff comenzó a sudar. La escena le crispaba los nervios. Algo había de malo. No se veía nada de sagrado o de divino en aquello. Aquellas personas estaban tomando notas... ¿Tomando notas de Dios?

Quiso marcharse, pero sabía que no podía. Tenía que esperar a que pasara toda aquella cosa fantasmal. Se había metido de cabeza en el borde de la locura y se sentía cuerdamente perdido entre aquellos lunáticos.

Sacó el pañuelo y se secó el sudor de la frente. Fue una irrazonable sensación de arrastrarse la que se apoderó de él y no quería otra cosa que abandonar este lugar y aquel ritual.

Consideraba las maniobras que tendría que hacer para llegar hasta la puerta sin molestar a nadie cuando el ruido de rasgueo cesó bruscamente. Alzó la vista y la gente volvía a estar presente. Sus ojos tenían sentido de alegría y satisfacción de un modo que le sobresaltó. Empezaron los susurros que se convirtieron en murmullos y luego alcanzaron plena voz mientras leían lo que habían escrito, intercambiando sus mensajes uno con otro.

La mujer pecosa se les acercó y les extendió su papel. Jeff lo tomó animoso y leyó las torpes palabras. «Estás luchando una batalla gloriosa», decía, «Y no debes jamás olvidar tu meta. Salva al mundo con la pureza. Habla contra el pecado en los lugares sombríos. Grita, en favor de Dios en todas partes. He aquí la esperanza del mundo. Ofrecete para extender la palabra. Denver te necesita».

—¿Denver la necesita? —repitió él.

—Sí, ¿no es maravilloso? —dijo ella—. Voy a ir a Denver y ayudar al reclutamiento. Eso es lo que significa. Iré a Denver. Mi primera verdadera misión. ¿No la ve ahora? —Su rostro resplandeció con una gloria que Jeff jamás había visto en nadie—. ¿No ve usted lo maravilloso que es? —se alejó para unirse al grupito que se había formado, enseñando su papel a todos y aceptando sus felicitaciones.

El anciano que había advertido a Cory que guardase silencio era

el único sin aquel fulgor especial en sí. Se acercó arrastrando los pies.

—¿Quieren leer el mío? —preguntó—. Yo ya no vuelvo a obtener la gloria. Oh, solía hacerlo, sí, es cierto, pero ya no más. Siempre se me ordena que me cuide del jardín actualmente o que fertilice los prados.

—¿Qué? —Jeff estaba seguro de haber oído bien.

—Yo no soy nada más que un simple jardinero. Demasiado viejo. Me imagino. Estoy con los H.D.P. desde que todo empezó hace cinco años, pero envejecí demasiado.

—¿De veras cree usted que Dios le diría que fuese a fertilizar los prados? —Jeff no pudo reprimir su sonrisa, o el alivio de la tensión que esta idea le comportaba.

—Seguro. ¿Por qué no? Alguien tiene que hacerlo. Pero... —Miró por encima de su hombro al resto de la gente y bajó la voz—, en cuanto a lo otro... me refiero a que me lo diga Dios... no, no creo que sea Dios. Esos otros sí. Aún siguen creyéndolo. Pero como dije, llevo escuchando ya cinco años y me lo he imaginado todo. No oigo a Dios en absoluto. Lo que escucho es a un... bueno, lo que podría llamarse un ser etéreo. ¿Sabe lo que es eso? Un ser etéreo que vive fuera de la atmósfera terrestre, que se interesa por nosotros aquí abajo y se ocupa de darnos direcciones hacia la paz y la felicidad. Yo le llamo Urias. Ahora Urias es un gran ser, yo no quiero dar la impresión de que no lo es, pero nada tiene que ver con Dios.

La cabeza de Cory oscilaba como si fuese un péndulo. Jeff se aclaró la garganta, convencido de que estaba ante un caso de aguda senilidad.

—No les dirán a los demás que yo dije eso, ¿verdad? —El anciano estaba serio—. Ya verán la conclusión por sí mismos, pero que pasen primero su aprendizaje, como yo hice.

—No diremos ni una palabra —aseguró Jeff.

No había sido posible quedarse el fin de semana. Como expuso Cory, el anciano demostraba que eran todos un rebaño de chiflados. Confesó que se había equivocado acerca de Wornegon. Era lo que Jeff pensó que fuese, simplemente un culto. Dejando aparte una serie de artículos con cosas de primera mano sobre el H.D.P., si tenía interés en escribirlos, Jeff no había conseguido nada. Y quería

escapar de aquella atmósfera fantasmal de prisa.

Hicieron las maletas y sin bajar a desayunar tomaron el ascensor hasta el vestíbulo.

Jeff caminaba con una nueva agilidad en sus pasos. La semana fue una extraña pesadilla, pero eso quedaba en el pasado. El H.D.P. jamás le volvería a preocupar. Él no era un blanco, ni lo sería, porque incluso con aquel género de primera mano dudaba si se decidiría a escribir algún artículo.

Las puertas vidriera estaban sólo a diez pasos y la luz del sol se reflejaba en la hierba en donde el anciano trabajaba siguiendo las instrucciones de Urias. La atención de Jeff se posó en un hombre alto y extremadamente delgado plantado junto a la entrada. Tenía una expresión rara aparte de su delgadez, su cutis moreno y un poco desastrado, como cualquier otro en Wornegon. Pero su rostro no estaba abierto como el resto de los fieles. Sus ojos centelleaban y eran malignos.

Al acercarse a la puerta el hombre se movió. Se plantó en el centro en actitud de espera, su mirada sombría posada en Jeff. Jeff siguió adelante, tratando de pasar junto a él y evitar cualquier charla más acerca del H.D.P. Su mano tocó la puerta junto al brazo del hombre y el individuo dijo:

—Señor Munro, Jeff Munro.

El uso de su nombre correcto detuvo a Jeff.

—Me temo que se equivoca. Mi apellido es Miller.

—El apellido es Munro —dijo el hombre—. Lamentamos que quiera usted marcharse tan pronto.

—Yo lamento que ustedes lo lamentan, pero me voy.

—No lo creo. Todavía no, por lo menos.

—¿A qué viene todo esto? —quiso saber Cory.

—Eso no le importa a usted, señor Bennett —dijo el hombre—. Mi asunto se refiere solamente al señor Munro.

Jeff luchó por situar al hombre y preguntó por qué pensaba que iba a serle posible lograrlo. Luego un fragmento de recuerdo le asaltó y preguntó:

—Usted no podría ser Rogers, ¿verdad?

—Sí. Es espléndido que me conozca. Eso hará mas sencilla mi misión —las palabras eran educadas y gentiles, pero el hombre era demasiado apuesto para que sonaran a ciertas—. Se me ha enviado

para recogerle de parte de nuestro bien amado director, el señor Montgomery Hicks. No quiere que se marche sin verle. Está convencido de que tiene usted preguntas que formular sobre los Heraldos de Paz y en esta ocasión espera que sus artículos contengan hechos, no simples prejuicios.

—Oh... mis artículos —Jeff se relajó. El nombre de Rogers le había brotado de la historia que el Fugitivo le contase y casi echó a correr al darse cuenta. Pero este incidente total tenía que ver sólo con aquel odioso artículo que había escrito. Parecía lógico que el H.D.P. quisiera discutirlo con él antes de que escribiese algo más—. En realidad, no intento escribir ningún otro artículo.

—Es difícil que lo creamos —respondió Rogers—. No tiene usted fama de ser hombre que mantenga la boca cerrada. Seguramente no se enfadará si concede a nuestro director unos pocos minutos de su tiempo.

Jeff se volvió a Cory para esperar un consejo silencioso, pero Cory se limitó a encogerse de hombros.

—Estoy decidido a llevarle hasta él —dijo Rogers.

—Ya lo veo. Pero igualmente puedo yo estar decidido a no ir.

—Usted vendrá —Rogers no cambió su tono ni, su expresión, pero Jeff no pudo distinguir si le había estado amenazando o era simplemente parte del extraño modo de hablar de Rogers:

—¿Conseguiré respuestas a mis preguntas? —preguntó Jeff—. ¿A cualquier pregunta?

—Ese es el propósito del señor Hicks.

—Entonces, supongo... —Entregó su maleta a Cory. Dijo—: Qué diablos, Igual puedo aceptar la oferta de Hicks. Espérame aquí, ¿quieres?

—¿Entonces no te acompaño? —preguntó Cory más dirigiéndose a Rogers que a Jeff.

Rogers dudó.

—Probablemente se podría arreglar.

—Era solo una prueba —dijo Cory—. Si no pudiera haber ido yo, Jeff tampoco habría ido. Me reuniré contigo fuera cuando hayas terminado, Jeff. Quiero inspeccionar algo del trabajo de Urias.

Cory siguió a través de la puerta, llevando ambas maletas y Jeff se sobresaltó involuntariamente cuando la delgada mano de Rogers cayó sobre su brazo y empezó a dirigirle hacia los ascensores.

IV

El recorrido en ascensor tuvo un aura de intranquilidad y todo por culpa de Rogers. Su escuálida presencia y sus ojos cortantes conturbaron a Jeff. Estuvo plantado alto y con su violencia irradiando de su persona.

Las puertas chirriaron al abrirse en el sexto piso. Salieron y pisaron otra espesa alfombra y procedieron por un largo pasillo salpimentado de pesadas puertas de madera. Rogers abrió una de ellas de par en par. La habitación ante Jeff era enorme y en el extremo lejano, asentado como un rey en medio del esplendor de las audiencias, había un enorme escritorio de caoba, con una presencia todavía más enorme tras él.

La presencia era Montgomery Hicks, Director del H.D.P.

—Entre. Entre —la voz de bajo de Hicks resonó a través del espacio.

Hicks era un gigante. Alto, pesado y calvo, llevaba gafas con montura negra y dirigía por ellas una mirada penetrante que no contenía honradez alguna. Sus ropas estaban estupendamente cortadas y confeccionadas para encajar en su voluminoso cuerpo, rebajando de él toda apariencia desmañada. Jeff se detuvo ante el escritorio y calibró a aquel hombre.

—Siéntese, siéntese —repitió Hicks, como solía hacer con cada una de sus frases—. En el H.D.P, no gastamos cumplidos, señor Munro. Póngase cómodo.

Jeff se volvió en busca de una silla, pero ya le habían acercado una, el propio Rogers lo hizo, quedándose detrás suyo.

—¿Quiere beber algo? —preguntó Hicks—. Rogers, por favor, mézclenos un par de bebidas.

Se levantó del escritorio y lo rodeó para unirse a Jeff, tomando

el asiento que Rogers le adelantó. Su masa se expandió para cubrir los remanentes de la silla.

—Es un poco temprano para tomar licor —dijo Jeff.

—Ah, tiene usted razón. ¿Entonces, café? Rogers, pide abajo que nos manden café.

Rogers se dirigió al teléfono y transmitió el pedido. Mientras lo hizo perdió su aspecto ominoso. Después de todo, no era más que un lacayo glorificado y Jeff le había prestado una atención excesiva.

—¿Le gusta nuestro pequeño establecimiento? —preguntó Hicks. No aguardó la respuesta—. Claro que en realidad ahora no importa que le guste. Fácilmente podrá llegar a apreciarlo cuando se dé cuenta de que no le queda otro remedio.

Jeff miró a Hicks agudamente, pero nada pudo descifrar de la calculada sonrisa que surgía del rostro del gigante. Hicks bajó la voz unos buenos tres tonos hasta un bajo que retumbó en la habitación.

—Soy partidario de ir derecho al grano, Munro. Y el asunto es sencillo. ¡Usted sabe demasiado! ¡Frecuentó malas compañías, sabe usted demasiado y es peligroso para el H.D.P.! ¡También conoce por experiencia directa lo que les pasa a los hombres que son peligrosos para el H.D.P.!

La tensión ascendió por las piernas de Jeff y extendió por todo su cuerpo. La fina sombra de Rogers se proyectaba en la pared junto al bulto de Hicks y, de súbito, aquellos dos hombres fueron sus adversarios.

Hicks le había amenazado. La amenaza era clara, aguda y significativamente Ineludible.

Jeff empezó a ponerse en pie, pero vio la sombra de las manos de Rogers bajar al encuentro de sus hombros antes de notar la presión.

—No —dijo Rogers—. Permanecerá sentado.

—Veo que no es usted un hombre de acción —se burló Hicks.

—Y también aguanta perfectamente los insultos —dijo Rogers.

Jeff se sentía pillado entre dos martillos descendentes. Sin concederle la oportunidad de orientarse, habían caído sobre él dejándole anonadado para toda acción. Estaba haciendo el más completo ridículo, ¿pero qué podía hacer un hombre cuando su vida era amenazada con tanta frialdad? La amenaza seguía despertando ecos, pero él no la creía del todo.

—Entonces, usted me ha entendido —dijo Hicks.

—Clarísimamente —respondió Jeff y su voz sonaba solitaria en aquella habitación donde no tenía ningún amigo—. Acaba usted de amenazarme de muerte.

—¿Y usted está temblando? —Hicks parecía ansioso, aguardando extraer de la respuesta de Jeff algún placer sádico.

—Todavía no —Jeff no le daría aquel gusto.

Hicks apretó juntas sus gruesas manos casi con desilusión.

—¡Se ajusta usted a lo que me esperaba! A su leyenda viviente. Me causa una gran satisfacción, Munro.

—Señor Munro, por favor —apuntó Jeff, aferrándose a lo más insignificante que podía encontrar para provocarle la cólera y luchar contra la impresión recibida—. No me gusta la gente que utiliza los apellidos a secas.

—A mí, sí —respondió Hicks—. Coloca cierta distinción entre los hombres. Amo y criado, por ejemplo. Dueño y esclavo. O quien posee el poder y el que va a ser aplastado.

Jeff nada dijo, así que Hicks prosiguió:

—Pero, basta de muerte. No quiero que nuestras relaciones desemboquen en eso.

—¿Acaso retira ahora su amenaza?

—En absoluto. Simplemente presento la alternativa.

Hicks había vuelto a perder su aspecto de gigante y era sólo un hombre gordo de buen genio. Jeff no dejó que la cordialidad le engañara, no cuando la amenaza aún le escocía en la garganta.

—Tiene usted opiniones propias del H.D.P., señor Munro, proporcionadas por nuestro difunto amigo, Thomas Sullivan.

—El hombre que murió en aquel terrible accidente.

Finalmente el Fugitivo tenía un nombre. Thomas Sullivan. ¿Qué más había poseído, se preguntó Jeff, antes de conocer al Poseedor del Poder y convertirse en el Aplastado?

—De todos modos —dijo Hicks—, puesto que usted tiene la historia de Sullivan, no voy a perder el tiempo negando nada de lo que pudo haberle dicho. Puede creerle con tanta libertad como desee. Tengo mayores cosas preparadas para usted. Ya le he mostrado un lado del cuadro... el mismo destino que sufrió Sullivan. Pero hay otro. Le ofrezco poder, Munro. Posición y poder. Mire, estábamos preparados para invitarle a visitar Wornegon

cuando vino usted por su propia voluntad.

—¿Por qué?

—Mi querido amigo, usted sería inapreciable para nosotros, ¿no se da cuenta? Su reputación, su influencia le hacen valiosísimo para nosotros. Después de todo, nuestra línea de conducta es también la suya.

—Jamás me he asociado con ninguna clase de culto.

—No me refiero al culto, señor Munro. La política... ahí está la clave. Usted enseña ciencias políticas, tiene muchas relaciones con los políticos del estado. Seguramente que se habrá fijado en los huéspedes distinguidos que tenemos en Wornegon. Y esos son sólo unos pocos de los hombres que trabajan con nosotros —Hicks se inclinó hacia adelante, un brillo ansioso en sus ojos mientras alardeaba—. ¡Tenemos con nosotros a diez senadores de los Estados Unidos! ¡Diez! Esperamos ganar otros dieciocho más en las elecciones de otoño. Y también poseemos gobernadores. Así que, mire, el H.D.P, queda dentro de su línea de trabajo. Definitivamente.

El sonido de un timbre con sordina anunció la llegada del café en un pequeño y bien oculto montacargas. Rogers lo sirvió con un aplomo que en él resultaba incongruente. Hicks tomó su taza, pasando los dedos por el borde, casi acariciándola. Tenía el aspecto del hombre metido en el juego del gato y el ratón y Jeff no pudo olvidar el por qué.

—Veo que no le he impresionado —dijo Hicks—. Entonces, déjeme seguir un poco más. En otras partes del mundo incluso poseemos mayores influencias. Piénselo, Munro. Somos capaces de crear historia... nos es posible fermentar crisis... hasta podemos manipular la guerra fría. Cualquier cosa que nos propongamos podemos realizarla y todo por el Bien. Todo por H.D.P.

Jeff ni estaba sorprendido, ni impresionado.

—Usted dice, todo en nombre del Bien. Y luego dice, todo por H.D.P. Esas dos cosas no van juntas.

—¿Entonces piensa usted que exagero nuestro poder? —preguntó Hicks.

—¿Cómo pueden ustedes ser dueños de un poder tan vasto? La gente no se deja engañar con tanta facilidad.

—En eso se equivoca, señor Munro, usted no tiene idea de

cuánto mal puede conseguirse en nombre del Bien, si la persona es lo bastante fanática.

Esta afirmación fue pronunciada en un tono más profundo y causó en Jeff un pequeño impacto porque comprendió la verdad que encerraba. La lección aparecía muchas veces en la Historia, pero la gente olvidaba todos los preavisos.

—Ahora ha dado la vuelta a la moneda —dijo Jeff—. Admite que el H.D.P. actualmente se inclina hacia el mal.

—El H.D.P. se inclina hacia el H.D.P. Y esa meta basta en si misma.

—¿Y cuál es su motivo para decirme eso cuando ya estoy en su lista de hombres muertos?

—¿No se lo imagina? —El esfuerzo de Hicks por sorprenderse era minúsculo—. Queremos que se una al H.D.P. y comparta las recompensas.

El miedo frenético del Fugitivo volvió a la mente de Jeff; su terror a la iniciación; su huida del cubículo oscuro.

—Comprendo. En realidad eso es un juego para silenciarme sin asesinarme. Ya he oído hablar de sus iniciaciones. No tengo prisa en salir de una de ellas convertido en un fanático.

—¿Le he pedido que se una a la masa? Le estoy ofreciendo un puesto en la Dirección. Y en pago por su ayuda le ofrezco poder y riqueza, mas de la que usted jamás soñara que pudiese existir.

Jeff casi se carcajeó.

—¿De dónde sacó la impresión de que yo me decantaría por eso? Quien le dijo a usted que estoy que salto por conseguir poder se equivocaba de medio a medio. El poder no es uno de los móviles que me impulsan.

—Le conocemos muy bien. Usted aceptaría el poder tan rápidamente como cualquier hijo de vecino. Su posición y su lucha por conseguirla nos lo dijeron. Y usted sería leal a lo que se le confiara. Una vez aceptada, jamás abandona una causa, nunca la deja plantada.

—Muchas gracias —Jeff inclinó la cabeza—. Entonces ya nos conocemos mutuamente. La única nota falsa es la conclusión a la que usted ha llegado. Yo ya tomé mi postura sobre el H.D.P. —ahora estaba faroleando, probando el alcance de la amenaza previa de Hicks. Aquel hombre le ofrecía con una mano riqueza y poder y

con la otra la muerte, eso resultaba incongruente. Tenía que haber en alguna parte un término medio.

Pero Hicks no mostró ninguno.

—Le he molestado con mi ofrecimiento comercial. Lo siento, porque lo tenía planeado de otra manera. En cualquier caso le habríamos hecho venir aquí para celebrar esta pequeña conversación, pero puesto que Sullivan llegó hasta usted con sus locos miedos, tuve que empezar nuestra charla con una brutalidad que me es muy molesta.

—¿Tan molesta como ver a un hombre desangrarse en plena calle?

—Ese incidente era enteramente necesario —dijo Hicks sin remordimiento—. Sullivan simplemente no podía ver las cosas a nuestra manera.

—¿También le ofrecieron a él esta elección?

—Claro que no. No nos interesaba su persona.

Jeff se mantenía rápidamente tranquilo en apariencia, pero dentro suyo, en la sombría cápsula, giraba en la vastedad de la habitación. Amenaza y oferta... estaban diseñadas para equilibrarse una a otra, pero no lo lograban. Y, pillado dentro del miedo de la amenaza, no podía aferrarse a ningún pensamiento sensato.

—Nuestro amigo está sorprendido en todo un jaque mate —la voz de Rogers se filtró en el aire—. Le golpeó demasiado, señor Hicks.

—Y así precisamente lo había planeado, ¿verdad? —Escupió Jeff—. Se me dijo que tienen especialistas para esta clase de cosas... especialistas en psicología y propaganda.

—No se vuelva ahora acusador —eludió Hicks—. Actualmente la culpa es toda suya. Nosotros nos salimos de nuestro camino para probar el otro... estudiarle, planear por usted, hacerle una oferta atractiva.

Jeff se arrellanó, recibiendo bien la sólida sensación de la silla contra sus hombros. ¿Qué quería Hicks de él, además de su vida?

—Porque rehusé su oferta tengo que morir, ¿verdad?

—No, no —se apresuró a decir Hicks—. La oferta sigue en pie. Una vez hecha se mantiene... sólo esperando que su mejor criterio se dé cuenta de sus implicaciones. Usted únicamente tiene que escoger la alternativa... cooperación o muerte. La elección es

simple.

—No lo creo.

—¿Pero cómo puede haber alguna cuestión?

—Hay una cuestión —acusó Jeff—, y grande. Desconozco los principios del H.D.P.

—Le he dicho cuanto puedo. No me es posible hacerle partícipe de nuestros secretos hasta que tengamos su juramento de lealtad.

—Entonces, comprenda, no hay elección.

La respuesta de Hicks fue tercamente dura.

—Tiene usted toda la elección que va a conseguir. No estamos jugando, Munro. Tenemos la habilidad para llevar a cabo la amenaza, lo mismo que para proporcionar las recompensas prometidas.

La decisión era excesiva y demasiado súbita. Jeff sólo pudo preguntarse a sí mismo: «¿Si llega el caso, tendré voluntad para morir luchando contra el H.D.P.?». No conocía la respuesta. No había tenido tiempo u oportunidad para pensarlo. En algún modo la promesa de muerte parecía fútilmente cercana a las preferidas recompensas de cooperación, como si la amenaza fuese hecha sólo para asustarle y hacerle claudicar.

—Usted no puede asentar su mente —dijo Hicks—. No le he pedido que lo haga. De buena gana le voy a conceder tiempo. Después de todo, no podemos aparecer demasiado fríos y esperar ganarnos la confianza, ¿verdad, Rogers?

Jeff protestó.

—No creo nada de esto. Pienso que trata usted de asustarme.

—No tardará en averiguarlo —dijo Rogers.

—¿Le bastan veinticuatro horas? —Hicks rompió la creciente tensión—. A mí me parece un plazo razonable. En menos tiempo se han tomado mayores decisiones.

Jeff saltó ante la escapatoria.

—Naturalmente, usted se pasará esas horas aquí en Wornegon —la inflexión de Hicks permaneció abierta—. No hacía falta que se lo dijera. Es usted un hombre de honor y estoy convencido de que nos podemos fiar de usted.

Jeff se levantó sin contestar. Todo lo que había en su cerebro era la amenaza de veinticuatro sólidas horas; horas que podría utilizar para libertarse; horas de que disponer. Su única tarea ahora era

protegerse de modo de no verse obligado a elegir el menor de dos males.

Rogers se movió detrás suyo y Jeff sintió más que oyó el movimiento. Rogers era un enigma; un buitre al acecho, débilmente alimentado y hambriento de violencia. Hicks y él formaban una buena pareja. El uno para matar y el otro para proporcionar las víctimas.

—Lamento que tenga usted tanta prisa de privarnos de su grata compañía —dijo Hicks de manera rara—, pero puesto que es su deseo, Rogers le acompañará hasta el vestíbulo. Realmente, Munro, creo que mañana seguirá usted estando en el mismo brete. ¿Por qué no se ahorra esa experiencia capaz de destrozar los nervios al más pintado y acepta mis condiciones?

—Aprovecharé mi tiempo, gracias. Y basta de pretender educación y civismo. No le sienta bien a usted luego de haberme amenazado de muerte —dio media vuelta y Rogers se colocó delante suyo, abriendo la marcha innecesariamente hacia las enormes puertas que se habían abierto arrojándole a él inocentemente al interior del cubil del tigre.

Jeff pasó a Rogers y cruzó presuroso el vestíbulo hacia la puerta principal. Cory estaría esperándole fuera. Salió al sol, parpadeando ante la brillantez de los rayos y dejó que sus ojos recorrieran la verde hierba. Cory no estaba a la vista. ¿Le habrían hecho algo?

Bajó por la fachada del edificio, luchando por reprimirse y no echar a correr llamando la atención de manera no deseable. Los jardines estaban atestados de gente, yendo de edificio en edificio, entrando y saliendo, subiendo y bajando. Wornegon era un hormiguero y él deseaba parecer otra hormiga hasta que se escapara.

Dobló la esquina de la construcción.

—¡Cory! —gritó.

Esta parte de los jardines estaba casi vacía y esa vaciedad oprimió el estómago de Jeff con una terrible sensación de soledad. Si ellos habían de algún modo hecho desaparecer a Cory...

—¡Cory!

Lejos del costado del edificio una cabeza surgió de detrás de un

seto y luego asomó otra. Cory y el anciano. Jeff emitió una breve carcajada de alivio. Tras el seto halló las maletas una encima de la otra y a Cory de rodillas.

—No tardaste mucho —dijo Cory.

Eso era la cosa más fantasmal de todo, pensó Jeff. El asunto sucedió tan rápidamente... y sin embargo había pasado toda una vida.

—Tenemos que continuar —dijo Jeff, tratando de acuciar a Cory sin alarmar al anciano.

—Echa primero un vistazo a esto —respondió Cory—. Harvey, aquí presente, ha descubierto un nuevo sistema de reproducir estos arbustos doblando una rama y cubriéndola de tierra.

—Eso no es nuevo —arguyó Harvey, el anciano—. No puedo aceptar el crédito.

Jeff murmuró:

—Vamos, Cory. Quiero llegar a casa antes de que anochezca.

—Pero Harvey se ofreció para darnos algunas de las nuevas plantas.

—Quizás la próxima vez, ¿eh? —Jeff sabía que estaba alzando la voz, pero no pudo evitarlo. Cory era un hombre de pesadilla, lento de movimientos, con poca voluntad de actuar, mientras una crisis se cernía sobre su cabeza—. Por favor, Cory, quiero que nos vayamos.

Cory se levantó y se sacudió de tierra las perneras del pantalón.

—Gracias de todos modos, Harvey, Recogeremos las plantas la próxima vez.

Jeff tomó las maletas y comenzó a andar. Cory corrió unos cuantos metros para alcanzarle.

—¿Qué es lo que te pasa?

—No puedo perder tiempo con explicaciones. Lleguemos hasta el coche.

Cruzaron el césped, describiendo una línea recta hacia la puerta del aparcamiento. Cuando se acercaban a ella dos figuras surgieron desde el otro lado y la respiración de Jeff se hizo más agitada cuando reconoció al escuálido Rogers. Incrementó su paso para llegar a la puerta antes que Rogers, pero se encontraron en el centro. Rogers se plantó a la derecha, su compañero a la izquierda.

No llevaban armas... por lo menos a la vista. La única arma que tenía Rogers era el brillo odioso de sus ojos grises y la maligna

postura de su cuerpo.

—¿Qué hay de malo? —preguntó Cory—. No más retrasos. Queremos llegar a Union Town antes de anoecer.

—No pienso que lo consigan —dijo Rogers.

Jeff guardaba silencio. Cory no sabía de lo que le hablaban y podía quizás por esa razón llevar mejor el gambito.

—¿Acaso ustedes juegan aquí a alguna clase de Juego? —rió Cory—. ¿Todo el mundo entra, pero nadie sale?

—Dígaselo, Munro —apuntó Rogers—, si cree que es prudente incluir a otro pensionista.

En respuesta Jeff dio un súbito paso hacia adelante. El hombre junto a Rogers reaccionó de inmediato, cerrándole el paso. Nunca sacó las manos de los bolsillos, no dijo nada amenazador, pero bloqueaba la salida de manera tan efectiva como si empuñase un arma.

Jeff retrocedió.

—Es inútil, Cory. Será mejor que volvamos.

Cory sostuvo confuso su mirada.

—Pero yo pensé...

—Nadie piensa en Wornegon —escupió Jeff—. Haremos lo que se nos dice —se alejó de la puerta.

Tras él los pasos de Cory quedaron ahogados por la hierba.

—Desearía que te explicaras. ¿Qué fue esa silenciosa batalla?

—Tengo que quedarme aquí otras veinticuatro horas, eso fue. Estoy enjaulado. Soy demasiado peligroso para que ellos me dejen correr libre —volvió a encaminarse al lado del edificio—. Pero no me conocen. No pueden estar en todas partes y aún sé trepar por las cercas. ¿Estás conmigo? —Jeff dejó de andar para enfrentarse a Cory con la pregunta.

—¡Bueno... sí! —Cory no dudó.

—Piénsatelo. Probablemente puedes salir por aquella puerta y volver a casa con el coche. No tienes por que quedarte.

—No pensé que quedarse fuera la idea general. Me parece que ambos vamos a escalar cercas —Cory ya estaba decidido.

—Tengo otra idea. ¿Va muy llena tu maleta?

—Apenas mediada —respondió Cory—. Sólo traje una camisa y algo de ropa interior.

—También yo. Mira lo que quiero que hagas. Mete mis cosas

con las tuyas y deja a un lado mi maleta. Luego vas al aparcamiento y coges el coche. Te dejarán pasar, supongo. Aléjate lo bastante para que no se te vea desde los edificios de Wornegon, entonces esperas. Trataré de escalar las verjas solo. Si lo logro, te encontraré y volveremos a casa libres.

—Pero eso te deja a ti con toda la lucha.

—Así debiera ser. Me imagino que provocarás una acción divergente y así tendré yo mejores oportunidades. Y lo lograré, Cory. No esperan que trate de escalar las tapias.

—Si no me alcanzas a mediodía, volveré —amenazó Cory.

—Preferiría que no lo hicieras.

—Ahora hablas como el Fugitivo.

—Eso es lo último en el mundo que voy a ser. En marcha, amigo, te veré dentro de un ratito.

Dejó a Cory plantado en la hierba con las maletas y dobló hacia la fachada del edificio. Era bueno que cualquiera que le vigilase pensara que había desistido de huir, se despidió de su amigo y regresó a su cuarto. Se sentía como un criminal en la noche, planeando su estrategia, preparando las cosas de manera furtiva. Pero no era de noche y comprendía que tenía que enfrentarse al peligro actual tarde o temprano.

Dentro del edificio apenas pudo escapar a la Cimbrea. La maniobró con habilidad y cuando ella le daba la espalda, cortó lateralmente por uno de los muchos pasillos que partían del vestíbulo.

El corredor estaba vacío y empezó a cruzarlo. Debía conducir a alguna salida que diese a un lado de la construcción si seguía por el pasillo lo bastante lejos. Pasó por delante de muchas puertas inexplicables, llegó a otro corredor con un letrero anunciando PROHIBIDO EL PASO, y lo franqueó, sin desviarse en su curso. Por último apareció una puerta posterior arrojando una luz hacia el pasillo. La abrió.

Estaba entre dos edificaciones, el principal y el Centro de Recreos. Se aprovechó de su soledad y corrió por el espacio abierto, luego cortó por detrás del salón de la recreación y lo recorrió en toda su longitud.

Libre de la protección del edificio disminuyó la carrera hasta adoptar una marcha de paseo. Se adentraría en los bosques que

anillaban Wornegon y probaría las cercas por allí. Con tanta arboleda y tanto cercado no podía fallar.

Los árboles se cerraron sobre su cabeza y los rayos de sol quedaron filtrados por la hojarasca, cayendo sólo de vez en cuando en una lanza amarilla que parecía clavarse en el suelo. Una vez los edificios quedaron fuera de la vista, Jeff torció a la izquierda, encaminándose hacia la cerca que sabía debía estar en aquella dirección.

El tiempo se dilataba mientras caminaba, creando senderos, él, la única criatura humana del bosque. Los pájaros volaban por encima suyo y las ardillas chillaban coléricas, inquietas y agresivas.

Bruscamente se detuvo cuando una barrera verde se cernió ante él. Se colocó tras el tronco de un árbol para examinarla. Luego comprendió lo que era... la cerca, cubierta de enredaderas, enterrada bajo ramas y zarcillos. Escuchó atento a todos los ruidos a su alrededor. Pájaros, rumor de animales... pero no pisadas, nada humano.

Estaba a quince metros de ella y tenía el camino claro, pero respetó esos quince metros, utilizando cuantos cobijos pudo hallar. Supuso que estaba haciendo el ridículo, escondiéndose de nada, pero no quería correr riesgos.

La cerca tenía dos metros de altura y estaba formada por una tela metálica. Apenas podía ver su entramado por en medio de las enredaderas. Sería difícil encontrar asiento para los pies, pero si saltaba y se agarraba al rail superior, podría franquearlo. Cubrió de un salto el último metro y proyectándose hacia arriba se aferró al rail. Las hojas de hiedra crujieron bajo sus manos y agitó las piernas para tener suficiente impulso y poder montarse arriba. La cabeza le quedaba a mayor altura que la cerca de manera que podía ver por encima de la barrera.

Algo se movió por entre la maleza. De nuevo otra vez. Dejó de patear y aguardó, pendiendo pesadamente, las manos y brazos empezando a dolerle. ¿Un ciervo?, se preguntó esperanzado. ¿Un gentil ciervo de ojos tiernos?

El movimiento apartó los arbustos y un pie se proyectó fuera de la maleza, un pie calzando una bota parda. Un hombre emergió, otro lo hizo cerca y detrás.

—Eh, usted —gritó el primer individuo—. ¡Baje de la cerca!

Jeff continuó colgado, esperando ser invisible, pero dándose cuenta de que se le veían las manos en lo alto. ¿Quién era aquel tipo? Iba toscamente vestido con ropas de trabajo y no parecía pertenecer a Wornegon.

—En nombre del H.D.P., salga de esa cerca —la llamada vino a contestar a su pregunta.

¿Pero cómo? ¿Cómo le habían encontrado aquí?

Se levantó un poco más. Saltaría la cerca de todas maneras y que se fueran al diablo. Ellos no llevaban armas.

Al sonido de sus pies buscando asidero el hombre de delante se metió la mano en el bolsillo. No la volvió a sacar, pero un bulto cobró forma dentro de aquel bolsillo y Jeff supo que allí había una pistola.

Se soltó del rail y cayó al suelo, dejando su cuerpo desmadejado y permaneciendo en tierra tratando de captar la situación. Había elegido al azar. Procedió en silencio. Y sin embargo, ellos estaban en la cerca esperándole. ¿Cómo?

La pregunta despertó ecos en su cerebro como el estampido de un trueno y se puso en pie de un salto y se encaminó a ciegas por el camino desde el que viniera. El miedo corría por él ahora. No había sido sencillo, no había sido fácil escapar a la libertad. Seguía atrapado aún dentro de Wornegon y un pánico inconmensurable le dominó, empujándole hacia adelante bajo los árboles, batiendo los pies.

Cuando llegó al sendero que llevaba hasta el edificio, se apartó de él. Todo cuanto podía pensar era en el rostro del Fugitivo. Tom Sullivan huía ante él, bajo los árboles, en torno a las rocas, salpicando por el estrecho arroyo que se cruzaba en su camino. Doblaban una curva y lo sabía, pero no le importaba. Volvería de nuevo a la cerca, pero por otro sitio, uno al que «él» ni siquiera eligiera y en esta ocasión la franquearía... esta vez tenía que...

«¡Usted sabe demasiado!», sonaba dentro de su cabeza. «¡Usted es peligroso!».

Hicks se lo había dicho y él lo aceptó con sorpresa, lo escuchó en silencio, pero ahora ya no era silencioso más. Gritaba por detrás de la brisa y él huía de las frases aquellas. «¡Decídete! ¡Decídete! ¡Decídete! El H.D.P. está en marcha. ¡Únete y salva al mundo!». El H.D.P. era una araña con una tela fuerte, fuerte y él se encontraba

desesperadamente enredado en ella. Tenía que salir. Cory le esperaba. La ayuda le aguardaba.

Se lanzó fuerte contra la cerca y salió rebotado, cayendo al suelo. Se levantó y trató de cogerse al rail superior, pero cayó. En el segundo intento aseguró su asidero y miró por encima. Esperándolo allí habían dos hombres más... no los mismos, sino otros dos, igual de grandes, igual de decididos e igualmente odiosos.

Se dejó caer sobre sus pies. Ya no había que hacer más preguntas, no quedaban más esperanzas. Podía correr por el bosque y saltar todas las cercas hasta que el corazón le estallara en el pecho. Rogers era demasiado perverso para él. Hicks era demasiado grande para él. Jeff sabía que nunca podría salir.

Volvió tambaleándose por el camino por el que había venido. Entonces estaba derrotado. Tenía que elegir entonces. Su única posible esperanza era que Cory no regresara, sino que se volviera a casa e informara de todo esto a alguien que pudiera ayudar. E incluso mientras lo esperaba, sabía que no ocurriría. No le había dicho a Cory por qué le retenían aquí.

Volvió a cruzar el arroyo, orientándose por él. Gradualmente recobró la compostura y se avergonzó de la loca carrera por el bosque. Sin embargo, había sido una cosa natural. Si hubiera sido un animal, se habría arrancado a mordiscos el pie para librarse del cepo. Sólo podía correr. Tom Sullivan, el Fugitivo, había tenido razón. «Había» algo antisagrado en Wornegon y era lo bastante poderoso como para matarle. Tenía que encontrar algún medio de luchar contra eso.

V

Cory volvió a mediodía, pero Jeff no se alegró de verle. Si tenía que tomar la decisión, necesitaba tiempo para estar solo, pero el tiempo se le pasaba luchando con su conciencia acerca de Cory; fuese o no a utilizarle, o para dejarle fuera de estoy sano y salvo en su propia seguridad. Si Cory supiese la historia, tendría que marcharse en busca de ayuda. Pero, se preguntó Jeff a sí mismo, ¿serviría de algo esa ayuda? ¿Podría demostrar que la amenaza le fue hecha si Hicks y Rogers se unían para negarlo? Y una vez partícipe del secreto, Cory tendría que huir también.

Pero cuando Cory llamó a su puerta, por lo menos ya había decidido todo eso. No tenía derecho a poner en peligro a un amigo que le acompañó para ayudarle. Así que apartó a un lado las preguntas de Cory y cuando éste insistió, cambió la rudeza por una súplica de fe y paciencia que no podía ser rehusado.

A solas de nuevo, Jeff se instaló en el silencio de la habitación. Mañana debía dar una respuesta, bien fuera cierta o no. Dio un colérico puñetazo de frustración al blanco lecho. Había venido aquí con otros planes, planes de investigar la historia contada por el Fugitivo. Ahora, más que antes, esa historia necesitaba de investigación.

Le sirvieron la cena en su cuarto y luego empezó a oscurecer fuera de sus ventanas. Su único plan era nebuloso. Tras caer la noche, cuando los jardines estuvieran vacíos, se escabulliría del edificio y encontraría el lugar que dijo Tom Sullivan era una buena atalaya para divisar el resplandor del bosque. No podría escaparse, pero sí podría registrar los confines de su jaula en busca de alguna pista que contenida en ellos le fuera asequible.

Esperó en la habitación a oscuras y el silencio era densamente

dulce, pero sin contener solaz. Aguardó y cada hora de negror más profundo tensaba más y más sus nervios.

Un ligero ruido le hizo ponerse erecto. Metal sobre metal, sonó en el aire desde la dirección de su puerta. Sólo pudo distinguir el sonido de pisadas alejándose por el pasillo. Consultó su reloj. Las once en punto. Muy poco tiempo. Luego descubrió qué era lo que había oído. La puerta estaba cerrada con llave. Desde fuera.

Volvió a la cama. Los huéspedes encerrados no era costumbre del H.D.P. Pero, entonces, él ya no era ningún huésped. Ahora incluso su esperanza de investigar el resplandor se había esfumado. No podía ni salir.

La cólera le inflamó todo su ser. Había sido estúpido, esperando demasiado para hacer su movimiento. Cinco minutos antes podría ya estar en camino de aquella elevación del terreno, vigilando el resplandor. Pero era demasiado tarde. Había sólo un modo de salir del cuarto.

«Y es una mentira», se dijo para sí. «Nunca hay sólo un medio de hacer algo».

Apagó las luces de la habitación para poder ver en la oscuridad. Mientras sus ojos se ajustaban a la noche, abrió la ventana y miró hacia abajo por la fachada del edificio. Estaba a tres pisos de altura y la caída era escarpada y lisa.

No habían cornisas en torno a las construcciones. Eran demasiado modernas para eso. Pero en donde las planchas de metal exterior se unían habían costuras... costuras de suave metal, pero quizás suficientes para dar asidero al pie. Ahora sobrevino la pregunta, ¿era lo bastante valiente para arriesgarse a caer? La respuesta estaba en cuánto deseaba escapar.

Abrió del todo la ventana y se colocó en el alféizar. Giró, descansando el peso en sus manos y dejó que sus pies pendiera. ¿Era lo bastante ancho aquel reborde formado por la próxima costura? Contuvo el aliento, no necesitó mucho. Dejó que su paso descargara suavemente en sus pies, comprobando la amplitud. Bastaba. Balanceándose con cuidado, podía mantenerse en pie. Y todavía no desarrollaba toda su plena longitud, lo que significaba que poseía alguna probabilidad de conseguir llegar hasta la siguiente costura inferior. Trató de localizarla, buscando en el aire con el pie derecho. No había nada. No podía llegar hasta ella.

Estaba pendiente en el lado de una caída de tres pisos y no había manera de bajar. Volvió a subirse de nuevo y se sentó a caballo en el alféizar, esperando que los temblores le desaparecieran.

Encendió la luz y registró el cuarto buscando alguna idea. Su mirada se posó en las diversas cortinas. Las ventanas cubrían casi toda una pared, así que los cortinajes eran un mar de velas y donde había cortinas tenía que haber cuerda. Hizo una inspección detenida. El cordón resultaba desalentadoramente fino, pero era de nylon. No podía estar seguro de si poseía la suficiente fuerza, pero era un riesgo que tenía que correr. Y si la suerte estaba con él, la cuerda no tendría que resistir demasiado peso. Quizás la primera costura fuere la más larga. Quizás el resto estuviese más cerca unas de otras.

Apagó las luces para que sus acciones no pudieran ser vistas desde fuera, luego arrancó las cortinas y sujetó el cordón quitándolo del rail transversal. Anudó la cuerda en el poste central de la ventana y la dejó caer. Dio contra el edificio sin ruido. Apenas podía ver en la noche. No era lo bastante larga, pero de cualquier modo se las arreglaría en la caída final... si llegaba hasta tan lejos.

Saliendo por la ventana, penduló sus pies en el vacío y encontró la primera costura. Cerró los ojos, tratando de apartar lejos de sí al miedo y con una mano se sujetó a la cuerda. Con los dos pies en una costura estrecha, una mano en el fino cordón, su única seguridad estaba en la otra mano que aún se agarraba al borde de la ventana. Se soltó.

La cuerda recibió su peso y se tensó amenazadoramente. Buscó frenético por debajo de él en la oscuridad, tratando de encontrar la siguiente costura, frotando los pies de manera alocada a lo largo del edificio. ¡La cuerda no iba a resistir!

Su pie captó la costura cuando se relajó lo bastante para doblar el cuerpo y extender la pierna. Descargó mucho peso en la costura inferior mientras pudo y se bajó hasta que se atrevió a mover su otro pie para unirse al primero. Alcanzó la costura que acababa de pasar con la mano derecha y se apoyó contra la pared, temblando hasta que sus ojos quedaron turbios de lágrimas. Bajó un escalón... ¿cuántos quedaban aún?

No podía esperar. Cada instante perdido significaba debilitar su vida entera. Descendió el pie en busca de la siguiente costura.

Y allí estaba. Aquellas costuras parecían muy cerca una de otra. Pudo alcanzarlas sin la cuerda. Tratando de equilibrar su peso entre ambas manos, se deslizó hacia abajo y encontró un nuevo asidero para su pie. Y luego otra vez. Descendió por el lado del edificio, hacia la suavidad y la agudeza, como un escarabajo. El camino se hacía más fácil al aprender la rutina. Otro piso, otro largo escalón hacia abajo y luego costuras más próximas unas de otras.

Perdió la cuerda. En aquel momento apenas se dio cuenta y siguió tenso. Ya no tenía más ayuda. O debía lograrlo con los escalones para los pies, o saltar.

Se aventuró a mirar hacia abajo. Estaba a mitad de camino entre el primer piso y el segundo, una gran caída, pero posible. Sería preferible planearla que caer tratando de bajar otra costura.

Aspiró profundamente, y se apoyó contra la pared durante un largo minuto y luego se arrojó hacia atrás, al espacio.

Dio en el suelo y giró. Se quedó inmóvil. La hierba le llenó la boca y la nariz mientras estaba tumbado, temeroso de moverse y menos de encontrar algo doloroso en su cuerpo. Nada le dolía ahora. Se agitó un poco y siguió sin sentir dolor.

Sonriendo en la oscuridad, se puso en pie. Se encontraba bien. Hicks y Rogers no sabían todo acerca de «su hombre». No sabían que era una mosca que podía caminar hacia arriba y abajo sobre la hierba, o una hormiga capaz de caer de pie y tornarse a levantar.

Por primera vez desde su loca escapada por los bosques, le volvió la confianza y se deslizó a lo largo del edificio, manteniéndose en sus sombras. Esta tarde había corrido hacia la derecha. El Fugitivo le había dicho: «Vaya a la izquierda». Puesto que había cruzado el arroyo por la tarde, eso debía significar que la corriente circundaba por Wornegon y que la hallaría de nuevo en donde Tom Sullivan la encontró.

Estaba próximo a la esquina izquierda del edificio cuando unas voces cortaron la noche. Se agazapó. Localizó dos figuras... dos hombres caminando en su dirección, entre los edificios. No serían invitados. Los invitados estaban sanos y salvos acostados en la cama, honrados por estar allí. Debían ser guardas, o grandes peces del H.D.P. Pasarían por donde estaba si aguardaba y las posibilidades de que le vieran eran tan grandes que no quiso correr el riesgo. Lo mejor que podía hacer era marcharse.

Se deslizó a cuatro patas durante unos pocos metros, angulando hacia un seto.

Dio gracias a Dios de que la noche fuese nubosa y que la luna no brillase para recortar su silueta. Cuando estaba a distancia de carrera del seto, dobló su cuerpo y corrió, torpe, penosamente, para cubrirse entre los arbustos. Se estrelló contra ellos con un rumor alto, luego se agazapó, esforzándose por oír si su acción había cambiado el tono de las voces.

Sonaban en tono convencional. Se dio cuenta de que estaba a salvo.

Se arrastró a través del seto, aceptando los arañazos tal y como le vinieren. Cuando el espacio abierto creció ante él, lo cubrió corriendo erguido. La hierba verde que Urias cuidaba dando instrucciones para que fuese perfecta, almohadilló sus pies y fue un silencioso Mercurio volando, con sólo el aire formando estela para traicionarle.

Cruzó ante un edificio y rodeó otro, cortando a través del césped hacia el borde del bosque. Alcanzó los primeros árboles, creciendo poco espesos y un grito sonó ante él.

Se lanzó tras un tronco y se agarró a él, esperando, forcejeando por aquietar su ruidosa respiración. El sonido volvió a producirse. No era un grito. Sus oídos lo hablan convertido en grito. De nuevo vino el fantasmal canto de un mochuelo, en alguna parte delante suyo, en los bosques.

Avanzó, permaneciendo pegado en los árboles, yendo de uno a otro, utilizando cada cobijo asequible. Se había precipitado con aquella carrera a través de los céspedes. De no haber sido un mochuelo...

De pronto se vio bien adentro del bosque y disminuyó la marcha, buscando una elevación de terreno o el arroyo que Tom Sullivan había mencionado. Encontró la corriente de agua por su sonido, incapaz de ver nada en la oscuridad de la noche cerrada. Bordeó hasta el ruido y notó cómo el agua le mojaba la suela de su zapato. ¿Ahora qué camino? Aquí no se veía elevación. Decidió seguir a la izquierda, porque eso le alejaba de Wornegon. Recorrió la orilla del arroyo, anticipando en sus piernas el esfuerzo que le indicaría que ascendía.

No se anunció de aquella manera. En su lugar, tropezó, cayó de

bruces y quedó extendido, medio arriba de un ribazo rocoso y abrupto. Subió hasta lo alto y giró despacio, esperando que el resplandor manase ante sus ojos. Pero la oscuridad no se rompía. Se puso a esperar. La noche y la soledad tenían gusto de libertad del que disfrutó. El bosque lo rodeaba con rumores, por la áspera llamada de los halcones nocturnos, y el ocasional grito de una lechuza.

Se sentó, escuchando como el arroyo murmuraba por debajo suyo.

Al cabo de una hora se preguntó si estaba volviendo a hacer el ridículo. Sullivan podía haber tenido razón en muchas cosas, pero quizás el resplandor fue una ilusión, un espejismo fruto del miedo.

Las saetas luminosas de su reloj marcaban la una cuando una presión le dio en los ojos. A través del arroyo los árboles se destacaban en su silueta, los troncos rectos y negros contra una suave radiación que se alzaba tras ellos. El resplandor subía hacia lo alto para iluminar el firmamento en un arco, difuso y hermoso, una aurora tranquila e inmutable.

Se levantó, reprimiendo un estremecimiento. Ahora no podía dar media vuelta. Esto era lo que había venido a ver.

Sin esperar a decidirse, bajó del ribazo y entró en el arroyo. No era tan estrecho aquí y lo vadeó más y más profundamente, hasta que tuvo empapadas las perneras del pantalón a la altura de las rodillas y sus pies se vieron disminuidos en su marcha por la dura resistencia del agua. Alcanzó la otra orilla y se metió en el bosque.

Cuando el resplandor se hizo tan brillante que supo que estaba cerca de su causa, volvió a recurrir a los troncos de los árboles, avanzando alerta, manteniéndose a cubierto. Un árbol y otro... y luego ya no hubieron más. Había encontrado la fuente.

Se quedó plantado, acariciando inertemente el árbol mientras, miraba algo fantasmal. El resplandor se alzaba ante él, saliendo de un enorme claro, creado por un anillo de lámparas encendidas de un tipo que jamás viera. Y en el claro, con las lámparas arrojando movibles sombras, habían muchos hombres... «hombrecitos...» de amplios hombros, morenos, muy musculosos, pero sólo de un metro treinta de altura. Se movían con torpeza, sus movimientos sin coordinar, de un modo grotesco. Lo que estaban haciendo casi le hizo regresar volando por el camino que vino.

En el claro, se extendían tres máquinas brillantes. Máquinas como platillos voladores. Los hombrecitos entraban y salían de ellas, cargando una, descargando otra.

Jeff se aferró con más fuerza al árbol. Entonces aquí estaba la prueba del diluvio de informes sobre platillos provenientes de esta zona durante años. ¡Prueba actual! La gente que informó de ellos no se equivocaba; sólo los oficiales que dudaron de esos informes.

El tercer navío no tenía ninguna actividad en su torno y mientras vigilaba, los hombrecillos se apartaron, dejando a su lado una amplia zona libre. El resplandor bruscamente se oscureció y el zumbido de cien panales de abejas lo reemplazó. Cegado por la súbita oscuridad, Jeff imaginó una sombra alzándose ante él y se agachó.

Rápidamente el resplandor volvió a brillar y miró al claro. Ahora sólo habían dos máquinas. Una sombra se había elevado; en alas zumbadoras, remontando el vuelo desde el claro, con destino a algo desconocido, a cualquier lugar no divino. Había visto bastante. Su mente no podía soportar más. Fantasía y sueños eran una cosa, pero ver la fantasía transformarse en la realidad era demasiado. Dejó su árbol y corrió por el bosque, el resplandor alumbrándole el camino, salpicando por el arroyo mientras regresaba a Wornegon. Tenía una información que jamás se atrevió a esperar, información que era terrible conocer. Pero eso no le servía de nada. Únicamente hacía su dilema y su peligro más duro.

Llegó al césped y corrió hacia su ventana, subiendo por la pared y saltando en busca de la cuerda. Cayó al poco. Lo intentó de nuevo, pero nunca lo logró.

Ahora se veía atrapado dos veces... enjaulado fuera de su jaula. Tendría que entrar por el edificio por una puerta. Sí, era preciso que lo hiciese, sería pues una gran comedia, un acto de desafío.

El vestíbulo estaba apenas alumbrado por tres lucecitas encendidas, derramando su resplandor contra la alfombra turquesa. Dejó que la puerta se cerrase tras él y se volvió a los ascensores.

Una figura salió por entre las profundidades de un enorme sillón; una figura alta y delgada con ojos que mordían. Rogers. El hombre no dijo nada, colocándose junto a Jeff. Jeff le ignoró pero se le puso la carne de gallina y, empezó a sudar con las gotas comenzando a caer por sus piernas y mezclándose con la humedad

del arroyo.

Rogers oprimió el botón del ascensor, las puertas se abrieron y dejó que Jeff entrara primero. Mientras ascendían, Jeff dijo:

—¿Y bien? —Esperando dar paso a una tirada.

Rogers no contestó. Tenía los labios apretados, encerrando las palabras en su boca. En el tercer piso abrió la marcha hasta el cuarto de Jeff, sacó una llave y abrió la puerta. Era un hombre rígido y tieso y Jeff deseó que se derrumbara y le acusase, deseó que dijera una sola palabra. El silencio en sí era ya un terror.

Pero Rogers simplemente aguardó. Encogiéndose de hombros, Jeff cruzó el umbral entrando en la oscuridad de su cuarto; la puerta se cerró suavemente a su espalda y de nuevo el chasquido de metal sobre metal le dijo que desde el exterior habían echado la llave.

En un impulso, volvió a la ventana y miró abajo. El delgado cordón aún revoloteaba por la pared, pero la escena en el suelo había cambiado. Dos hombres estaban en la hierba, mirándole. No se escaparía otra vez por aquel camino.

VI

El sol de la mañana rozó las ventanas de Jeff y le sorprendió del todo despierto. La noche la había pasado sin dormir, porque era preciso tomar decisiones. No la decisión de Hicks, sino la suya propia. Ahora que había visto fugazmente el claro, los hombres y las tres naves, tenía un deber mayor que huir y era preciso mantenerse vivo para realizarlo.

La principal consideración era conseguir mas informes, porque el H.D.P. ya no era simplemente un culto, ya no era siquiera un grupo de hombres brutales ansiosos de poder; había algo más antisagrado tras ello, que incluso el Fugitivo no pudo sospechar, y él tenía que descubrir lo que era. Puesto que los secretos únicamente se proporcionaban a los miembros, debía aceptar unirse. El peligro yacía en si podría o no hacer que Hicks creyera la mentira de su rendición.

Luego estaba Cory. ¿Qué diría a Cory? No tuvo tiempo de pensar por completo esa parte. Un golpe fuerte en la puerta y Cory estaba allí, dando vueltas al pomo que Jeff oyó abrir a las cinco y media cuando alguien le libertó de su jaula.

Cory tenía los ojos claros, aunque se quejaba de haber dormido poco.

—Espero que no tengas intención de prescindir del desayuno también —dijo.

—No puedo estar seguro. Ya no soy mi propio dueño —Jeff habló con indiferencia, intentando seguir la línea de conversación hasta donde le llevase decir a Cory, sólo lo que parecía apropiado que saliese a la luz—. He de hacer unas cuantas cosas importantes.

—¿Sigues sin explicaciones?

—¿Cuánto quieres saber?

—¡Todo!

—Tanto no es posible.

—Está bien, Jeff, si quieres hablar en jeroglífico, no te molestaré pidiéndote respuestas. Algo pasó ayer cuando subiste a entrevistarte con Hicks. Soy capaz de imaginarme un montón de cosas, pero nunca me gustó trabajar a ese nivel.

—Siéntate y deja de preocuparte —le contestó Jeff—. Diré lo que puedo —Jeff se sentó al borde de la cama, preguntándose por dónde empezar. Con sorpresa. Que Cory lo sintiera también para luego seguir con las explicaciones—. Algo pasó con Hicks ayer. Me amenazó de muerte.

—¿Qué? ¿Cómo?

—En una simple frase, me amenazó de muerte.

—¿Y ahora estás aquí prisionero?

—No. Se me retiene hasta que tome cierta decisión. Hicks equilibró la amenaza con una oferta de unirme a él, de unirme al H.D.P. y conseguir unas cuantas prometidas recompensas.

—Supongo que le dijiste, claro, dónde tenía que irse con esa idea.

—¿Ante la perspectiva de la muerte? Le contesté que lo pensaría.

Cory se sintió más sorprendido por esta última afirmación que por la amenaza.

—Por todos los cielos —protestó Jeff—. ¿Qué hubieras hecho tú? Yo sé que sus amenazas no estaban vacías. Me arrodillé junto al Fugitivo y me enteré de eso. ¡Además...!

—Lo siento —interrumpió Cory—. No tenía el menor derecho de juzgar tus reacciones cuando ni siquiera puedo imaginar lo que me hubiese podido pasar a mí.

—Ese es mi punto, permití que se instalase la reacción, después corrí como un salvaje tratando de escapar y entonces me decidí. No va a ser fácil. No estoy seguro de que resulte. No estoy acostumbrado a mezclarme con un puñado de fanáticos.

—Entonces has elegido unirte a ellos —afirmó Cory, con voz baja como si lo hubiese esperado, pero se sintiera desencantado.

—¡No, tonto! —gritó Jeff, pero sólo en el silencio de su mente. No se atrevió a decirlo en voz alta. No en aquel cuarto. Porque podían estar escuchando. Cualquier cosa que dijese aquí podía ser

oída y estropear el plan y perjudicar a Cory. Así que dijo en voz alta —: Yo tenía que tomar ese camino. No quiero dar mi vida por algo que ni siquiera sé que es malo.

—Mató al Fugitivo.

—Sí, lo hizo. Pero no sé por qué. Quizás ese fue el mal necesario —Jeff se agitó, mirando sus pies—. Además, está en el otro lado... la oportunidad que me han ofrecido. El H.D.P. es una gran cosa, Cory. Quieren que entre en él, para compartir el poder, la excitación, la bondad, si tú quieres llamarlo así.

—No puedo creerlo —Cory se levantó—. Entiendo que tomando esa decisión salvaste la vida. ¿Pero lo has hecho por poder?

—¿No has dicho siempre que mi amor por el poder, que nunca quise reconocer, era mi motivo verdadero para escribir artículos?

—Sí, lo he dicho, pero yo sólo estaba tratando de hacerte rabiar un poco.

—¿Entonces no lo pensabas?

—Bueno... —Cory no iba a responder con sinceridad—. No lo sé. Especialmente no lo sé ahora, a la vista de esto.

Jeff rápidamente delineó la proposición de Hicks, la extensión y riqueza e influencia del H.D.P.

—Ahora —dijo—, lo reconozco. Tú incluso me envidias un poco. Me dejas tan sorprendido como pretendes. Esto no es realmente nuevo. ¿Cuántas veces me he quejado de mi salario, de los premios que he recibido por trabajar duro?

—Centenares —admitió Cory.

—Entonces, dame un motivo por el que yo no debería saltar de alegría ante esta oportunidad.

Cory se le enfrentó.

—Yo no tengo ni siquiera un motivo, Jeff. Ya hay uno terriblemente bueno en favor de tu unión al H.D.P. Cualquier aumento de peso que tú tengas para temer en tu decisión y lo que importa la codicia, ya no tiene nada más.

Jeff deseaba terminar con esta conversación.

—¿Qué hay del desayuno? Me tomaré el tiempo... si aún quieres desayunar y comer el pan conmigo.

Jeff se puso la americana de su traje. Una vez en el vestíbulo, seguiría con el plan de manera derecha y despediría a Cory. Pero lo que se le había ocurrido en los últimos minutos, cuando hablaba

más que nada para las posibles orejas que le escuchasen, oídos interesados, serviría para pavimentar el camino de su traicionera rendición a Hicks.

—Vamos, Cory. Estoy en camino de grandes y mejores cosas.

Cory se hizo atrás.

—Quizás debiera marcharme y dejarte libre el paso.

—¿Entonces entre nosotros no está todo zanjado? —preguntó Jeff.

—No, porque pensándolo mejor, creo que me perderé el desayuno. Yo iba a jugar esto en silencio y resignado, continuando siendo un amigo leal. No puedo hacerlo. Puesto que ya no estás en peligro, nada me retiene aquí e incluso si no puedo censurarte por tu decisión, no veo el motivo para que me quede y presencie cómo te traicionas a ti mismo.

Jeff se quedó asombrado por el súbito cambio en Cory.

—No me das mucha posibilidad. Había más de lo que yo deseaba hablarte.

—Pero no hay nada más de lo que yo quería oír.

Jeff abrió la puerta con rapidez. Cory se sentía desencantado, pero una vez en el vestíbulo podía cambiar todo con la verdad. Salió, arrastrando consigo a Cory y marchó derecho a tropezarse con Rogers, que esperaba a la otra parte del pasillo. Entonces no había tiempo para la verdad. Sólo para conseguir que Cory se alejase sano y salvo antes de verse arrinconado ante la pared del H.D.P. que ya se cernía amenazadora.

—Si esa es tu decisión, Cory, está bien —Jeff pretendió enfadarse—. Corre. No admitas que hay un poco de codicia diabólica en todos nosotros —odió la áspera expresión de Cory, odió enviar de vuelta a su casa a su amigo creyéndole un traidor a todo lo que siempre defendió. Pero de un modo u otro era preciso sacarle de allí. Y éste, quizás, resultaba el medio más rápido.

—Gracias por las preocupaciones que tuviste por mí pero no vuelvas a pensar en mi persona. Ahora quedo en buenas manos.

Volvió de Cory a Rogers, librándose de su amigo con un frío giro de su espalda. Oyó los pasos de Cory alejándose por el pasillo y su valor se alejó con cada uno de estos pasos. Ahora se encontraba solo, sin amigos en Wornegon, en todos los trescientos acres de aquella trampa mortal, un lugar sombrío para tratar y traicionar.

—He venido para procurar que tenga usted una buena mesa para desayunar —dijo Rogers—. ¿No se va a quedar su amigo?

—No quiere desayunar, ni yo tampoco. Si el señor Hicks está preparado para negociar, me gustaría otra entrevista.

—¡Estupendo! —El rostro de Rogers se iluminó—. Le llevaré a él inmediatamente. Sin embargo, lamento lo de su amigo.

—No lo haga. En este momento, dejé de serlo... él lo escogió así.

Hicks extendió la mano, elaborando una sonrisa ancha y victoriosa:

—Espero poderle dar la bienvenida con nosotros. Puesto que usted pidió verme, presumo que decidió unírseos. Señor Munro, es usted inteligente y cuando acepte mi mano, lo demostrará.

Jeff tomó la fofa mano y la sintió fría. El apretón fue breve pero, de un modo extraño, final. Marcaba el término del terrible decidir y el principio de la traición. Ahora estaba seguro de haber deducido bien y que en su habitación habían micrófonos.

—Vi un resplandor en sus ojos —dijo Hicks—, que expresa ansia por recibir la información prometida.

—Esta mañana parece usted clarividente —Jeff siguió el curso indiferente de la conversación, dejando que Hicks marcara la ruta.

—Del todo. Del todo. Pero hay otras cosas que considerar también. Ahora que está con nosotros, descubrirá cuan apremiados nos encontramos, cómo queremos emplear cada instante del día. Bien, en otras palabras, deseo que esta entrevista sea breve. Me alegro de que lo comprenda. No quiero parecer brusco, y menos después de los momentos difíciles que usted ha pasado, pero basta con que esté con nosotros y que trabajemos juntos.

La inocencia de Hicks asombró a Jeff. En el simple gesto de un apretón de manos el hombre le aceptaba como aliado. Jeff se preguntó si su representación ante Cory había sido tan buena que disipase toda duda. ¿O era simplemente que Hicks estaba tan seguro de su poder que no esperaba que nadie fuese lo bastante estúpido como para tratar de traicionarle?

—Primero... —Hicks se sentó—, sé que se pregunta por qué le queríamos con nosotros, por qué le teníamos en nuestra lista de hombres valiosos.

—Sí, esa es mi primera pregunta.

—Y es la más fácil de responder. Piense en su posición, señor Munro... Jeff, le llamaré Jeff... y tendrá la respuesta. Usted en Union College y según nuestros informes es el ídolo universitario. Los estudiantes corren hacia usted con sus problemas, atestan sus clases y pertenecen a sus clubs de ciencias políticas y de acontecimientos habituales con verdadera ansiedad. ¿Son correctos los informes?

—Lo son. No quiero mostrarme falsamente modesto porque no ha ocurrido de la noche a la mañana. Me gané la posición que ostento. He intentado ser tan leal a ellos como ellos lo son a mí.

—Exactamente. Y por eso es usted tan valioso. Hay dieciocho mil estudiantes en Union College; jóvenes de ambos sexos brillantes, la crema del Estado, la energía y los cerebros del Estado, y esos jóvenes son los que desea el H.D.P. En nuestro trabajo, la inteligencia y la estamina son requisitos básicos.

—¿Y qué trabajo es ese?

—Ayudar a los pueblos subdesarrollados, metiéndonos en la espesura y trabajando, extendiendo la palabra de H.D.P. Los jóvenes idealistas son nuestros emisarios. Usted tiene al alcance de la mano a dieciocho mil de ellos.

Jeff cambió de postura en su sillón, tratando de adivinar lo que iba a venir.

—Entonces desean que pruebe mi influencia en ello, que los convenza para leer su literatura y visitar Wornegon.

—A la larga, sí. Pero primero debe hacer una cosa todavía más importante. Usted debe deshacer lo que ya ha hecho con sus escritos en los periódicos. Queremos que vuelva a Union College y de una de sus frecuentes conferencias, pero esta vez debe de hablar en favor del H.D.P.

—Eso es imposible —contestó Jeff—. Los estudiantes de Union College han votado por mantener fuera del recinto universitario a los oradores del H.D.P.

—Por eso no nos ha sido posible negar hasta ellos. Usted será nuestro ariete.

—¡Pero me echarán! ¡Odan al H.D.P.!

—Usted no comprende muy bien la naturaleza humana, ¿verdad, Jeff? Estos estudiantes están preparados para cambiar, créame, lo tenemos planeado así. Por todo el mundo hemos edificado odio

contra nosotros. Incluso hemos «iniciado» campañas anti H.D.P. Despertar la emoción de la turba es fácil. Y eso es lo que necesitamos... una mente abierta y orgullosa... y entonces se la llena de odio por algo y uno oprime y cede dando razón al odio y luego le da la vuelta. ¡Le da la vuelta!

»Esos estudiantes odian al H.D.P., pero muy dentro de sí mismos están avergonzados de su odio porque va contra lo que ellos creen... Mentes abiertas, tolerancia, todas esas cosas. Se dan cuenta de que su odio es emocional. Así... usted los avergüenza. Están dispuestos a dudar de sí mismos porque son los más inteligentes para saber que no debieran odiar con tanta violencia. Escucharán, quizás no la primera vez que usted lo intente, pero escucharán. Se doblegarán para desembarazarse de su ciego prejuicio y muchos de ellos vendrán por nuestro camino simplemente para librarse de la culpa por haber ido contra sus propios principios.

—¿De dónde sacó usted esas teorías? —preguntó Jeff.

—¿Por qué es que no cree en ellas?

—Eso es lo malo. Probablemente resultarán.

Hicks captó su reticencia y dijo:

—Usted comprenderá que esto será una demostración de fe por su parte. Le hemos aceptado al H.D.P. pero usted tiene que demostrar sus buenas intenciones. La palabra de un hombre es sólo tan buena como sus actos subsiguientes. No se negará, ¿verdad?

Jeff nunca se plantaría en un estrado y hablaría en favor del H.D.P., traicionaría la fe de sus estudiantes, se convertiría en un Judas quebrantando su inocencia y lealtad. Pero podía prometer hacer cualquier cosa; simplemente con no realizarla, en paz.

—No me negaré —contestó Hicks—. Realmente no es mucho pedir. Yo esperaba algo mayor.

—Esto es lo bastante grande. Es algo que hemos intentado hacer durante años —Hicks murmuró sus siguientes palabras como si fuesen una idea ocurrida posteriormente—. Oh, sí, por poco se me olvida la otra cosa. Pero con el fin de asegurar su postura entre los miembros, tendrá que participar en una ceremonia de iniciación.

¡Ceremonia de iniciación!

La idea salió disparada a través de Jeff como una explosión. Iniciación... cambio... el Fugitivo. Todos estos conceptos giraban juntos en su cerebro. Hicks se había deslizado sobre él de nuevo,

suave al principio, luego metiéndose a fondo. No se fiaban de él y no le dejarían tranquilo siendo capaces de quitarle de en medio rápida y discretamente.

La iniciación había llegado a ser en su mente el punto en el que no es posible ningún retorno.

—Naturalmente —Hicks llenó el torpe silencio—, una vez haya usted sufrido la iniciación, todos los secretos del H.D.P. le estarán abiertos.

—¿La sufrió usted? —preguntó con torpeza Jeff.

—Claro. Todos. ¿Cómo si no podríamos ganar la confianza de los miembros? Recuerde, todos somos Uno.

Entonces aquella salida quedaba bloqueada. Si rechazaba el ritual, Hicks sabría que había estado mintiendo cuando murmuró todas aquellas frases cerca del micrófono escondido en su cuarto. Tenía que aceptar. Podría vigilarse y si las cosas tomaban un cariz peligroso saltaría en el último momento. No quería proceder desprevénido.

—Está bien —dijo—. Accedo también. Usted ya estableció bien claro ayer que no tenía elección.

—Creo que nos llevaremos espléndidamente —Hicks se levantó—. Rogers le acompañará abajo.

—¿Abajo? —Jeff se puso tenso.

—A la iniciación. Llegará a tiempo. Enviamos esta mañana un grupo de diez. Usted puede unirse a ellos y enterarse de la parte que le corresponde de obligación por el camino antes de mediodía, así podrá regresar al colegio y empezar por la otra parte.

No iba a tener tiempo de preparar ningún plan. La iniciación lo esperaba; el punto del que no se podía regresar estaba sólo a minutos de distancia y no podía elegir.

—No le veré de nuevo, Jeff, hasta que usted haya pronunciado su discurso y regrese a por su recompensa —dijo Hicks—. ¡Así que buena suerte! ¡Recuerde: vamos a salvar al mundo!

Rogers ni siquiera se detuvo en el piso de Jeff, sino que le llevó derecho por el vestíbulo, entrando en un pasillo desconocido y hasta una puerta metálica.

—El resto está ya dentro —dijo Rogers—. Ahora, por favor, haga

cuanto pueda por imitarles. Trate de actuar como si se tomase esto muy en serio.

Rogers abrió la puerta, Jeff entró y Rogers se retiró. La puerta se cerró y a pesar de la otra gente en la habitación, Jeff probó la cerradura. La puerta se abrió. Entonces, no estaba prisionero.

—¿Qué pasa? —le preguntó una voz suave—. ¿Intenta cambiar de idea?

Se volvió para verse frente a frente una chica, esbelta y delgada, su cabello de un rubio brillante y su cutis rosado a pesar de la falta de maquillaje.

—¿Qué? —preguntó, sin captar el significado de las palabras de la joven.

—Del modo en que probó la puerta —explicó ella—. Pensé que quizás iba a dar media vuelta y marcharse.

La verdadera primera sonrisa que Jeff había visto en días apareció en los labios de ella y advirtió que se estaba poniendo un blanco atuendo por encima de su vestido.

—No, nada de eso. Simplemente tengo una pizca de claustrofobia y no me gusta verme encerrado —mintió, intranquilo.

—No debe ponerse nervioso. Esta constituirá la mayor experiencia de nuestras vidas. Piense sólo... después, seremos capaces de ir a hablar a Dios.

Había la misma alegría especiante en cada rostro que antes viera en muchísimos de Wornegon. Ella se sentía feliz. Y esa era la única palabra capaz de designar su estado. Valiente y ansiosamente feliz.

—Gracias a usted me siento mejor ya —la dijo, y en parte resultaba cierto.

—Me llamo Jean Tuttle. Si usted gusta, podemos seguir juntos.

—Gusto —dijo.

Habían otros nueve en la habitación, todos nerviosamente expectantes, pero ninguno con la imagen brillante de Jean Tuttle. Eran fantasmales, vestidos con las batas blancas. Sin cinturón y esterilizadas recordaban a Jeff a los hospitales y salas de operaciones.

—No nos queda mucho tiempo —le estaba diciendo a Jean—. Permítame que le ayude a prepararse.

Se le acercó, llevando un bulto blanco y lo aceptó con un estremecimiento. Ella lo sujetó mientras Munro se lo colocaba y lo

dejaba caer sobre sí, sin llegar a tocar el suelo.

—No es muy adecuado —exclamó Jean, viendo su embarazo, pero me imagino que por debajo de la banda todos somos hermanos, ¿eh?

Se rió con ella, pero en su interior crecía una profunda cólera. Aquella chica no tenía mas de veinte años. Era muy parecida a sus estudiantes, muy parecida a los jóvenes a quienes Hicks quería que traicionase.

—¿Tiene usted alguna gente especial a la que quiera ayudar cuando se le llame? —le preguntó la joven.

—No. No he pensado aún en eso. Soy recién llegado.

—Han debido considerarle ya dispuesto.

—Yo no lo creo; es decir, yo mismo. Estoy un poco nervioso.

—Todos lo estamos. Nunca nos creímos dignos... el señor Rogers me lo dijo en persona. Y eso es un punto a nuestro favor. Significa que no entramos en esto con falso orgullo.

—Usted realmente está encariñada con el H.D.P., ¿verdad?

—Es algo que llenará mi vida. ¿En qué otra cosa podría tener la posibilidad de ayudar al mundo a dirigirse hacia la paz? ¿Ayudar a la gente a elevarse por encima de la masa y encontrar un camino mejor?

El abrirse de una puerta interrumpió su conversación. Un hombre entró, silueteado contra la negrura del cuarto a sus espaldas. Llevaba también una bata blanca, pero su porte era completo y autoritario.

—Ahora nos callaremos —dijo. Era corpulento y ancho, y la habitación adoptó un silencio únicamente roto por las respiraciones—. Ustedes van a entrar ahora dentro de sus verdaderos espíritus, hacerse dignos de Oír y unirse a la hermandad más poderosa del mundo... amad a vuestros compañeros. Siganme.

Jean sonrió a Jeff, alzando un hombro, luego colocándose ante él en la fila y pasando ante el hombretón y entrando en la oscuridad. Jeff la siguió, aguzando los sentidos. Tenía que estar preparado. Este era el punto en donde no había regresado.

La habitación en que entraron estaba absolutamente a oscuras. Un fósforo cobró vida, tocó el pábilo de una vela y un revoloteo de sombras se alzó en las paredes. Otra vela se iluminó en el otro extremo de la habitación y la oscuridad se vio rota, aunque no

demasiado. No se oía más sonido que el nuevo chisporrotear de los pábilos.

Sin aviso, un altavoz arrojó una voz vibrante.

—Habéis dado el primer paso de vuestro viaje a la Verdad. Habéis entrado en la Presencia, vestidos de blanco, seguros de vuestra ignorancia, convencidos de vuestra indignidad, sin dejar que nada se interponga ante la Puerta de la Luz. El que salgáis a la gloria es cuestión sólo vuestra. Escuchad... todo lo que se os diga... someteos... comprended vuestra bajeza... rezad solicitando guía.

La voz vaciló y la habitación se mostró fantasmal a causa de su presencia. No había sensación de realidad en nada de esto. Jeff notó que no podía quedarse más tiempo en pie a solas. Los otros estaban aquí por elección, esperando la gloria, esperando que ocurriese algo maravilloso y les cambiase. Pero él temía ese cambio; se daba penosamente cuenta del peligro; cada músculo y nervio de su cuerpo estaban en busca de las señales, preparados para huir ante él.

El altavoz volvió a bramar.

—¡De rodillas!

La gente se arrodilló a su lado y él lo hizo también. Aguardaron.

El altavoz habló de nuevo:

—Repetid estas líneas en voz alta y buscad su significado dentro de vuestro corazón mientras las decís. «Sé que Heraldos de la Paz es más que una proximidad simple y física de un hombre con otro».

Hubo una pausa mientras las palabras se repetían en la habitación a oscuras. La voz continuó, deteniéndose tras cada línea para que los conversos la repitieran.

—«Heraldos de Paz es una hermandad del espíritu, un lazo de la Bondad que trasciende a la vida mortal y glorifica al que usa su bandera. Sabiendo esto, y dando cuenta de Dios en el Bien y del Amor en la Paz, yo trabajaré, lucharé, obedeceré, me negaré a mí mismo y, si se me requiere, moriré... daré mi vida... por los Heraldos de Paz. Haré esto alegre y voluntariamente sabiendo que soy un simple radio en la vasta ruta de la eternidad y una herramienta pequeñísima en la mano de Dios».

La voz cesó, la última frase se repitió y el hombretón que estaba encerrado con ellos se puso en pie.

—Todos pueden levantarse —dijo—. Ya han prestado juramento,

ya se han entregado a los Heraldos de la Paz. La gloria ahora puede ser suya.

Un súbito chasquido se alzó en la estancia y alrededor, en las paredes, puertas que habían sido invisibles a la poca luz, se abrieron bruscamente.

—Están a punto para dar el siguiente paso dentro de la pureza —dijo el hombretón—. Cada uno entrará solo en una cabina. Permanecerá allí durante toda una hora. Tendrá bien presente el juramento y concentrará sus pensamientos en las palabras y sus significados. Si sois elegidos, es que sois dignos y esta hora lo demostrará.

Abrió las manos, dirigiendo al primer iniciado a una cabina. El elegido entró erguido y con una tremenda dignidad que Jeff no tuvo más remedio que admirar. La puerta se cerró tras él. Los otros siguieron hasta que quedó sólo Jeff. Jean Tuttle había desaparecido a través de una puerta muy cerca de su lado y él fue el último en quedarse en la habitación. El hombre corpulento le hizo un gesto, un movimiento de barrido que no podía ser confundido. Se acercó a la cabina más próxima y entró.

La puerta se cerró tras él y se volvió a encontrar en la oscuridad. Durante un momento había visto que la cabina era pequeña, tres por tres metros, y amueblada con una mesa desnuda y una silla de respaldo recto. Ahora no podía ver nada y la oscuridad era como una especie de manta presta para envolverle y tragarle. Avanzó a tientas en busca de la silla y se sentó, de espaldas a la mesa.

Una luz se encendió, casi cegándole, pero cuando se ajustaron sus ojos, vio que no era una luz en absoluto, sino simplemente una palabra iluminada: «¡Medita!».

Hizo impacto en él como un cañonazo. ¡Medita!

El Fugitivo le había hablado de esto y de la sensación de ojos fijos en él y de algo terrible a punto de suceder. Se volvió a poner en pie, su mano apoyada en la puerta antes de lograr detenerse y retroceder los pocos pasos hasta la silla. Tenía que permanecer en calma o no podría estar alerta. Registró sus emociones con cuidado en busca de las sensaciones que el Fugitivo había descrito y mientras, conscientemente, dobló su cerebro hasta la tranquilidad, se dio cuenta de que carecía de todas esas sensaciones. Estaba tenso, sí, y esperando nerviosamente, pero sólo por su miedo de

salir de esto convertido en un monstruo. El momento de la huida todavía no había llegado.

El tiempo transcurrió mientras estaba sentado a solas, sus ojos inequívocamente atraídos por la iluminada «¡Medita!» porque era la única luz de la estancia. Apenas podía distinguir la habitación por esa luz y nada había cambiado. Siguió repasando su reloj, una y otra vez, viendo cómo los segundos se sumaban en minutos y los minutos se arrastraban hasta formar un cuarto de hora, luego media hora. Cada minuto se añadía a su tensión porque quedaban muy pocos por transcurrir, ¿y cuál sería el peligroso?

Cerrando los ojos recitó fragmentos casi no recordados de poesía, para pasar el tiempo. No podía dejar de transcurrir toda una hora embarazado y alerta para la batalla. Acabó con la poesía y probó la Arenga de Gettysburg, luego el preámbulo de la Constitución. Sin embargo, nada sucedía.

La puerta se deslizó abriéndose.

Giró en la silla, pero la puerta era sólo un rectángulo abierto allá en la habitación iluminada por las velas. Y había gente en el cuarto; gente vestida de blanco que caminaba arriba y abajo.

Se movió entre esas personas que habían sufrido la prueba con él, había enfrentado al peligro y encontró que era un fantasma. El Fugitivo, acertado con tanta frecuencia, se había equivocado a este respecto.

Tuttle salió de su cabina y él la cogió del brazo. Cuando le vio la cara se quedó sorprendido. Ya no estaba ansiosa. Radiaba. No podía preguntarle por qué puesto que un cartel enorme en la habitación ordenaba ahora: «Silencio».

El hombre de la bata blanca alzó las manos.

—Ahora —dijo—, al tercer y último paso. Me seguirán a la gloria de su primera sesión de escuchar a Dios por el Bien. Mantengan el silencio. Síganme.

Desfilaron tras él. La habitación a la que les condujo era un duplicado de aquella que viera Jeff cuando se sentó en la sesión de escucha de la mañana. Era gris y estéril, pero su atmósfera no empañaba la radiante confianza que aparecía en los rostros que le rodeaban.

Todos se sentaron y el hombretón distribuyó libretas de papel y lápices.

—Escriban cuanto puedan. Si tienen éxito y oyen, no se pierdan palabra. Un verdadero oyente, jamás lo hace.

Tomó una silla, bajó la cabeza y cerró los ojos. La luz disminuyó dramáticamente.

Jeff se sentó incómodo, la cabeza doblada, pero los ojos abiertos. No podía cerrarlos para librarse del mundo, todavía no.

Casi al unísono la gente se puso rígida, las cabezas se alzaron, las medias sonrisas se convirtieron en completas, en maravilla y alegría. Los lápices comenzaron a recorrer el papel. ¡Estaban Oyendo!

Jeff no. Un temblor de miedo crepitó en su interior. No podía ser el singular. Trató, esforzándose, pero nada le vino. No podía dejar que viesen su fracaso, así que fingió. Sonrió como sonreían los otros y garrapateó tan rápido como los demás hacían. Pero no escribió nada. Su única esperanza era que no quisieran ver su mensaje. Si lo hacían, estaba perdido.

La Escucha duró tres minutos y luego la gente abrió los ojos y empezó a leer lo que había escrito.

—Ahora pueden hablar —dijo el hombretón—. La iniciación está hecha. Bienvenidos a los Heraldos de la Paz, Que vuestras vidas ahora tomen el propósito y la alegría por los que tanto lucharon.

Los iniciados empezaron a hablar de inmediato. Jeff gravitó hacia Jean Tuttle. Ella estaba de pie con otras dos personas, hablando rápidamente, ansiosa de expresarse.

La tocó el codo.

—¿Jean?

—¿Sí? —Ella se volvió.

—¿Podría hablar con usted a solas?

—Claro. Vamos. Sentémonos aquí.

Mientras se dirigían al otro lado de la habitación, la examinó con estrechez. El Fugitivo volvió a equivocarse. Aquella chica no había cambiado. No era una fanática. Era simplemente una muchacha que había satisfecho un sueño.

—¿Qué es? —le preguntó ella.

—Pensé que podríamos comparar notas, si no le importa.

—Me encantaría —sacó su pedazo de papel.

—No esas notas. Realmente quería decir comparar experiencias. Quiero saber lo que le pasó en al sala de Meditación.

—Oh —ella volvió a plegar el papel—. Fue maravilloso, ¿verdad?, una revelación.

—Sí —mintió Munro—, una revelación. ¿Cuál fue su impresión... qué sintió... después de entrar?

—Bueno, veamos. Entré y las luces estaban apagadas y una palabra se iluminó. Me senté. Sí, me senté y empecé a pensar sobre el contenido del juramento que acababa de prestar. Se estaba caliente allí adentro y a oscuras. Me sentía bien. Completa. Trataba de calmarme para hacer justicia a la meditación cuando percibí ese maravilloso olor. Un olor hermoso y dulce. Claro —ella rió un poco—, fue una simple alucinación. Nos habían avisado que podríamos percibirlo, por la tensión, la oscuridad y todo.

—¿Qué pasó después del olor? —la apremió.

—Bueno, yo sabía que el olor no era real, pero me aferré a él de todas maneras y lo dejé penetrar en mí misma, para así hablar, y que me ayudase en meditar. Al cabo de un minuto o dos oí un sonido, un pequeño clic, como una puerta al abrirse, pero la puerta no estaba abierta y de todas maneras para entonces yo estaba tan abstraída... —se interrumpió—. Eso es todo. Me imagino que seguí meditando.

—¿Qué quiere decir con se imagina?

—Esa es la revelación. Nunca supe que tenía tal poder de concentración. Me pasé toda aquella hora en profundos pensamientos. Me relajé ante el hermoso olor y pensé y la siguiente cosa que supe fue que la hora había transcurrido. Resultó maravilloso. ¿No le parece?

—Oh, sí, claro. Maravilloso —no pudo sacar sentido alguno a sus respuestas.

—Y ahora —dijo ella—. Soy una Oyente y seré capaz de entrar en el adiestramiento. Ya elegí mi zona, mire, y a menos que Dios me llame a alguna otra parte, iré a África a, ayudar a los nativos. A llevarles algo de la alegría que yo he ganado.

—¿Y la voz de esta mañana? ¿Puedo preguntarle lo que oyó? —No sabía cuan lejos se atrevería a hurgar sin despertar sus sospechas.

Pero ella estaba ansiosa de compartirlo todo con él.

—Dios me dijo que me había demostrado digna y me alabó. Pero Él ordenaba también. Me recordó que nunca perdiese una sesión de

Escucha, pues podía perder el poder de Oír, si fallaba. Y me recordó que obedeciese. Esa orden no era realmente necesaria, porque ¿quién va a desobedecer a Dios?

—¿Si se le ordenase morir por el H.D.P., entregaría su vida?

Sus ojos se desorbitaron en sincera sorpresa.

—Pues claro que sí. Y usted también —ella dudó—. ¿No es verdad?

—Naturalmente —respondió con rapidez.

—El H.D.P. es lo único ahora en nuestras vidas. Vivimos y morimos por él. Mientras, tenemos que luchar en su favor. Debemos salvar al mundo de sí mismos, arrojar fuera al mal y hacer que la gente vea la Verdad. «Queda detrás de mí, Satán», no haremos nada más en tu favor. ¡Tenemos que empujarle, «forzarle» a que salga! — Durante esta última afirmación, toda la suavidad había desaparecido de su cara y una decisión absoluta la reemplazó. Jeff retrocedió cuando vio en ella los principios de Lucille McBreen. Aquella chica dulce de ojos brillantes no estaba lejos de ser una fanática. Después de todo, el Fugitivo había tenido razón.

La dejó presuroso. No quería verla cambiar ante sus ojos. No podía soportar ser testigo de la metamorfosis regresiva que estaba tomando lugar en ella, desde algo fresco, acuciante y hermoso a algo áspero, duro y feo.

VII

Jeff se despojó de la túnica blanca y volvió a su habitación cruzando el vestíbulo. No había rastro de Rogers. Estaba solo, pues, por primera vez desde que entró en Wornegon. Solo y según lo que Hicks le había dicho libre para marcharse... para volver a casa y pronunciar ese discurso traicionero.

La parte del discurso no había tenido intenciones de cumplirla. En cuanto a la parte de volver a casa, apenas podía esperar a cruzar la puerta sin vigilancia y sin que le detuvieran. Luego comenzaría la lucha contra el H.D.P.

Mientras volvía a hacer su maleta, que misteriosamente reapareció en su cuarto, se preguntó por qué había sido todo tan fácil. ¿Por qué Hicks confiaba en él? Sin embargo, tenía que reconocerlo, no sabía ningún verdadero secreto. Como Tom Sullivan, tenía un simple oscuro vistazo de los hombrecillos, de los tres navíos en forma de platillo y una fuerte sensación del mal que emanaba desde Wornegon.

Cruzó osadamente el vestíbulo preguntó al empleado de la recepción:

—¿Se fue ya Cory Bennett?

—Sí, señor. Muy temprano esta mañana.

—¿Sabe usted qué transporte utilizó? ¿Se llevó nuestro coche?

—No, señor. Marchó en uno de nuestros autobuses contratados.

Su destino, según creo, era Union Town.

Jeff sacudió la cabeza. El H.D.P. crecía a cada instante.

—Me marchó. Espero volver dentro de pocos días.

—Será bien recibido.

Ahora hacia la puerta, la verja y el coche. Libertad.

Mientras cruzaba el vestíbulo se dio cuenta de que aquel era su

último instante dentro de Wornegon. Jamás regresaría. Nadie le obligaría a volver. Y una cosa tenía adherida a sí mismo dentro de su mente en el día que trató de saltar las cercas; una cosa le había preocupado... un cartel diciendo: «Prohibida la entrada:».

Dejó la maleta junto a una silla y se dijo que era una locura pensar siquiera en tales cosas. Ya había arriesgado bastante. Pero es que había frustración en su persona. Había venido aquí con las manos vacías y se marchaba con sólo migajas. Migajas además, que no resistirían a un interrogatorio demasiado fuerte; migajas que producirían incredulidad: «Prohibida la entrada», decía aquel cartel. ¿Por qué?

Nadie le vigilaba. Si la cimbreada se hubiese acercado, o Rogers, habrían aplicado los frenos a su salvaje noción. Pero no estaba allí. Y en ninguna parte aparecían tales frenos.

Dejó su maleta junto a la silla y cruzó hasta el pasillo lateral que recorriera antes. Se prometió a sí mismo que si alguna persona advertía su ruta, se detendría. Nadie se fijó.

Entró en el corredor. De nuevo estaba vacío y se apresuró hasta el cartel que había despertado su curiosidad. Bloqueaba la entrada a otro pasillo lateral y tras asegurarse de que no le seguían, entró en él. Poco más allá se veía otro cartel, «Prohibida la entrada», repetía. Habían más, en los rincones, siempre en rincones en donde confluía otro pasillo a aquel por el que viajaba, siempre conduciendo más profundamente a los interiores del edificio.

Una rara sensación en sus piernas le contuvo. Era una sensación que no podía definir, pero resultaba rara e inconveniente. Volvió al pasillo por el que había venido y se dio cuenta que actualmente estaba mirando hacia ARRIBA. El pasillo descendía en una rampa gradual. Una inclinación demasiado leve para advertirla, que sólo podía percibirse por la tensión en las pantorrillas. ¿Entonces, iba descendiendo a la parte subterránea del edificio, hundiéndose en sus profundidades?

Siguió los signos y carteles como si fuesen señales direccionales, jubiloso en su desafío. Había una puerta rotulada «Precaución» y entró, pero sufrió una desilusión al hallar sólo un armario almacén lleno de medicinas. ¿Por qué no estaba cerrado? La respuesta le vino con rapidez. Los miembros del H.D.P. eran de confianza y obedecían los carteles, igual que eran de confianza para cumplir el

juramento y no escapar después de haber percibido el resplandor.

Cuando la rampa terminó, otro cartel le condujo hasta la derecha y se tropezó con una puerta. El cartel era más severo: «Terminantemente prohibida la entrada». Eso le decidió. Sintió una singular alegría mientras abría la puerta.

Se encontraba en una habitación pequeña, de paredes blancas y desnudas, con sólo una luz en el techo. Ante él había otra puerta. En ésta no había ningún rótulo. Estaba cerrada con llave. Lo sabía sin siquiera probar el pomo, porque había a su lado el botón de un timbre.

Reprimió su alocado júbilo y recobró el sentido común. Timbre significaba que había alguien al otro lado de la puerta... para responder. ¿Correría el riesgo?

Oprimió el botón. Había llegado demasiado lejos ya para emprender el regreso.

Al cabo de un momento de espera, el pomo giró y la puerta se abrió hacia dentro, sólo un poco. La mirada de Jeff bajó... y bajó... porque la persona que abriera era de corta estatura. Demasiado corta. Resultó ser uno de los hombrecillos vistos en el claro.

La sorpresa congeló el atrevimiento en la propia garganta de Jeff. El hombrecillo era oscuro; su piel tenía un color pardo polvoriento y sus ojos color chocolate para hacer juego con su pelo. Aquellos ojos... había algo muerto en ellos, como una torpor. Sólo había visto tal mirada unas pocas veces antes. Ojos inexpresivos; los ojos de escasa inteligencia; los ojos de una inteligencia tullida. Pero vio algo más aún. En cierto modo aquellos ojos no eran humanos.

—¿Desea usted entrar? —preguntó el hombrecillo y su voz era suave, su pronunciación lenta para corroborar el hecho de su corta inteligencia.

Jeff sólo logró asentir con la cabeza, pero eso bastaba, porque la puerta se abrió del todo y le dejó libre el paso. La habitación era enorme, dos veces del tamaño del vestíbulo, y estaba llena de máquinas. Filas de ellas cubrían las paredes y pilas llegaban hasta el techo. Habían sitios en donde formaban varias hileras y otros en donde describían círculos sobre el suelo. Calculadores. No podían ser otra cosa. Y todo en torno a las máquinas, cuidándolas como sacerdotes grotescos, estaban los hombrecillos. La habitación estaba llena de ellos; todos atareados, todos distraídos en el asunto de

manipular a los monstruos.

—Me llamo Toby, señor —dijo el hombrecillo—. Tengo poco tiempo, pero le ayudaré en lo que pueda.

—Oh, sí —Jeff con un esfuerzo apartó la vista de las máquinas. Decidió jugárselo todo, marcarse un farol—. El señor Hicks dijo que me ayudaría. He venido a echar un vistazo. Hicks lo autorizó.

—Lo sabía —contestó Toby con inocencia—. Usted no hubiese venido sin permiso. Sabía que era, desde la iniciación, de todas maneras, uno de los especiales...

Jeff abrió la boca para pedir una explicación a aquella afirmación, pero su pregunta se vio aplastada por una diminuta voz que no era la suya. Emanaba de la cosa dominante en la habitación. Precisamente en el centro de la maquinaria se alzaba una que se distinguía de las demás por su tamaño. Su parte delantera era una gran pantalla, circular y brillantemente iluminada. La luz batía espasmódicamente encendiéndose y apagándose, encendiéndose y apagándose, casi conservando el ritmo con el zumbido general de las otras cajas mecánicas. Ahora la luz había crecido hasta llenar por entero la pantalla y se mantenía firme. La vocecita procedía de ella. La voz había dicho sólo dos palabras:

—¡Atención inmediata! —no dijo más.

Los hombrecillos se quedaron como clavados en su sitio, esperando, sus ojos chocolate fijos en la pantalla. Dos habían avanzado hasta colocarse ante ella.

La vocecita volvió a sonar.

—Información. ¿Ha concluido Cummings su trabajo superficial en Denver?

Uno de los dos ante la pantalla respondió, leyendo de un pedazo de papel.

—De Emmett Cummings, Denver. La etapa inicial de desarrollo se completó. Esperamos ahora la orden de entrar en la etapa final.

Las palabras que leía no tenían sentido para Jeff. La voz de la pantalla dijo:

—Permiso otorgado. El proyecto debe apresurarse. Estamos ya casi a punto para movernos.

Jeff escuchó unas cuantas preguntas más y respuestas, pero ninguna evocó en su persona nada familiar. En cuanto los otros hombrecillos volvieron al trabajo, paseó inspeccionando las diversas

máquinas, sin comprender ninguna de ellas, pero fascinado.

La vocecita... ¿Podría tener posiblemente relación entre aquella voz y las sesiones de Escucha? No sabía por qué la cuestión le había saltado a su mente, excepto que aquella máquina era tan evidentemente el centro de la estancia y que la misma habitación era el corazón secreto de Wornegon. Tenía que haber, o podía haberla, una relación en alguna parte.

Decidió preguntar a Toby y que la cuestión le saliera con indiferencia, procurando no levantar sospechas, si es que aquel hombrecillo era capaz de sentir celos.

—Esa voz, Toby. ¿De dónde viene?

El rostro polvoriento de Toby pareció abrumado.

—El Amo —dijo—. ¿Me está provocando? Es el Amo.

Un brillo intranquilo de duda crecía en el rostro de Toby, así que Jeff se tragó su siguiente pregunta. Quería interrogar a Toby acerca de su persona y sus compañeros. Pero en realidad no era necesario. Los hombrecillos resultaban de por sí bastante respuesta, no importa lo rara que ésta fuese. Bajos, torpes, seres extraños y tres máquinas como platillos volantes. Todos juntos daban un resultado fantástico.

No había nada siniestro en Toby, Toby no era humano, pero tampoco resultaba totalmente inhumano. Aún así, plantado en la habitación, rodeado por figuras, oyendo la voz diminuta que no tenía fuente conocida, y viéndose constantemente mecido por el zumbido de las máquinas gigantes, sintió en su estómago crecer una extraña náusea. Él no pertenecía allí. No le gustaba estar donde se encontraba.

La emoción apenas había llegado desde sus plexo solar hasta su cerebro, cuando la vocecita se detuvo en mitad de una frase, luego bramó desde la pantalla:

—¡Noto una presencia hostil en la habitación! ¡Un desconocido! «¡Hostil! ¡Hostil!».

El zipzape de actividad se calmó y los hombrecillos se volvieron todos a la vez desde su trabajo. Jeff se vio rodeado de ojos chocolate que le dirigían duras miradas.

—Hostil, no —balbuceó—. Hostil, no. Sólo no identificado —dio tres rápidos pasos hacia la máquina, sin comprender su funcionamiento, pero esperando que su grito llegase hasta la fuente

—. Me llamo Jeffrey Munro. He pasado la iniciación.

—Munro —la vocecita bramó—. No tengo información de ningún Munro, Jeffrey. No hay información.

Los hombrecillos avanzaban, Toby a la cabeza. Le tenían rodeado y cerraban el espacio, paso a paso. Giró, aguardando su venida, casi hipnotizado, cerca, y más cerca. ¿Qué le harían, si le ponían las manos encima? El pensamiento de manos extrañas dirigidas por ojos chocolate despertó un cálido pánico en su persona y corrió. Chocó contra la línea, les derribó como si fuesen marionetas, pasando por entre sus filas. Antes de que pudiese escapar por la puerta notó algo nuevo tras él, algo que no emanaba de los hombrecillos.

Era una Esencia... una presencia... y estaba empapada profundamente de amenaza y odio. Le alcanzó con manos intangibles y sólo el pozo del pasillo parecía un lugar salvo. Huyó por él a ciegas, olvidándose de todo, pero la Cosa aquella le perseguía.

Corrió por los corredores, rezando por no perderse y escapar. Finalmente, llegó a una pared, demasiado agotado para correr más. La pared era fresca al contacto con su frente y giró la cabeza hacia atrás con rapidez, secándose el sudor de los ojos.

La Esencia, había desaparecido. No le seguía. Se quedó dentro de la habitación con su luz pulsante y sus máquinas. Su propio terror le persiguió hasta tan lejos.

Se incorporó retrocedió sus anteriores pasos hasta el vestíbulo. Ahora tenía información y podía convencer a la gente necesaria de que no estaba loco, algo se haría para detener lo que iba a ocurrir dentro del H.D.P.

El vestíbulo estaba atestado de gente, hablando y leyendo desde las pilas de literatura del H.D.P. que cubrían las mesas. Jeff recogió su maleta.

—¡Jeffrey Munro! —llamó el altavoz—. ¡Jeffrey Munro, que tenga la bondad de presentarse en el despacho del señor Hicks! ¡Jeffrey Munro!

No prestó atención, excepto para aumentar el paso. Las puertas delanteras no quedaban lejos y esta vez iba a cruzarlas.

—¡Señor Jeffrey Munro! —volvió a llamar el altavoz—. ¡Que tenga la bondad de presentarse en el despacho del señor Hicks!

¡Jeffrey Munro!

—¿Qué le pasa, es que no lo oye? —dijo Rogers desde muy cerca y detrás de su hombro.

Jeff se detuvo, miró al hombre flaco y giró hacia los ascensores. Era inútil tratar de escapar. Si Rogers estaba allí, sus gorilas armados no quedarían lejos.

Mientras subía el ascensor, se preguntó frenéticamente cómo representar esta escena que volaba ante su persona. ¿Cómo reaccionaría frente a Hicks? Era sólo demasiado posible que su intento de traición se hubiese desplomado ante sus narices.

Hicks le recibió de pie, acentuando su corpulencia.

—Bueno —dijo con su rostro rojo—, ¿disfrutó de su viajecito?

—No mucho —contestó Jeff—. No sé lo que hay ahí abajo, pero tampoco me importa. Y no pienso mucho en esto. Cada vez que empiezo a salir, me veo contenido. Quiero volver a casa, Hicks. Estoy harto de este lugar —dejó que su genio saliese al descubierto. Lo seguiría y Jugaría esta escena con cólera y decisión.

Hicks se carcajeó enloquecedoramente.

—Yo no diría que le contuvimos. Simplemente que le invitamos a venir.

—¡Ustedes me forzaron!

—Me temo que cada vez poseo menos control sobre Rogers. Se dedica a su trabajo de todo corazón y en cuanto al H.D.P. concierne, él quizás se exceda.

—¡Excepto conmigo! —repuso Jeff—. Yo nunca he tratado de saltar las cercas otra vez.

—Por lo menos posee cierto sentido del humor. Desembarácese de esa cara colorada. No le pedí que viniera para castigarle.

—¿Quiere usted decir que mi curiosidad inquisitiva no importa nada? —Jeff contempló alerta a Hicks.

—Sí, me sorprendió que lo hiciese. Hubiese preferido que no. Pero no voy a calificar a esas mismísimas cualidades que le hacen tan valioso para nosotros. Tiene usted un cerebro rápido y curioso. Debía haberme esperado algo por el estilo. No le di suficiente información para satisfacer el sentido de proporción que posee.

Jeff se sentó, su cólera transformábase en conclusión.

—¿Se censura usted mismo por lo que yo hice?

—Se supone que debo saber cómo manejar a los hombres. Me

equivocé.

—Todo esto es muy bonito, estoy seguro, pero no resuelve nada. Sigo sin tener ninguna información —dijo Jeff.

—¿Ni siquiera después de lo que vio?

—¿Y qué vi? Un grupo de máquinas, un grupito de hombres extraños. ¿Qué relación tienen con el H.D.P.? Estoy donde estaba, señor Hicks. Dije que trabajaría con ustedes y mis motivos fueron la mitad codicia y la mitad miedo de rechazar. Pero puedo cambiar de idea.

Hicks sonrió débilmente.

—¿Qué pasó con la mitad de su motivo que era el miedo?

—Lo sigo teniendo. Pero no me preocupa. Creo estar ahora en mejor posición para tratar. Deseo cooperar y es cosa suya hacerlo posible.

—Todo esto —dijo Rogers—, podría ser sólo una farsa inteligente, señor Hicks. Trata de iniciar la ofensiva para obligarle a usted a darle una información que no se ha granado.

—Lo veo, Rogers, lo veo —Hicks se mostraba condescendiente.

—Precisamente por eso —continuó Rogers— yo no quisiera que usted creyese todas las palabras que dijo sobre la base de su débil promesa.

—¿Tiene que estar presente en nuestras conversaciones? —preguntó Jeff.

—¿El señor Rogers? —preguntó Hicks—. Supongo que sí. Ha de saber que también es uno de nuestros Directores, Director Rogers. Director al frente de las tácticas violentas.

—Lo siento —le dijo Jeff con llaneza—. No creí que usted tuviese tanta categoría.

—Pocas personas lo creen —respondió Rogers—. Funciona mucho mejor cuando me puedo mezclar con los miembros vulgares.

—Lo comprendo. Y cometí una gran torpeza ¿verdad? Debería haber tratado de ganar su confianza.

—Usted no puede ganar nada con Rogers —dijo Hicks—. Es receloso por naturaleza.

—Especialmente —apuntó Rogers con intención—, con la gente que promete cooperación y luego se desvía por caminos propios.

—Así que cometí un error —comentó Jeff—. No lo lamento y lo volvería a hacer. Como dije, yo no quiero seguir mas a oscuras. O

me confían lo bastante para saber la verdad o no se me confía nada en absoluto. ¿De qué se trata, señor Hicks?

—Tendrá su información —respondió Hicks—. Para ser perfectamente franco, Jeff, con lo que usted sabe ya es tan peligroso como pudiera haberlo sido toda su vida. Y, al final, ya sabe usted lo que les ocurre a los que tratan de traicionarnos.

—Lo ha dicho usted con la máxima claridad —indicó Jeff.

—Entonces nos sentaremos y le contaré cuanto desee saber. Rogers, ¿quieres continuar en tu papel de criado servil y prepararnos algo que beber?

Rogers se trasladó hasta el bar y sacó tres vasos. Por ahora, va bien, pensó Jeff. No había ganado nada de terreno, pero tampoco lo había perdido. Con esta nueva información debía salir como ganador de la actual reunión.

—¿Por dónde empezaremos? —preguntó Hicks.

—No necesita perder tiempo con lo que ya sé que he deducido —le contestó Jeff—. Vi a los hombrecillos y a sus platillos. Me imagino que son seres extraños... de algún lugar del espacio. Lo que quiero saber es de dónde o por qué...

—Él dónde no es importante. Yo mismo no estoy seguro. En cuando al por qué, puesto que los vio, debe haberse fijado en su torpeza. Su estupidez. Ahí hay una buena cantidad del por qué. Y eso me lleva a mucho más atrás. Usted ha hablado de las máquinas. ¿Qué que cree que son?

—Computadores. Excepto la grande.

—No son computadores. Son un sistema enorme de amplificación, de comunicación. La que usted señaló es el altavoz. Un altavoz que no proyecta voz. Proyecta... «¡Pensamientos!». A través del espacio. A millones de kilómetros del espacio.

Jeff alzó la vista desde su vaso.

—Le veo sorprendido —dijo Hicks—. Lo mismo me pasó a mí cuando me puse en contacto por primera vez. Fue Toby quien lo hizo, incidentalmente. Un tipo odioso, pero me dio la oportunidad de toda mi vida. Siguiendo... tiene usted que olvidarse de todo para considerar el hecho y la verdad y tratar de creer algo que suena como pura fantasía. Imagínese un planeta, muy distinto de la Tierra, en donde las criaturas de gran inteligencia han evolucionado, gran inteligencia.

—Eso no es difícil —interrumpió Jeff.

—No, pero ahora imagínese que esas grandes inteligencias están albergadas en un cuerpo inmóvil. «No pueden moverse». Carecen de manos y pies. Piensan, pero no se mueven. No me pregunte qué son, o qué aspecto tienen, porque no lo sé. Pueden ser como árboles, o piedras, o columnas de mármol. Pero no se pueden mover. ¿De qué les vale pues esta inteligencia? No pueden reunirse para comunicar, así que han evolucionado en la telepatía. Los poderes mentales entran en juego. Y de nuevo, no conozco la extensión de estos poderes, pero son fantásticos. A veces, durante la noche, el pensar en ello me asusta —Hicks se detuvo, tomando un gran sorbo de su vaso—. Me gusta.

»De todas maneras —prosiguió—, usted debe dar crédito a esas criaturas de tener emociones y añoranzas. Como nosotros, vieron las estrellas, o las presintieron, o lo que sea. La cosa es que quisieron llegar hasta ellas. ¿Se imagina la frustración de un gran cerebro atado a un único lugar? ¿Con saber que las estrellas están ahí y lo que son, pero incapaces de construir los cohetes, incapaces de moverse de aquel condenado lugar? Así que buscaron la compensación. Desarrollaron sus poderes mentales hasta el punto que pudieran investigar otros planetas telepáticamente. Y el azar estuvo a su lado, en un planeta próximo encontraron a nuestros torpes amiguitos.

—El pueblo de Toby —dijo Jeff.

—Sí. Tal y como les ha visto... estúpidos, torpes, incluso en sus movimientos, pero lo bastante humanos para tener una meta remota: su autocrecimiento. Y, a su vez, una añoranza por sus estrellas. Aquí tenemos a dos grandes fuerzas que entran en contacto: la Inteligencia inmóvil y la estupidez móvil. Ambas con un solo motivo, así que se unen. Es así de sencillo. Los seres inmóviles, los Amos, desarraigados del principio de la física y descubriendo cómo construir espacionaves. Dieron instrucciones a los Tobys en el trabajo paso a paso hasta que los aparatos estuvieron preparados y fueron una realidad. Los Tobys saltaron de alegría ante la oportunidad. Conocían sus limitaciones, comprenda, pero no quieren aceptarlas. Y aquí estaba su oportunidad de cumplir sus sueños cabalgando en la inteligencia de otros seres.

—Comprendo —dijo Jeff—. El pueblo de Toby cambió la

movilidad por los cerebros y viceversa.

—Sí, pero los Amos no estaban contentos. ¿Estaría usted contento con tales manos y pies... lentos, torpes y a los que hay que mostrar cada paso hasta conseguir hacer todo lo que desea? La investigación de los Amos no había terminado. El próximo paso era sacar a los Tobys de su mundo patrio y dirigirlos en fabricar e instalar transmisores que pudieran emitir y repetir los poderes telepáticos de los Amos más adentro del espacio, en busca de una inteligencia igual a la propia. Hallaron a la Tierra y aun cuando nuestra inteligencia no se iguala a la de ellos bajo ningún esfuerzo, somos mucho mejores que los Tobys que nos han enviado. Así que los Tobys instalaron receptores y amplificadores en nuestra Luna. Luego, después de investigación cuidadosa, establecieron contacto. Yo fui uno de los primeros. Lo reconozco, me eligieron por mi egoísmo, mi codicia, si usted quiere. Pero todo eso ha sido pagado y aún recibirá mejor recompensa.

—Entonces, usted trabaja con los Amos, los cerebros.

—Por una gran recompensa. Tenemos un trato mejor que el del pueblo de Toby. En recompensa por reclutar sobre la Tierra se nos dará poder. Poder y riqueza aquí y se nos promete poder y riqueza en otros mundos.

Hicks se había congestionado con estas noticias. La promesa le enervaba. Lo reveló en todos sus gestos, sumergiéndose en ella.

—Ustedes están reclutando —Jeff aceptó la afirmación—. ¿Qué significa eso?

—¡El H.D.P., claro! El H.D.P. es una gigantesca operación de reclutamiento. Los Amos quieren gente brillante y enérgica para enviarla a las estrellas como exploradores, mineros, colonizadores y conquistadores... todo, claro, por cuenta de los Amos... y el H.D.P. se las proporciona. Conquistaremos mundos, Jeff. ¡Y gobernaremos esos mundos, porque los Amos no pueden! Están atados a sí mismos, por eso gobernaremos en su nombre.

Jeff luchó por levantarse de aquel cúmulo de hechos.

—Entonces esa gente, la gente como Jean Tuttle, que creen que van a África a ayudar a los nativos, ¿en verdad irán al espacio?

—¡Precisamente! Es maravillosamente astuto, ¿verdad? Vienen aquí y se adiestran en lenguajes que creen pertenecen a la Tierra, pero que no es así. Se adiestran en la vida dura y áspera. Y luego

salen... algunos se han ido ya, cuatro navíos llenos... y desaparecen en el espacio. Trabajan para nosotros.

—Pero ustedes no pueden salir con bien de esto. En cuando se den cuenta de que han sido engañados, se rebelarán.

—Ya se han dado cuenta y se han rebelado. Pero hemos recuperado su lealtad simplemente por amenaza de represalias en sus familias que se quedaron en la Tierra. Es un viejo truco. Y que resulta.

—¿Pero qué hay de esas familias? ¿No se extrañan al no recibir cartas de sus hijos?

—Claro y entran en Wornegon atronadores, pidiendo saber qué ha sido de sus seres queridos —Hicks sonreía con malicia—. Se lo decimos. Toda la verdad. Y se unen al H.D.P.

—No —protestó Jeff.

—¡Pues lo hacen! Porque, cuando les contamos dónde están sus hijos, también les hablamos de que su única esperanza de volverles a ver es su silencio y cooperación. No pueden hablar. No puede negarse a cooperar.

Jeff permaneció sentado e inmóvil. Las náuseas que sintiera antes le retornaban, pero ahora no era asco de los seres extraños, era simplemente asco ante el arte horrible del chantaje descrito por Hicks.

—Le sorprende —dijo Hicks—. No tema admitirlo. Al principio yo también me sorprendía. Lo rechacé, ¿sabe? Luego lo pensé mejor y acepté. Igual que está haciendo usted ahora. Después de todo, ¿qué daño se hace a esos jovencitos? Y la Tierra será nuestro pago. Ya estamos preparados para nuestro Gran Empujón. No tardará mucho antes de que la Tierra esté arrodillada ante nosotros. Tenemos un ejército grande, muy grande, y nadie se nos resistirá cuando decidamos avanzar.

Jeff apuró su bebida y dejó el vaso vacío. Tenía que fingir seguir adelante con el plan. Todavía no estaba libre.

—Bueno —preguntó Hicks—. ¿Qué le parece? ¿Primera reacción?

—Me da asco —admitió Jeff—. Por otra parte, me interesa.

—Tiene usted mucho en juego en ella —añadió Rogers con su voz cortante—. A su cargo queda el principal trabajo de reclutamiento de este estado.

—Oh, Rogers —suspiró Hicks—, siempre tienes que rebajar la gloria hasta el nivel del negocio. Jeff conoce sus responsabilidades.

—Sí —dijo Jeff con sinceridad—. Seguro que sí.

—Deseo cerciorarme de eso —Rogers intervino—. Las cosas han cambiado en la última media hora. Usted conoce la verdad. Lo que está en juego es muy grande, más de lo que usted soñó, así que debe recordar que el castigo a la traición es también enorme.

—Comprendo lo que piensas —dijo Hicks a Rogers—, y estamos de acuerdo. Esta vez puede conservar la cabeza.

—¿Y eso simplemente qué significa? —preguntó Jeff.

—Que no se le permitirá ir por ahí a solas —dijo Rogers—. Se le seguirá a todas partes donde vaya, hasta que demuestre su buena fe pronunciando ese discurso. Le conozco muy bien, Munro, y creo que el discurso será su mayor obstáculo. Si puede seguir adelante con él, me dejará satisfecho y convencido de que está a nuestro lado. Si trata de hacerse atrás, yo estaré allí para impedirselo. Y cuando digo impedirselo, lo pienso en todas sus consecuencias.

—Le creo —Jeff se mostró franco—. Dígame, Rogers, ¿por casualidad conducía usted un coche azul?

—Sí, mi coche es azul. El hecho debería servirle para mantenerle fiel a su palabra.

—El hecho, más un faro roto —repuso Jeff. Se puso en pie, sin dar a Rogers una oportunidad de decir la última palabra.

VIII

Jeff condujo por los caminos hasta Union Town, sin apenas fijarse en el paisaje mientras la sorpresa que había estado reteniendo en el despacho de Hicks le abrumaba. La Tierra ya no estaba sola. La Tierra había sido invadida y nadie lo sabía excepto unos pocos locos. Y él mismo.

Descubrió que era difícil de sobreponerse a la incredulidad, aun cuando había visto a Toby y notó la Esencia de los Amos. Por eso probablemente Wornegon estaba tan seguro. Si alguien sospechase, jamás lo diría. La idea era demasiado insana.

Hoy, condujo por la autopista porque muy cerca detrás suyo marchaba raudo el coche azul con Rogers en él. Cuando la sorpresa empezó a perder fuerza, trató de planear. ¿Cuál sería su primer movimiento? Fuera el que fuere, era preciso tener en cuenta la presencia de Rogers. Era domingo y ya sería de noche para cuando llegase a su casa. Quizás podía dejar todo el asunto que descansara hasta el día siguiente, arrullando a Rogers en una sensación de calma. Mañana por la mañana empezaría su campaña.

En el fondo de su mente estaba la esperanza de ayuda del FBI. Uno de los locales, Sam Kirby, era amigo suyo... por lo menos conocido... y tenía que abordar la cosa con la presentación de alguien que le conociese. Si se presentaba a un extraño con su historia, terminarla donde Tom Sullivan pensó que iba a terminar... ¡En un manicomio!

Con todo eso decidido en su mente... casa, descansar una noche y Sam Kirby... precedió a Rogers por los caminos hacia Union Town.

Dejó que la mañana se alzase y el aire fuese más cálido antes de salir de su cocina. Había revisado la calle cuando se levantó y encontró el coche de Rogers tal y como se quedó la noche antes. Había logrado dormir, pero Rogers no y era un placer simplemente pensar en el brillo de aquellos ojos sanguinolentos, hinchados por el cansancio.

A las nueve bajó por los escalones delanteros, hizo un gesto con la mano a Rogers y lanzó un:

—¡Buenos días! —Que en realidad no sentía—. Voy a comprar algo —aclaró gritando al hombre escuálido.

Jeff salió de su jardín, viendo cómo el coche azul se colocaba tras él. Calle abajo, cruzando intersecciones, deteniéndose en los semáforos, condujeron al unísono, uno tras otro.

—Continúa siguiéndome, señor director —dijo Jeff entre dientes—. Una vez lleguemos a la parte baja de la ciudad, te encontrarás sin nadie delante.

Giró a la calle principal y se introdujo en el tráfico. Las mujeres conductoras le rodearon y avanzar fue lento. Después no hubieron aparcamientos, cosa que Rogers pudo comprobar en persona.

Recorrió todo el distrito comercial, dejando que Rogers se fijase bien en la congestión y volviendo por una esquina para conducir hasta la rampa de aparcamiento. Si había algún lugar en la ciudad para despistar a un seguidor y hacerlo parecer accidental, este era la rampa. La oficina del FBI no quedaba lejos, siguiendo hacia abajo una calle lateral.

Entró en la rampa, tomó el tiquet de la máquina automática y giró por las curvas interiores del edificio. El coche azul le seguía. Siguió dando vueltas, arriba y abajo, abajo y arriba, conduciendo despacio, pero aún sintiendo la sensación de turbación. Los motores rugían en el espacio semicerrado hasta sonar como los de los bólidos de las carreras. Continuó adelante, buscando el único lugar que necesitaba.

Al cuarto piso disminuyó la marcha. No había ya coches delante de él; todos habían encontrado aparcamiento. Rogers giró a sus espaldas y detrás de Rogers había una larga fila de coches, extendiéndose rampa abajo. Esto podía ser lo esperado. Rebordeó hacia delante. Si hubiese sólo el único lugar especial y quedase en este piso... el único y no mas... estaría a salvo.

Cerca del fin de la fila, lo encontró. El único aparcamiento. Sonrió en la seguridad del coche. No era casual que el espacio estuviese allí. Nadie aparcaba jamás. Era un espacio ciego, un espacio imposible, que exigía cuidadosa maniobra para salir. Una vez que lo probaba, la gente lo dejaba vacío. A un lado había una columna de cemento, un signo de limitación de velocidad en el otro y cuando se llegaba al final de la fila era necesario dar una curva brusca. Pero Jeff no le importó si podría salir muy de prisa. Todo lo que deseaba era entrar.

Bloqueando cuidadosamente cualquier posibilidad para Rogers de rodearle, giró su coche hacia la izquierda y retrocedió en la ranura de aparcamiento, rozando sus aletas en las barreras. Salió rápidamente, viendo cómo Rogers seguía hacia delante, su cuello delgado esforzándose mientras miraba frenético en busca de otro lugar en aquel piso. No había ninguno.

Rogers frenó en el centro del sendero del tráfico, inseguro. Sonaron bocinas, potentes y ensordecedoras en torno a las curvas, pidiendo que Rogers se apartase de en medio. Jeff no esperó el resultado. Rogers se vio obligado a continuar subiendo la rampa hasta el piso siguiente y aquellos segundos le darían el tiempo necesario. Se encaminó al ascensor, pero una vez Rogers se perdió de vista, volvió corriendo a través del edificio y tomó las escaleras. Las bajó a toda velocidad, calculando mentalmente lo que estaba haciendo Rogers. Si había encontrado un lugar en el piso siguiente, estaría ahora saliendo de su coche. Pasó otro tramo de escaleras y Rogers, calculó, se encontraría en los ascensores.

Jeff llegó a la planta baja y salió a la acera. Rogers dejaría el ascensor dentro de un minuto o dos, pero tendría que cruzar el edificio, perdido, Jeff se apresuró por la calle, escondiéndose entre las mujeres compradoras, el gusto de una victoria, dejó un sabor dulce en su boca.

Al cabo de una manzana, cortó por una calle lateral y entró en el edificio del FBI. Tuvo que subir un tramo de concurridas escaleras. Había una muchacha tipo oficinista en la recepción, pero no tuvo que molestarle con ella. Sam Kirby se encontraba en el refrigerador de agua.

Kirby era bajito, de pelo grisáceo, sus ojos azules brillantes en medio de un profundo bronceado.

—Uno nunca sabe quien va asomar los lunes por la mañana —dijo—. ¿Cómo estás, Jeff?

Jeff estrechó agradecido la mano de Kirby. El hombre del FBI le recordaba. Cuanto había de amistad y cuanto del resultado de una memoria adiestrada, eso tenía que descubrirlo aún.

—Desearía que mi estado de bienestar fuese lo único importante, Sam.

—¿Asunto oficial?

—Más de lo que te puedas imaginar. Y no tengo mucho tiempo.

—Entonces entra en mi despacho —el despacho estaba desnudo y con el empapelado rajado y faltando en muchos lugares, pero en cierto modo ofrecía comodidad. Kirby se sentó tras su escritorio—. ¿Ni siquiera hay tiempo para reminiscencias? —preguntó.

—Hoy no. Pero, lo admito, me alegro de que me lo preguntes. Eso significa que me recuerdas más que si fuese simplemente una cara.

—Claro que sí. La última fiesta de Smythe fue sensacional.

Jeff se preguntó cómo se le había pasado por alto el hecho de que Kirby le consideraba como un amigo. Si alguna vez salía de este lío, tendría que fomentar la amistad. Kirby, según recordó, era un hombre estupendo.

—Dime lo que pensaste de mí en aquella fiesta, Sam, y quizás sea posible que hagamos negocio. Tengo para ti un asunto verdaderamente fantasmal y necesitaré hasta cada gramo de crédito que tú puedas reunir.

—Te escucho.

—¿Qué sabes del H.D.P.?

—Uf —Kirby se arrellanó en su silla—. Mira... —señaló una pila de correo—. Aquí también... —señaló a un archivador—, hasta ahí se extiende mi conocimiento. Lo sé de dentro a fuera. El correo no ha sido abierto todavía, pero me imagino que dos de cada cinco cartas se refieren al H.D.P. En su mayor parte quejas.

—Pero, dejando a un lado el correo, ¿qué es lo que sabes, oficialmente?

—Como te dije, de dentro y de fuera. Cuando hay muchos asuntos en las cartas sobre una materia, investigamos. El H.D.P. tiene un limpio respaldo. No es un frente comunista, si es lo que te interesa saber.

—¿Entonces habéis enviado hombres allí?

—Investigaron y reinvestigaron, nuestros hombres han pasado a través de esa estúpida iniciación para ver si se habían perdido algo. Han vuelto cada vez con una papeleta de limpieza extendida a nombre de Wornegon. Ocurre lo mismo en todo el mundo. El H.D.P. es un estorbo peligroso, pero nada más. Yo no apostaría a que los motivos de Montgomery Hicks sean beneficiosos, pero no se puede condenar a un hombre por ser lo bastante listo como para amasar una fortuna.

—Y poder.

—¿Sobre un rebaño de fanáticos? Yo no consideraría que eso es mucho poder.

—Ni yo tampoco, Sam. Pero acabo de regresar de Wornegon y he conseguido esto —Jeff se interrumpió. Tenía un oyente, pero no sabía cómo narrarle la historia—. Voy hablar ahora. Por casi media hora. Así que ponte cómodo y no me interrumpas. Empezaré por un hombre llamado Tom Sullivan. No... aún más atrás. Con un tumulto en Bolin.

Empezó despacio, dejando que los acontecimientos menos fantásticos del principio provocasen el flujo de palabras. Siguió a través del Fugitivo, la amenaza, la iniciación y la verdad.

Vio cómo Kirby cambiaba del interés hasta una profunda confusión.

—Eso es todo el asunto —terminó Jeff—. En este mismo instante, Rogers camina por las calles buscándome. Si supiese que estoy aquí, yo moriría a los pocos segundos de salir a la calle. Tal y como es, igual podemos morir nosotros dentro de un ratito, Hicks dijo que el Gran Empujón está preparado para lanzarse que es sólo cuestión de tiempo antes de que la Tierra caiga de rodillas.

Kirby no dijo nada. Se quedó mirando con fijeza sus manos.

—No te censuro por crearme loco, Sam. Yo en tu lugar también lo haría. Creí que Sullivan estaba demente.

—No he dicho nada acerca de no creerte —protestó Kirby—. Conozco tu reputación demasiado bien para pensar que has preparado esto y puedo mirar a tus ojos y ver que no eres ningún maniático. Es que resulta mucho para tragárselo de una sola vez.

—Probablemente ni siquiera hubieses querido escuchar al pobre Sullivan.

—Esperaría a haberlo podido oír —suspiró Kirby pesadamente, como si estuviese digiriendo la narración y aceptándola en un aliento—. Te creo. No sé cómo se han cubierto tan bien que nuestros hombres no lograron penetrar ni una pulgada en esto, pero te creo. Y si el tiempo es breve, tenemos que movernos —cogió el teléfono, dudó, luego volvió a colgarlo—. Aguarda un momento. ¿De veras crees que la Iniciación hace algo a la gente y por eso nuestros hombres vinieron a casa con Informes tan inocentes?

—Lo creo —contestó Jeff—. Creo que esas sesiones de Escucha tiene algo que ver con los Amos. Los Oyentes obedecerán cualquier cosa que ellos les digan que hagan.

—Ese es mi punto. Si nos lanzamos en nuestro primer impulso... con tropas, digamos, y avisos públicos... es probable que causemos tumultos. El sentimiento mundial es mayor de lo que tú puedas pensar contra el H.D.P. Han agitado un nido de avispas con sus conversiones. Y si los mismos del H.D.P. no pueden evitar ser como son, los tumultos se convertirán en una batalla contra inocentes.

Jeff se estremeció, porque ante sus ojos crecía el rostro brillante de Jean Tuttle. Ella era una inocente, conducida a la matanza por Montgomery Hicks. Él podía imaginársela defendiendo al H.D.P. y siendo derrotada y abatida por los pies de una multitud o los cañones de una milicia.

—Podríamos ir a Wornegon y a los otros centros y hacerlos pedazos, pero los miembros del H.D.P. que se extienden en torno al mundo se encontrarían en un verdadero apuro —explicó Kirby.

—Lo veo... muy claramente. Si la acción abierta queda descartada, ¿qué es lo que nos deja? Hay que destrozar las máquinas y barrer al H.D.P. —hizo una pausa. Las máquinas. Era posible que alguna especie de hipnosis telepática se utilizase en los conversos y así con las máquinas desaparecidas, los Conversos podrían regresar a sí mismos.

—¿Qué se te acaba de ocurrir? —le preguntó Kirby.

—Las máquinas. Si pudiéramos destrozar las máquinas, eso sería todo cuanto necesitaríamos hacer. Desaparecidas las máquinas, los Amos perderían su contacto con la Tierra y el resto sería una simple tarea de barrido. Los hombrecillos no constituirían mucho problema. Dudo que ellos sepan lo bastante para defenderse a sí mismos muy bien.

—Eso lo simplifica. Podemos entrar entonces con fuerzas y llegar hasta esas máquinas.

—A menos que me equivoque, claro, y la destrucción de las máquinas no libertare a la gente. Mira, Sam, sé que esto va a sonar como un gran aparato, pero necesito algún tiempo para mí solo. Para probar nuestra idea. Poseo allí dentro una sólida entrada.

—¿Y qué?

—Que quizás pueda llegar hasta las máquinas y destrozarlas... haciendo que todo parezca un incidente aislado. Si eso tiene éxito, entonces puedes avanzar contra los otros centros. Si fracaso, Hicks simplemente pensará que le he traicionado y tú tendrás una segunda posibilidad de hacer lo que sea preciso. Si yo lo hago, el H.D.P. no estará bajo ningún ataque. Sólo Wornegon. El fracaso no alarmaría a toda la organización.

—Eso es meterte en una buena cantidad de peligro, ¿no?

—No lo creo. Pero significa que tengo que pronunciar ese maldito discurso. De otro modo no me permitirán volver a Wornegon.

—Tal y como hablas, parece pensar que ya te he dado permiso.

—¿Y no lo has dado?

—No tengo poderes para ello. Necesito autorización.

—¡Entonces consíguela, Sam! Cada minuto que perdemos me está matando, Rogers no va a estar recorriendo las calles siempre sin sentir recelos.

—Verdaderamente sabes cómo poner a un hombre entre la espada y la pared, ¿no? Perdóname. Voy a telefonar a Washington.

Kirby salió de la habitación y Jeff esperó a solas. Exageró y se apresuró en su sugerencias, pero no se arrepentía. Era el único hombre en el mundo que podría destruir Wornegon desde el interior y en cualquier situación en donde sólo hubiese un posible salvador, ese salvador jamás puede negarse.

La ausencia de Kirby duró media hora. Jeff comenzó a sudar. Cuando regresó Kirby, lo hizo acompañado por tres hombres.

—Has dejado caer una gran bomba en Washington —dijo Kirby—, pero han aceptado tu historia. Parece que la Central lleva largo tiempo perturbada, tratando de conseguir que entre un hombre objetivo dentro del H.D.P. y sin lograrlo jamás. Tú eres el hombre. Han estado guardando una historia como la tuya para extraer el

sentido de esos retazos de sospechas.

—¿Se me ha dado la autorización para seguir adelante?

—Sí, pero no solo. Te he asignado un equipo para que trabaje contigo. Y será mejor que aceptes su ayuda —Kirby se mostraba beligerante.

—¿Es que crees que yo sería lo bastante loco como para rehusar? —Jeff volvió su atención a los tres hombres—. ¿Es este el equipo?

—El mismo —Kirby hizo unas presentaciones rápidas—. Simplemente recuerda sus nombres y sus caras. El alto es Charles Mason; el más bajito, Lawrence Terry. Y, el pálido, Rudolph Jones.

Jeff les estrechó las manos y cimentó sus nombres en su cerebro.

—Tenemos un plan —prosiguió Kirby—. Te lo daré inmediatamente, luego será mejor que salgas de aquí. Mason, Terry y Jones partirán inmediatamente para Wornegon y se instalarán como invitados interesados. Mantendrán los ojos abiertos, pero te esperarán. Tú pronuncias tu discurso, vuelves a Wornegon, unes tus fuerzas a las de ellos y juntos destrozáis las máquinas. En ese punto estarás en grave peligro, Jeff, así que atente a lo que te aconsejen los profesionales presentes. Después de la destrucción, me enviarás un destello para avisarme. Yo estaré aguardando con una fuerza considerable lo bastante lejos como para encontrarnos a salvo. Primero entraremos con helicópteros y el resto nos seguirá en camiones. Lo barreremos todo. Y a mi señal, si has tenido éxito, los otros centros del H.D.P. serán invadidos. ¿Está claro?

—Es un plan sencillo, ¿no?

—Los sencillos son los que de ordinario dan resultado.

Jeff se puso en pie.

—Os veré entonces en Wornegon —se dirigió hacia la puerta, luego se volvió—. Gracias, Sam, por creerme. Has hecho este asunto mucho más fácil de lo que yo creí que sería.

—Es toda una tarea —sonrió Kirby—. Tal y como lo veo, precisamente tienes que lograr éxito.

—Sé lo que quieres decir —dijo Jeff—. De pronto me siento como Atlas. Tengo el peso del mundo sobre mis hombros, ¿verdad?

—No lo dejes caer.

De vuelta a la calle, Jeff avanzó con cuidado pero Rogers no estaba a la vista. Entró por la puerta trasera de una tienda de ropas de hombres, sonrió al empleado con su rápida compra de un traje, sin probárselo, y salió por la puerta principal. Rogers estaba esperándole en la rampa de aparcamiento.

—¿Dónde ha estado usted? —preguntó Jeff antes de que Rogers tuviese oportunidad de hablar. Alzó la caja del traje para que lo viese—. Me acabo de comprar un traje nuevo. Con mi posición y teniendo que pronunciar un gran discurso, no puedo parecer un pordiosero.

Dejó que Rogers le siguiese y rumiase aquello sin respuestas reales algunas. Rezó porque Rogers le creyera. No había ningún motivo para que no lo hiciese así.

Jeff entró en el recinto universitario, recogió su correo, dio instrucciones para una clase y se fue a casa, Rogers siguiéndole. La clase le había preocupado, recordándole demasiado vivamente el discurso que tenía que hacer. Nada podía obligarle a pronunciar tal discurso. La decisión fue suya. Pero se había ofrecido a hacerlo. Ofrecido.

Su Club de Ciencias Políticas se reunía la noche de los martes. Siempre atraía gran número de estudiantes, miembros y no miembros por igual. El tópico general era el H.D.P. Irónicamente, el H.D.P. Guardaba el discurso en el cajón de su escritorio, casi escrito; una alocución fiera describiendo el incidente en Bolin y atacando al fanatismo de lleno. Hablaría del H.D.P., pero desde el punto de vista opuesto.

El coche de Cory estaba delante de su casa y Rogers aparcó tras él. Jeff llamó al escuálido esbirro.

—Iba a invitarle a tomar café, pero tengo compañía. Lo siento.

Cory estaba sentado en el balancín del porche.

—¿Quién está en ese coche?

—Rogers —contestó Jeff mientras abría la puerta—. Es mi hermano gemelo. Me sigue allá donde voy —entró en la casa—. Pronto me desharé de él... por lo menos el tiempo suficiente para comer y dormir.

—Pues parece que tú necesitas también la misma receta.

—Es que no estoy acostumbrado a ir por ahí con una carga en la conciencia.

—Ni yo tampoco y por eso vine a verte. Me has tenido preocupado. No nos despedimos de manera muy tranquilizadora —Cory miraba al suelo, poco acostumbrado a excusarse—. Fui un imbécil por apartarme de ti de aquella manera y antes de que entremos en otra cosa, quiero que lo sepas. Fue una acción estúpida.

—Lo comprendo. Yo tenía mucho de qué arrepentirme. Nunca tuve la oportunidad de contarte toda la historia.

Cory se sentó, pero no se arrellanó en los cojines.

—¿Quieres decir que ahora tengo el privilegio de enterarme de lo que pasó, o aún me sigue cerrada la entrada al círculo interior?

—Sigues enfadado conmigo porque me uní al H.D.P... a pesar de tus excusas, estás furioso. Bueno, tranquilízate. No me he unido a nada. Con palabras y gestos, sí; pero no de corazón.

—¿Y eso significa? —Cory estaba muy atento.

—Que hace unas pocas horas salí del FBI. Prácticamente soy agente federal, Cory. He cambiado de lugar.

—Pero... —La única palabra pronunciada por Cory sonó como una pequeña explosión.

—¿Creíste todo aquel género que te conté? ¿Lo de querer poder y riquezas? Vamos, Cory, me juzgas mal.

—No, no es verdad. En aquel momento apenas podía creerlo, pero te mostraste tan condenadamente sincero y eso sonaba de una forma tan razonable que finalmente me decidí a creerlo. Yo esperaba que volvieses con literatura del H.D.P. en una mano y dinero en la otra.

—Hice una maniobra, eso es todo. Obtuve precisamente lo que fui a buscar. Información —Cory tomó su bebida de mano de Jeff y la alzó, mirando cómo el líquido brillante burbujeaba en el vaso.

—Está bien, te acompañaré al discurso. Pero no te hago ninguna promesa sobre Wornegon.

Jeff se rindió ante su tozudería.

—Haz lo que creas que debes hacer, Cory. Pero, recuerda... yo estoy metido en esto porque no tengo elección. No quiero que el H.D.P. triunfe en robármelo todo. Especialmente a un amigo; el mejor amigo que jamás tuve.

Cory le miró con una extraña mezcla de emociones. Sus ojos azules expresaban gracias por la expresa declaración de amistad y

una creciente timidez que Jeff jamás había visto antes en él. Aquel momento ya era demasiado lleno y Jeff rápidamente extrajo toda la emoción que pudo de él.

—¿Cenaremos aquí? ¿O quieres que demos al viejo Rogers otro motivo de persecución?

—Que descanse —dijo Cory—. ¿Dónde está tu otro sentido de la decencia? No debes hacer que los últimos días de un hombre sean demasiado tristes.

IX

La sala de la conferencia estaba llena de estudiantes. Jeff celebraba las reuniones del club en una de las grandes aulas que normalmente servían para conferencias a clases combinadas. Él y Cory entraron por la parte de atrás y se dirigieron hacia los escalones entre las dos filas de asientos pupitre.

—Señor Munro —le llamó una chica y una mano se extendió para tocar la manga de Jeff—. Yo estaba preguntándome acerca de nuestra asignación.

Era la linda joven del grupo coeducacional que ocupaba las filas delanteras de la clase matutina de Jeff.

—¿Señorita Turner, verdad?

—Sally Turner. Estaba preocupada, puesto que esta mañana no tuvimos clase, ni había ninguna nota en el tablón de anuncios...

—No se preocupe por ello. Aprovechése de mi ausencia. Ya lo remediaré con la siguiente tarea.

Mientras seguían caminando, Cory preguntó:

—¿Desde cuándo los universitarios se preocupan por la falta de tareas para hacer en casa? No ocurría así cuando estudiaba yo.

—Y ahora tampoco —contestó Jeff.

—No, tampoco —dijo una voz nueva. Era Angela Berri, una de las profesoras auxiliares de Jeff—. Jeff tiene una gran habilidad en extasiar a los grupos coeducacionales. Especialmente las chicas se inventan miles excusas para pararle y hablar un poquito —sonreía pero Jeff se pasó por alto aquella pequeña provocación, Cory no.

—Quizás había más en este asunto de ser un profesor encerrado en su torre de marfil que lo que penetra por los ojos.

—No más que por los suyos, señor Bennett, estoy segura —dijo Angela.

—¿Es una acusación? —preguntó Cory.

—Yo sólo le acuso de apartarse tanto como lo hace de nuestra torre de marfil.

Se estaban enzarzando en sus disputas de costumbre y eso era ordinariamente divertido, pero Jeff deseó que pararan. Esta noche los estudiantes no estaban meramente a su alrededor, parecían rodearle. Se veían muchos ejemplares de su artículo. Ahora mismo todos despreciaban al H.D.P. y acudían a él para confirmar su convicción.

Subió al estrado. Angela Berri se les había separado en algún lugar del camino y sólo Cory permanecía con él.

—Haré que alguien se cambie de sitio, para poderme sentar en primera fila —dijo Cory—. Tómatelo con calma y abrevia. Si has de torturarte, por lo menos no lo prolongues.

Jeff no tenía notas, pero abrió una carpeta y sacó unos cuantos papeles. Luego, se sentó, aguardando a que la sala alcanzase su capacidad de saturación. Dentro de diez minutos se deshonraría a sí mismo.

En el fondo de la sala su mirada errante se detuvo con brusquedad. Sentado en la última fila estaba Rogers. Había una mueca ligera en sus finos labios... semisonrisa, semimueca de desdén y desafío... y al verla, Jeff olvidó su depresión. Lo que tenía que hacerse se haría porque el mal del H.D.P. que Rogers resumía era el núcleo contra el que había que luchar.

Vio como su reloj marcaba las siete en punto y se levantó, señalando que cerrasen las puertas. Con los portazos, la sala se aquietó hasta no haber ningún sonido, ni siquiera el arrastrar de pies. De pronto se vio como el centro de seiscientos ojos inteligentes.

«Lánzate hacia delante» se dijo a sí mismo. «Empieza de una vez».

Su voz encontró tono y fuerza cuando empezó:

—Buenas tardes. Pasaremos hoy por alto el protocolo del club, si no os importa, porque tengo que hablaros de algo de la máxima importancia. En realidad, he de haceros una confesión.

Un rumor general recorrió las filas de estudiantes, mientras se preparaban para escuchar.

—Lo confieso públicamente y quiero que lo oigáis con claridad y

lo comprendáis. ¡He estado equivocado! —Notó la pequeña sorpresa que recorría a su audiencia—. Como ya sabéis, mi tema de esta noche es el H.D.P., pero antes de entrar en materia, debo destacar el hecho de que he estado equivocado. Acabo de volver de Wornegon... del cuartel general del H.D.P... y no es nada en absoluto de lo que escribí. Creedme, no hay nada fanático ni diabólico en el H.D.P. Si sus miembros muestran celo, es sólo porque tienen motivos. Defienden una gran idea; luchan por una ingente meta.

Tuvo que detenerse porque el silencio de la habitación se rompió fragmentando en un gran estrépito. Buscó un rostro conocido y encontró el de Sally Turner. Ella le miraba con sorpresa, pero la sorpresa cambió a un asentimiento de complicidad cuando decidió que les estaba despistando para conseguir de ellos el ambiente adecuado. Ella le sonrió y le guiñó el ojo.

—Algunos de vosotros... —gritó—, algunos de vosotros habéis tomado equivocadamente mi afirmación inicial. Creéis que pienso sorprenderos. No es cierto. Siento cada palabra que he dicho. ¡El H.D.P. «está» en marcha y va a salvar al mundo!

La estrecha atención había desaparecido. Inquietud, arrastrar de pies y conversaciones y susurros dominaban ahora la sala. A solas ante los apretados estudiantes, Jeff sintió su emoción crecer hasta una cosa tangible que se deslizaba por las filas de asientos y que le oprimía.

—Hay muchas facetas en el H.D.P. —gritó—, pero todas trabajan juntas para el bien. ¡Y el H.D.P. necesita gente como vosotros! ¡Gente inteligente, gente fuerte!

—¡Demasiado inteligentes para escuchar esto! —gritaron a su vez desde el grupo.

—¡Y demasiado fuertes para tener que apechugar con ello! —aclaró otra voz.

Diablos. Subversión. Jamás se había enfrentado a una cosa así. Probó la única cosa que conocía digna de probar... avergonzarles.

—¿Desde cuándo cerráis vuestros cerebros a algo nuevo? Estoy aquí para daros un informe de primera mano. Me debéis el respeto de escuchar.

Una figura se puso en pie de un salto, rompiendo las medidas filas. Era un chico corpulento, de cabeza cuadrada, el rostro rojo

por la profundidad de su cólera.

—¡Está usted rompiendo nuestras reglas! —Clamó por encima del estrépito general—. Votamos no permitir oradores del H.D.P. en la universidad. ¡Usted votó con nosotros! Ya ha hablado demasiado.

—Apenas he comenzado —le desafió Jeff.

La sala se agitó con movimiento cuando, uno tras otro, los estudiantes se pusieron en pie.

—¿Qué hay del tumulto en Denver? —gritó alguien.

—¿Qué tumulto? —respondió Jeff—. No tengo noticias de ningún tumulto.

—¿Ni de ninguna de las diez personas que murieron en él? El H.D.P. lo hizo.

—¡Y los otros dos asesinados en Francia!

¿Acaso había perdido las noticias de una semana tan importantes como aquellas? ¿Tumultos? ¿Muerte? El Gran Impulso había comenzado y este discurso era algo más de lo que se imaginara. El humor furioso que había esperado de los estudiantes estaba allí, de acuerdo, pero había también más. La violencia ardía en ellos. Un odio irrazonable y un espoleo por la acción.

—Será mejor que se marche mientras pueda —dijo el primer muchacho—. Sin decir más palabras.

—¡No! —Sally Turner estaba en pie. En su rostro no aparecía odio, sólo un terrible temor—. El señor Munro jamás nos engañó. Si nos dice esto ahora, es porque lo cree.

Ella le defendía y ese hecho le dolió más que los gritos de los otros, porque aquí había una chica a la que podría ganarse. Aquí había una chica a la que podía traicionar con unas frases más y enviarla a Hicks para que se convirtiese en una ficha de su juego galáctico. Quería gritarla que se sentase y callase, que escuchase a sus amigos, pero no se atrevió. Rogers estaba vigilándole desde la fila trasera, tomando notas.

Continuó para que Rogers le oyera:

—El H.D.P. no quiere muertes. Quiere. ¡Vida! Ninguno de vosotros comprende...

El chico corpulento se abrió paso hasta el pasillo central. Otros se le unieron. Cory retrocedió apartándose de los estudiantes para colocarse junto a Jeff. Los muchachos bajaban por el pasillo, de dos en fondo, las mandíbulas apretadas, los ojos fijos.

—El H.D.P. está en marcha —cantaban, haciendo imposible que le escucharan a él—, ¡pero salvaremos al mundo! ¡El H.D.P. está en marcha, pero «salvaremos» al mundo!

—Es lo que cantan por todo el orbe —le gritó Cory—. ¡El prelude a la violencia! Márchate mientras puedas.

—El H.D.P. está en marcha —vino de todos los rincones de la sala—, pero «nosotros» salvaremos al mundo.

Era un cántico insensato, una débil pieza de protesta, sin embargo al sumarse las voces, creció hasta convertirse en un estrépito y luego una explosión de gritos, en cadencia, uno sobre otro. Alcanzó a Jeff en oleadas, poniéndole la carne de gallina.

—¡Jeff! —le gritó Cory—. Por todos los cielos, no te estés aquí y les dejes que te hagan pedazos.

No podía creer que fueran capaces de hacerlo. No aquellos estudiantes, no sus estudiantes. El cántico continuó, ganando combustible y los muchachos siguieron su marcha, mirándole por debajo de sus espesas cejas.

Y supo. Cory tenía razón. Incluso sus propios estudiantes podían lastimarle así. El H.D.P. se había hecho demasiado odioso. Ellos no tenían cabeza, no tenían sensatez.

Sally Turner giraba junto a su asiento, aterrorizada, mientras más estudiantes se unían a la sólida fila que bajaba por el pasillo. Vio cómo su boquita formaba la palabra «¡Huya!» mientras le miraba a los ojos.

Estaban casi sobre él y podía notar cómo se agitaba el aire con su cadencia, soplando contra su piel. Quiso correr, pero la humillación de la huida le congeló los pies.

Cory le arrancó del estrado.

—Si no quieres salvarte, piensa en mí. No voy a dejar que te quedes aquí.

Los estudiantes llegaron a nivel del piso.

—¡Jeff! —gritó de nuevo Cory.

—Está bien. Salgamos.

Cory se lanzó contra la puerta y la descerrajó. Jeff se pegó a sus talones. Su súbita escapada se repitió en los estudiantes y la cadencia se irrumpió mientras centenares de pies corrían tras ellos. Jeff se colocó en cabeza. Pasillo abajo hasta la puerta exterior, saliendo al aire libre y cruzando la acera, se vertieron sobre el

pavimento y alcanzaron al césped de nuevo al otro lado.

Jeff jadeó, tratando de dominar sus piernas para no dejar atrás a Cory. Doblaron por la esquina del edificio de la Facultad de Química y huyeron por su lado descubierto. Estaban sólo a mitad del camino del coche y el grupo de jóvenes atletas les comía el terreno. Jeff esperó que llovieran sobre ellos piedras, pero no arrojaron ninguna. La Biblioteca se alzaba junto a ellos y recorrieron toda su longitud.

Una sirena sonó en la calle, a la que se unieron inmediatamente otras dos y la policía universitaria se plantó ante ellos, dejándoles sitio para que pasaran, cerrando luego sus filas para enfrentarse a la turba que venía. El batir de pasos disminuyó, pero Jeff siguió corriendo. La caza había terminado. Sólo un anillo de voces llevado por la multitud mientras intercambiaban insultos con la policía. Pero ese sonido era bastante malo. Jeff lo apagó con el rugido del motor de su coche.

Cory estaba sentado en el sillón, mordisqueando un bocadillo de tocino y tomate, ojeando el periódico. Lo arrojó a un lado con un gruñido.

—Si prescindiesen de unos pocos anuncios, tendrían sitio para unas cuantas noticias.

Jeff miró de reojo al periódico caído, leyendo de arriba a abajo.

—Repetición de la venta nocturna... gran liquidación de restos de serie... Las tiendas abiertas hasta las once. Café gratis.

—¿Qué clase de comercio es ese? —preguntó a Cory, tratando de mantener una conversación para que acabase con el tenso silencio que permitía pensamientos indeseables.

—Ya lo hicieron el año pasado, ¿no te acuerdas? Tienen las tiendas abiertas hasta las once, creyendo que la gente comprará más porque es una hora poco corriente para estar en la parte baja de la ciudad. El año pasado resultó, así que quizás tengan razón.

—El próximo paso será mantenerse abiertas las veinticuatro horas al día —gruñó Jeff—, si ven que pueden ganar unos cuantos dólares extras más.

Cuando esta afirmación se acalló, otro sonido ocupó su lugar... el sonido de motores de coche, muchos; el chirriar de neumáticos y

luego un rumor, Jeff se adelantó hasta la ventana de la calle. El bordillo a ambos lados se veía cubierto de coches.

—¿Alguien da una fiesta aquí? —preguntó Cory.

—Nadie sale de los coches.

—No puedo ver muy bien. Saldré al porche.

No sabía por qué se molestaba acerca de eso, pero había algo raro en los coches esperando en silencio en mitad de la calle. Salió al porche. Los ocupantes de los coches que habían aparcado bajo las farolas le resultaron visibles. Gente joven. Probablemente estudiantes. Bajando hacia la derecha, bajo la siguiente farola, las figuras no eran jóvenes. Entonces era un grupo de personas mezcladas.

Se dio cuenta con un súbito escalofrío de que todos le miraban con fijeza. Retrocedió hacia la puerta. La calle y su salpicada oscuridad resultaban amenazadoras. Había un cartel pegado al parabrisas de un coche próximo y se esforzó por leer lo escrito. Mientras lo miraba, el rumor se rompió y un ruido bajo como el de la marea creciente salió de los coches. Se abrió una portezuela. Salieron un hombre y una mujer. El hombre se inclinó, echando hacia atrás el brazo y una piedra voló cerca del oído de Jeff, chocando contra la casa con un sonido sordo. El susurro volvió a adquirir caracteres de grito, de maullidos y alaridos y el nuevo temor le hizo descifrar lo escrito con el cartel.

—«¡H.D.P.!».

No eran estudiantes. Eran Oyentes y estaban sedientos de su sangre.

De un salto se colocó detrás de la puerta, cerrándola con rapidez y otra piedra dio en la persiana delante de su cara.

—¿Qué sucede? —Cory estaba a su lado.

—Son gentes de Rogers. Han venido a por mí.

—¿Pero por qué? Piensan que trabajas con ellos. ¿Por qué han venido a por ti?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —gritó Jeff. Yo no podía resistirse más—. ¿Y por qué no han de venir a por mí? ¡Todo el mundo lo hace! ¡Allá donde voy, con los que me encuentro... todos emprenden la caza como si yo fuese alguna especie de conejo con un cartel pegado que dijera: «¡Cázame, te divertirás!»! —cerró la puerta interior, gritando algo por encima del ruido—. ¡Hicks me

conoce, eso es todo! ¡Cada movimiento que haga, lo sabe él! ¡Estoy acabado!

—Te precipitas en tus conclusiones —Cory trató de calmarle.

—Sólo hay que saltar a una conclusión. Rogers sabía lo del FBI, pero me dejó seguir pensando que yo era libre lo bastante para que pronunciase ese maldito discurso y provocase el alboroto de la universidad. Ahora me tiene acorralado. No puedo volver a Wornegon. Mis grandes planes para destruir al H.D.P. se acabaron antes siquiera de que los comenzase.

Cory no tenía nada que decir.

El sonido del teléfono cortó el terrible momento entre los dos. Jeff descolgó furioso.

—¿Diga?

—Aquí Rogers —gritó una voz saliendo del auricular—. He estado esperando con ansia este momento, Munro. Le llamo para hablarle de su situación.

—No son necesarias explicaciones —respondió Jeff—. Lo veo por mí mismo —odió aquel tono satisfecho de la voz de Rogers, el desdén del gesto que sabía estaría adoptando aquel rostro huesudo.

—¿Cuándo vuelve usted a Wornegon? Queremos que regrese. Que regrese... o que muera.

—Entonces tendrá que ser muerto.

—Podría serlo —Rogers dejó que la amenaza se extendiese lentamente—. Union Town está llena de nuestra gente. En la calle tiene una muestra. Han venido a por usted, Munro. Han estado llegando desde su estúpida jugarreta con el FBI y ahora están preparados, dispuestos a todo. Va a morir, Munro.

Mientras Rogers hacía una pausa y Jeff buscaba una respuesta, se oyó un cántico procedente de la calle.

—Sal. Sal —sonó cada vez más fuerte—. Sal. Sal.

—¿De dónde consiguió usted todos esos verdugos? —preguntó Jeff.

—Los miembros del H.D.P. jamás dudan de las órdenes recibidas en una sesión de Escucha.

Los desconocidos le matarían si tenían oportunidad. Habían estado sentados en trance y garrapatearon un mensaje en sus libretas y ese mensaje les decía: «Matad a Jeffrey Munro», y querían matarle.

—Estaré cerca —dijo Rogers—. Si puedo, estaré a su lado cuando ocurra. La suya es una muerte que no quiero perderme.

Jeff colgó con violencia y se apoyó sobre la mesa. Esto era una pesadilla de la que nunca despertaría. Aquella pesadilla le sofocaría.

Aspiró profundamente, como si pudiese desafiar lo escrito en su rostro.

—No pueden quedarse ahí fuera y gritar. Alguien llamará a la policía —volvió a tomar el teléfono—. Yo llamaré a la policía.

Empezó a marcar el número, pero Cory le cogió la mano.

—No puedes esperar —la voz de Cory temblaba—. Esta casa es una trampa, Jeff. No puedes esperar a la policía. Mira por la ventana. Vienen por el césped. No tienes tiempo.

Por detrás de las blancas cortinas, Jeff apenas podía percibir el movimiento de cuerpos en su jardín. Rápidamente hizo un cálculo. Conseguir bastantes policías aquí para que le sirvieran de algún bien llevaría por lo menos cinco minutos... diez, probablemente. En ese espacio de tiempo ya estaría muerto.

—¿Qué quieres que haga, pues?

—¡Huir! Salir por la trasera y correr. Te daré una suficiente buena ventaja y yo llamaré a la policía. Ya te alcanzaremos.

—Pero, Cory, si salgo al descubierto seré un blanco más fácil —se daba cuenta de que hablaba con sensatez. Pero Cory no estuvo de acuerdo. Cory se plantó a su lado, pálido y tembloroso. Tenía que confiar en Cory, porque la cabeza de su amigo estaba clara. Cory no tenía ningún terror que circulase con su sangre—. Me verán marchar, ¿no? —preguntó Jeff—. Sabrán que me he ido y me seguirán.

—Yo me quedaré aquí —dijo Cory—. Me moveré para que vean que hay alguien todavía dentro. Se quedarán conmigo y tú podrás huir.

—No te permitiré que lo hagas. Actuarán antes de pensar. Te matarán y descubrirán que se han equivocado de hombre cuando sea demasiado tarde.

El batir de pies sobre madera hizo que Cory girase en redondo.

—¡Están en el porche! ¡Jeff... vete ahora!

No era correcto. Algo en su cerebro se rebelaba contra aquella huida en la oscuridad. ¿Acaso aquella gente irrumpiría en la casa tras él? Iba cantando: «Sal. Sal». Querían que apareciese al

descubierto. Si le mataban aquí dentro, sería un asesinato y les gustaba que tales cosas pareciesen accidentales.

—¡Jeff! —el grito de Cory rompió su cadena de pensamientos—. ¡Ahora! ¡Sal mientras puedas! ¡Por favor!

Jeff corrió a la cocina, ignorando la punzada de incertidumbre que parecía atravesarle mientras sus manos tocaban la puerta trasera. Su cerebro era un caos mientras que el de Cory quedaba claro. Tenía que fiarse del criterio de Cory.

Bajó saltando los escalones, alerta hacia la oscuridad, pero el ruido seguía viniendo de la parte delantera de la casa. Nadie se había aventurado a ir por detrás. Cruzó el césped, manteniéndose en las sombras. Cubrió de un salto la baja cerca de Benson, cruzó su patio estrecho y trepó por la verja que cerraba casa de los Hendrick. El cántico seguía tras él, pero nadie le perseguía. Disminuyó la marcha. Cruzando patio tras patio llegó al final de la manzana y tomó por el sendero más próximo.

Caminando sobre la grava de puntillas, bordeó la casa hasta la acera. Caminó todo lo de prisa que pudo sin echar a correr. Cuando alcanzó la esquina ya no pudo aguantar la indecisión más tiempo. Corriendo un riesgo, cruzó la calzada y echó a correr alejándose.

Necesitaba un punto de destino y el único que tenía era Sam Kirby. El despacho del FBI.

Cambió su rumbo, tomando una manzana a la derecha y otra a la izquierda. Kirby era su rayo guía. Kirby estaba preparando una guerra; tendría que permanecer trabajando hasta tarde.

Encontró la calle en donde estaba localizada la oficina. A la vista de su meta, se sacudió del pánico, utilizando sus últimas energías para luchar contra el miedo. El edificio estaba a oscuras, pero eso no lo acusó. En algún lugar, muy adentro, había una luz que significaba Kirby. Se acercó hasta la puerta tambaleándose. Estaba cerrada con llave.

Batió sobre ella, los golpes cortando la noche que era tan tranquila y parecía libre aquí de cánticos, despertando ecos dentro del vestíbulo. Alguien le oíría.

Pero nadie vino. Ni siquiera un vigilante nocturno recorrió los pasillos o descendió por las crujientes escaleras.

Era un estúpido. Había dejado que la presencia acechante de Rogers le descubriese demasiado pronto al salir del despacho de

Kirby, sin ningún plan determinado, ni siquiera el número de teléfono de su casa. Y todo fue por nada. Porque Rogers había sabido dónde había estado todo el rato. ¿Cómo? Quería gritar el cómo a la oscura calle. ¿Quién era el que le siguió los pasos, quién conocía sus pensamientos casi antes de tenerlos? Había dejado a Rogers burlado en el aparcamiento. ¿Quién esperó fuera para seguirle?

Volvió a bajar a la acera, y la noche y la oscuridad se cerraron en su torno, se puso rígido al notarlos. La oscuridad era para esconderse, pero aquella oscuridad especial constituía una trampa. Los Oyentes pululaban por Union Town, aguardando en las sombras, agazapados, sus músculos prestos para saltar. No tenía nada que hacer a solas en la oscuridad.

El cielo por encima de la ciudad estaba iluminado con un débil resplandor rosáceo. Los barrios bajos. Las ventas a última hora. Gente.

Volvió a correr, dando gracias a Dios por la codicia fuera de temporada de los comerciantes. Habría multitudes en los barrios comerciales, compradores, gente que había salido para un paseo desacostumbrado. Podría perderse entre esa gente. Los Oyentes nunca le atacarían teniendo testigos a su alrededor.

Cuando estaba sólo a una manzana de la calle principal disminuyó la marcha y luchó por recuperar el aliento. Las luces se hicieron más brillantes a cada paso que daba y las formas tranquilizadoras de las personas surgieron junto con las señales de tráfico: «Peatones... Alto».

Luego se vio entre ellos. Se colocó con ellos, hombro a hombro y su proximidad le arrojó con una sensación de seguridad. La luz se hizo verde y cruzó la calle con ellos. No le conocían, pero eran como una pantalla móvil y en alguna parte entre ellos seguramente habría un rostro que le conociese, una mano que le ayudara.

En el bordillo opuesto, la multitud se aclaró mientras la gente se dirigía a diversos almacenes y tiendas. Giró, tratando de elegir rumbo. ¿Habría llegado ya la policía en auxilio de Cory? Hasta que lo supiese, hasta que un policía se le acercase y le diese detalles, no se atrevía a fiarse siquiera de un uniforme. Como Tom Sullivan había dicho cuando le tocó el turno de correr, el H.D.P. podría estar

en cualquier parte.

Se volvió para empezar a regresar cruzando la calle y se quedó mirando fijamente a un rostro duro y mordiente. Los ojos del hombre eran pardos y el brillo en ellos odioso.

Jeff se apartó del bordillo y se abrió paso por entre la pequeña masa de gente. El hombre de los ojos pardos igual podía llevar un H.D.P. tatuado en su frente, porque en sus ojos aparecía una llama asesina, cara a cara con él, Jeff sintió pánico y se apresuró a marchar en otra dirección. Era demasiado vulnerable. Cory se había equivocado. Hubiera tenido más probabilidades quedándose dentro de su casa.

Corrió a lo largo de las fachadas de las tiendas, sabiendo, sin mirar atrás, que el hombre de los ojos pardos le seguía. ¿Y dónde estaban los otros? Union Town estaba llena de ellos. Rogers empleó bien el tiempo desde el momento de la traición de Jeff hasta el discurso para traer aquí a su ejército. Un ejército en marcha contra un solo hombre. Un fugitivo.

Otro rostro duro apareció ante él y Jeff se hizo a un lado. Quiso correr de nuevo por las calles laterales, para ganar la seguridad imaginaria de su propia casa, pero no se atrevió. Era demasiado tarde para aquella clase de fuga. Todo lo que le quedaba para defenderse era la presencia de desconocidos, la ligera esperanza de que los Oyentes no le atacasen en público. No podía estar solo. Ni por un momento. Porque un momento bastaba para encontrarse con la muerte.

X

Rebordeó hasta un grupo de gente que aguardaba ante un semáforo. Miró por encima del hombro. Dos rostros se enfrentaban al suyo, uno de varón y otro de una hembra dura, tosca, sin color en los labios. Se plantó en su sitio. Se cernerían sobre él por todas partes, pero ya no podía correr más. Tenía que conservar la serenidad. Se convertiría todo en una batalla de nervios. Si podía mantener a los compradores en número superior al de los del H.D.P., tendría alguna posibilidad.

La luz del semáforo se hizo verde y cruzó con la gente, luego eligió a una mujer y a una niña para seguir las. Fueron a unas cuantas tiendas calle abajo y entraron en un restaurante.

—¿Por qué no? —se preguntó a sí mismo. Estaba mortalmente cansado y sediento. Un restaurante, si estaba bastante concurrido, era un lugar bueno y seguro.

Se deslizó por entre las mesas ocupadas y encontró una sola en el centro. Rodeado por otras mesas, con gente sentada en todas ellas, se encontraba en medio de un apretado círculo de seguridad.

La camarera pasó por entre las filas de clientes y se plantó ante su mesa, libreta en mano.

—Sólo café, por favor —la dijo—. Y puede que un pedazo de pastel.

—Lo chocolate, de cerezas, de crema de plátanos...

—Cerezas —la interrumpió—. Y un vaso de agua, por favor.

Sacó sus cigarrillos, sin permitirse el lujo de mirar a su alrededor. Ya bastaba estar sentado y ser capaz de imaginarse que se encontraba a salvo.

Un vaso de agua apareció entre sí y se lo bebió antes de que la muchacha hubiese vuelto con el pastel y el café. El pastel era

demasiado dulce, pero se lo comió. Había tanta gente que quería matarle... gente que no conocía, que no había visto jamás, con la que posiblemente en otra situación podría haber simpatizado. ¿Pero habían salido a matarle? ¿Por tratar de salvar al mundo?

Y eso fue un ataque total. Esperaba que el equipo de hombres del FBI pudiera completar el trabajo en su nombre. Incluso más, esperaba que Rogers no los hubiera identificado. En caso contrario probablemente estarían muertos.

«El H.D.P. está en marcha», pensó, «y ahora nada puede detenerlo».

La gente de la mesa próxima se fue. Sus asientos de inmediato ocupados por la fila que esperaba en la puerta. Jeff se quedó mirando a su plato. Había visto cómo los nuevos clientes se sentaban muy cerca y que con una frialdad pétrea le miraban con fijeza.

Volvió de nuevo al pastel. Que le mirasen. No podían tocarle, la gente no solía morir con pastel de cerezas en la boca. Seguramente, incluso los fanáticos, verían la verdad de aquello.

La mujer y la niña a quienes siguiera se levantaron de su sitio, después de consumir el helado de chocolate. Sus lugares, también, se vieron llenos de inmediato. Ahora estaban a ambos lados suyos. Se tragó el café demasiado caliente, dejando que le quemase para aposentar el pánico que apenas le dejaba tragar. ¿Cuánto tiempo más se atrevería a estar sentado allí?

Puso sus ojos en una pareja joven. Estaban sólo interesados mutuamente y en la pila de paquetes que había acumulado por sus compras nocturnas. Mentalmente se ligó a ellos. Mientras permaneciese donde estaban, no se encontraría acorralado.

Pero las bolsas crujieron fuerte cuando el joven se las colocó bajo el brazo y la pareja inició la salida. Jeff se apresuró a levantarse, cogiendo su billetero y siguiendo tras ellos, buscando monedas sueltas en sus bolsillos mientras caminaba.

Arrojó el importe de su consumición en el mostrador. Aún había toda una fila esperando asiento y de cada tres rostros uno se fijaba en él con una dura amenaza. Precisamente antes de que llegase a la puerta, miró al reloj de encima. Casi las diez. Le quedaba algo más de una hora. La gente empezaría a abandonar las calles, los escaparates se apagarían.

Corrió por la acera, luego con un esfuerzo se obligó a caminar simplemente. Sin embargo, no estaba a solas aún; no había necesidad de que pensase con tanta anticipación. Le llegaría la ayuda... era preciso... mucho antes de que terminase el plazo mortal.

Dos figuras asomaron ante él y se corrió hacia la derecha, tratando de esquivarlas. Se convirtió aquello en uno de esos torpes bailoteos de acera en donde la gente por poco tropieza entre sí, luego excusas, rubores y sensación de estupidez. Empezó a excusarse y se dio cuenta de que la cosa no era tan sencilla. Los dos hombres que iban de derecha e izquierda con él eran del H.D.P. y le obligaban a entrar en una puerta que se abría a su lado... una puerta de madera, instalada en la fachada decorativa al estilo de una cabaña de un establecimiento abierto. Dentro se veía oscuridad y soledad. Se lanzó hacia la izquierda, alejándose de la abertura y esforzó sus piernas para distanciarles. Se metió de lado en una zapatería.

Se plantó ante el mostrador de carteras muy concurrido y miró hacia la caja, tratando de recuperar el control. Rogers se impacientaba y sus secuaces aparecían más agresivos. Tenía que vigilarse.

Una mano se posó en su hombro y él saltó, girando en redondo. Encontró un rostro que sonaba con familiaridad, pero en su miedo no pudo situarlo.

—Lamento haberte sobresaltado, viejo —dijo el rostro.

La familiaridad se convirtió en reconocimiento y Jeff emitió un enorme suspiro.

—¡Bill Heller! Bueno, por el amor de Dios. —Bill Heller era un amigo íntimo, bueno, un conocido íntimo, pero que aparecía como un súbito refugio.

Bill se apartaba un poco de él, como si estuviese dispuesto a intercambiar unas cuantas palabras y separarse.

—¿Cómo está Marsha?

—Estupenda. Ahí es donde voy ahora. Insistió en salir de compras, pero la joven que esperábamos para que cuidase a los niños vino tarde y hace una hora que debimos volver para relevarla.

Heller se apartó un paso y Jeff le cogió del brazo.

—Mira, Bill, yo me preguntaba... ¿no podrías llevarme en el

coche? ¿A casa? Yo... —Buscó una excusa inteligible—. He salido sin mi cartera y al no llevar dinero no pude tomar un taxi. ¿No podrías...?

—Lo siento, viejo, pero no puedo. Esta noche no. Como te dije, ya llegamos tarde —Heller se metió la mano en el bolsillo y sacó un monedero—. Mira, te prestaré lo del taxi. Ya me lo devolverás cuando sea. ¿De acuerdo? —Sacó tres dólares y lo extendió.

—Gracias —Jeff se embolillo el dinero—. Me siento un poco idiota...

Su amigo se marchó. La puerta de la tienda de zapatos se cerró tras él y Jeff se quedó a solas en el mostrador. Se apartó cuando la vendedora vino en su dirección.

En la calle mantuvo los ojos en la acera, ignorando la gente que sabía que le rodeaba.

—Sigue con la multitud —había pensado. Pero ahora la multitud era toda del H.D.P.

Caminaban por las calles como si tuviesen asuntos allí; en grupos de dos y tres, o solos y para cualquier transeúnte parecían inocentes. Pero para Jeff eran todo lo contrario. Conocía sus secretos y las profundidades de sus ojos. Pasaban por delante de las tiendas, alternadamente iluminadas rojas o verdes por los letreros luminosos y él iba con ellos, los cazadores y el cazado juntos, calibrando sus posibilidades, estudiándose mutuamente. Pero su soledad estaba acentuada a cada minuto que transcurría, porque el número de ellos crecía mientras él permanecía increíblemente solo.

Estoy haciéndome tan conspicuo como el infierno —se maldijo para sí mismo—. ¿Por qué la policía no puede encontrarme? Los Oyentes me encontraron. Seguramente...

Era ridículo, una caza a la descubierta y él deseaba abandonar, terminarla, pero no había oportunidad. Acababa de perder su más ligerísima posibilidad. ¿Cómo saldría? Un brazo tirándole de él y metiéndole en un callejón secundario, quizás, y el rápido dentello de un cuchillo; o desde lo alto de una escalera mecánica, empujándole hasta su muerte; o algún golpe brutal en cualquier rincón lóbrego y vacío. El método no era importante, sólo el resultado y no le abordarían al descubierta buscando tal resultado.

Casi tropieza con tres de ellos y el más corpulento le cogió del brazo con fuerza, diciendo con profunda inocencia, cubierta por un

tono jabonoso y maligno.

—¿Por qué no viene con nosotros a tomar café?

Café, agitado con la muerte. ¿En qué restaurante? Jeff se libertó el brazo de aquella mano potente y siniestra.

—¡Munro! —susurró en su oído y él aumentó los pasos para distanciarles, seguro de que no se darían prisa para alcanzarle y hacerse sospechosos entre los compradores.

Se plantó ante la luz de un semáforo y el policía de tráfico le hizo un gesto para que retrocediese. Cuando apareció el verde, Jeff marchó directo hacia el agente. No podía pedir ayuda y que se le llevase un coche policial. Eso podría ser una trampa demasiado fácil.

Trató de probar un nuevo sistema. Puesto que tenía que permanecer en la calle principal por si acaso Cory le buscaba, entró y salió de las tiendas. De cada tienda. De cada puerta. Entraba, recorría los pasillos atestados de compradores, daba media vuelta y volvía a salir. En cualquier punto, encontraría su posibilidad de quedar libre. En cualquier puerta lateral, podría hallar la calle exterior desprovista de rostros amenazadores.

Pero eso no ocurrió nunca.

Entró en los mayores almacenes de la ciudad. El establecimiento estaba atestado con multitudes que caminaban despacio. Se deslizó por entre ellas. Marchó hasta la parte trasera de la tienda y luego hasta la delantera otra vez, buscando atraer la atención del vigilante del piso y hasta que sus pies le quemaron y le dolieron con un sufrimiento que le subía por las piernas, repitió el movimiento. El miedo le agotaba. Si había llegado el momento de correr, estaba seguro de que no tendría fuerzas para ello.

Y por todos los pasillos, comprando cosas innecesarias, se veían los cuerpos rígidos y amenazadores de los Oyentes. El reloj daba su última vuelta antes de que cerrasen las tiendas y ellos le estaban esperando también fuera.

Marchó hasta la parte posterior una vez mas, a una zona lejos de un lado del mostrador del servicio en donde había visto un teléfono público dentro de una cabina. Necesitaba ayuda... «ahora...» y la necesidad le perforaba los pulmones. Cerró la puerta tras de sí. Alguien se había llevado el listín. La cadena vacía junto al teléfono. Y no conocía el número de Kirby.

Dejó caer una moneda en la ranura, esperó a que sonase el tono y luego marcó el número de su propia casa. Rezó porque Cory aún estuviese allí.

El timbre llamó tres veces.

—¿Hola?

Era la voz de Cory y Jeff por poco se desploma en la cabina dado el inmenso alivio que experimentó.

—Cory —jadeó—. ¿Has conseguido...?

—¿Dónde diablos estas? —le interrumpió Cory—. Hemos estado buscándote por todas partes.

—Tienes que hacer una llamada en mi nombre. Busca el número de Sam Kirby, Cory, y dile lo que pasa. ¿Quieres?

—Pero, Jeff, ¿dónde estás?

—Dile a Kirby que me encuentre en los almacenes Arn's.

Trataré de permanecer aquí. Yo... —se interrumpió cuando sus ojos enfocaron al exterior de la cabina. Bajando por el pasillo hacia él, de dos en dos, estaban los hombres corpulentos. Venían de prisa, el propósito y la decisión se trascendían en la crispación de sus manos —. ¡Cory! ¿Por qué no me has enviado ayuda? —Casi sollozó las palabras.

—Ya te dije que no podíamos encontrarte, Jeff.

—¡No puedo quedarme aquí! —gritó Jeff por el teléfono—. Ya vienen. Llama a Kirby. Por favor, Cory. «¡Consígueme ayuda!».

Colgó violentamente el receptor y salió de la cabina. Tuvo que ir derecho hacia ellos. Detrás de él había una pared. Salió por el pasillo hacia la izquierda, pero también venían por allí, en su dirección, de dos en dos y con los labios conformaban una palabra inconfundible.

—¡Munro!

Le temblaron las rodillas de debilidad mientras se hizo más hacia la izquierda. ¡No podían estar en todas partes! No podían bloquear todos los pasillos.

Encontró uno en donde las dos personas que venían en su dirección no parecían tan amenazadoras. Una mujer y una niña. Se marchó por aquel pasillo y cuando se acercó a la criatura, vio manchas de chocolate en torno a sus labios. Las mismas dos personas del restaurante. Dijo con rapidez:

—Perdonen —y pasó entre ellas. Cuando se volvió para identificar las pisadas que le seguían, vio que la mujer marchaba tras él. La criatura iba arrastrada por un brazo extendido y su madre caminaba con pasos decididos.

Corrió. Pasillo arriba, cruzó otro, un tercero, hasta que llegó a las escaleras metálicas. Subió rápidamente, empujando con brusquedad a dos mujeres por delante. Oyó sus insultantes comentarios a su espalda y se alegró. Por lo menos no iban tras él.

Había un espacio como de diez escalones entre su persona y la siguiente en la escalera automática. Cuando aquella mujer bajó, amplios hombros ocuparon su lugar. Se agarró con fuerza a la barandilla movable, para ocultar lo más que pudiera el temblor de su mano. Estaban esperándole en lo alto, aguardando para empujarle y que cayera.

Mientras el escalón en que estaba se acercaba a la cumbre en donde se hundiría en el suelo, braceó, y saltó y empujó con fuerza al hombre que le bloqueaba el paso. Notó el tirón de una mano, pero se libertó con una contorsión. Estaba en el piso destinado a confección de señoras y tuvo que trotar a medias para esconderse tras las filas de vestidos.

—¿En qué puedo servirle, señor? —Una vendedora apareció junto a él.

—En nada —no podía mantener un tren de pensamientos bastante rato como para inventar una excusa—. No... espero a alguien.

—Es casi hora de cerrar —dijo ella. Estaba cansada y ansiosa porque la gente se marchase, pero no podía darse cuenta de lo mucho que le hería con su débil cólera.

Casi hora de cerrar.

Abandonó el departamento de vestidos y fue a los ascensores. Notaba pisadas en la alfombra, acompasadas con las suyas. ¿Por qué no se acercaba nadie y le hacía preguntas? ¿Cómo podría escapar de esto? Pero la gente suele permanecer al margen de los apuros de un desconocido. La gente deja que a un desconocido le asesinen delante de sus ojos.

La puerta del ascensor se abrió y empezó a entrar, no pudo. La gente se agolpó tras él, le hizo perder el equilibrio al pararse bruscamente. No se atrevía a encerrarse dentro del ascensor. No

podía saber si los que le acompañaban serían compradores o aquellos fanáticos que querían matarle.

—¡Por favor! —exclamó una voz de mujer y un codo se clavó en sus riñones—. ¿Va usted a entrar?

Se hizo a un lado, viendo cómo la gente entraba en el recinto, se cerraba la puerta y la luz indicaba que el ascensor descendía. Se apartó a ciegas, dejando que sus pies le condujeran demasiado cansado para ordenar un rumbo.

Ya no le quedaba ningún sitio donde ir. Seguían tras él, los veía por delante, esperándole en lo alto y al pie de las escaleras mecánicas, de los ascensores... y la gente se marchaba ya de la tienda. Los compradores se quejaban de cansancio y los pasillos se veían menos y menos concurridos.

Tuvo que volver a la planta principal. Cuando llegase Kirby, era preciso que le encontrase con rapidez. No podía intentar las escaleras. Estarían demasiado desiertas. Y el ascensor contenía ya en si un cierto terror. Volvió a las escaleras mecánicas. Bajó y bajó, y el viaje era demasiado rápido porque sabía que estarían esperándole al final. Llegó al fin y se encontró en la corriente principal de gente. Quizás le habían salvado la vida, pero no por bien, no para siempre, sino para prolongar mucho más aquel infierno.

Había una escalera central que conducía a los sótanos en donde se despachaban las gangas y liquidaciones. La bajó. Los sótanos nunca se vaciaban de gente tan rápidamente como los departamentos más caros.

Caminó sin rumbo por los pasillos, el cansancio gritando desde su cuerpo. Pasó la sección de ropas para hombres y el punzante olor a cuero y cera le indicó que se encontraba en la zapatería. Cruzó los artículos domésticos, sus manos rozando un montón de colchas que se liquidaban y una pila enorme de alfombras de baño.

Y entonces el camino ante él quedó claro. Todo lo que veía era vacío. No había gente, pero tampoco Oyentes. Marchó hacia allí, irguiéndose mediante el recurso de apoyar los puños en los mostradores por los que pasaba. Tres pasos hacia la derecha y cuatro hacia delante y se encontró solo en una estancia pequeña, el vestíbulo diminuto y vacío que separaba la tienda de los almacenes. Delante de él estaba oscuro.

Sonó una campana... ting, ting... ting, ting. Hora de cerrar. Delante, la oscuridad y hora de cerrar.

Miró aterrorizado hacia la oscuridad y sintió que no podía dominarse. Estaba cansado en exceso. Se encontraba solo. ¿Por qué no venían? ¿Dónde estaban? Se apoyó contra la pared girando la cabeza de lado a lado. Las lágrimas se vertían de sus ojos, pero no se avergonzaba de ellas. No podía avergonzarse de la derrota cuando había tratado con tanto ahínco de vencer.

Oyó un rumor a su lado, detrás. Una mano se crispó en el hombro; con sus últimas energías giró para enfrentarse a su atacante.

—Soy yo —dijo Cory—. ¿Jeff?

Cory estaba plantado allí, alto, rubio y ansioso, y Jeff dejó que las lágrimas manaran por sus ojos, derrumbándose contra su amigo en una masa desvalida de exhaustión y alivio.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Jeff, y su voz fue un áspero gruñido.

—Pues claro. Déjame que te ayude —Cory le pasó el brazo por debajo del hombro y luego le condujo, sosteniéndole, directamente hacia la oscuridad— parece que acabas de sufrir infernalmente —murmuró Cory—. Tranquilízate ahora. Déjame que te saque.

Jeff no contestó. Su alivio era demasiado profundo para expresarlo en palabras. Simplemente se apoyó en el brazo de Cory y siguió a su amigo.

La oscuridad se cerró en torno a ellos pero estaban milagrosamente solos. Nadie les seguía ni nadie se alzaba ante sus personas. Se encontraban en el almacén y las estanterías repletas de cajas, el olor de papel de envolver y de goma lo llenaba todo.

—Sujétate —susurró Cory—. No queda mucho ya.

Cory no podía conocer el peligro. Pero Jeff no se lo dijo. Su amigo parecía haberse hecho cargo por completo del mando y hasta ahora, incluso en la habitación a oscuras, no había pasado nada. Depositó sus temores en la persona de Cory y le cedió toda la responsabilidad.

Llegaron a la puerta y Cory abrió. No había nadie al otro lado. Empleando la mayor parte de su fuerza, Cory le ayudó a subir un tramo de escaleras, luego giraron hacia la izquierda y empujaron otra puerta.

El aire fresco acarició el rostro de Jeff, que lo respiró a pleno pulmón. Estaban plantados en un callejón, un muelle de carga a un lado.

—¿Lo lograremos? —preguntó Jeff con suavidad.

—Lo lograremos. Ya no queda mucho.

—Nunca te lo agradeceré lo bastante.

—No hace falta, Jeff.

—Pero tú viniste... tú mismo... corriste el riesgo.

—Tuve que venir en persona. No se podía hacer otra cosa.

Recorrieron el callejón, sus pisadas sonando altas en el cemento. Una puerta de salida se abría delante, pero a Jeff no le importó en absoluto. Cory estaba bendito con suerte y seguridad. Cory le había libertado.

La puerta quedaba sobre un escalón y Jeff lo subió. Reprimió el aliento, hundiendo los dedos en la carne del brazo de Cory. Cuatro hombres estaban allí. Cuatro. Uno de ellos era Rogers.

—¡Corre, Cory! —gritó la garganta de Jeff y se soltó de su amigo, tambaleándose mientras recuperaba sus últimas energías para permitir la huida de su compañero.

Pero Cory no le soltó. Los brazos de Cory le rodeaban, sujetándole. Cory era fuerte, fuerte. Entonces Jeff se vio empujado lateralmente a un pequeño cuartito. Las manos de Cory dejaron su cuerpo y las de Rogers ocuparon su sitio. Los hombres restantes también le cogieron y se vio inmovilizado.

—Está bien, Rogers —dijo Cory—. Ya se lo he traído, que nadie olvide quien lo hizo. ¡Ninguno de ustedes, con sus astutas maniobras, logró capturarle!

La visión de Jeff se turbó mientras tenía los ojos fijos en su amigo, sus oídos negándose a registrar las palabras, negándose a creer. Cory le devolvió la mirada, sin remordimientos, sin sentimiento de ninguna clase. Su única expresión era satisfactoria y había un brillo nuevo y helado en sus ojos.

—Nadie lo olvidará —contestó Rogers a Cory—. Hicks juega limpio.

La oscuridad se cerraba, marchando con silenciosa velocidad y Jeff ya no tuvo fuerzas para luchar. Se le dobló la cabeza en el cuello y la dejó caer, llevando su campo de visión al cemento, lejos del rostro terrible de la traición, lejos de Cory.

Manos rudas le sacaron por el umbral y se dejó conducir. Ya no había lucha que luchar.

XI

Hicks estaba esperando en la comodidad de su despacho interior cuando Cory y Rogers hicieron entrar a Jeff. Habían volado prácticamente desde Union Town a Wornegon, pero aun así el viaje consumió tiempo y el alba estaba dispuesta a robar al cielo la oscuridad de aquella noche terrible, llena de peligros.

Las manos finas de Rogers obligaron a Jeff a que se derrumbase en un sillón.

—Aquí está, señor Hicks. Es todo suyo.

—Sí, sí —dijo Hicks. No había nada de alegría en su rostro. En su lugar una rara sensación de desencanto—. Munro, nos hizo pasar muy malos momentos. Y en exceso malos, porque no sirvieron de nada. Excepto, claro, para que usted probase mi punto de vista. Esas mal llamadas cuestiones éticas e ideales por los que los hombres se aprestan a morir carecen de valor y se debilitan. Lo único que importa es el poder.

—Para usted —repuso Jeff—. Mi único error fue la confianza. Yo estaba alerta con respecto a Rogers, pero me fiaba de Cory. Y él era la víbora que se albergaba en mi propia casa.

Cory, sentado cerca, cruzó sus piernas.

—Eso es lo que yo quería decir —dijo Hicks—. Confianza. Esa palabra queda confinada a muchas personas que creen que son nobles: fíate de la humanidad, fíate de Dios. Mire lo que la palabra le hizo a usted.

—Sólo porque estaba mal situada —dijo Jeff.

—¿Entonces por qué también casi arruina a Cory? —preguntó Hicks—. Cayó en la misma trampa. Se fió lo bastante de usted para asegurarnos que se hallaba a nuestro nivel. Lo bastante para creer lo que usted le dijo de que entraba con nosotros. Y nos fiamos de su

criterio.

—No debieron haberlo hecho. Cory nunca me conoció. Siempre pensaba que yo buscaba el medro por mí mismo. Me alegro también de que así se lo contara a ustedes.

—Hizo algo más que eso —Hicks plegó sus gruesas manos—. Lo traje a usted.

—¿Por qué? —preguntó Jeff—. ¿Por qué no dejó usted que su gente me hiciera pedazos y que se quedaba satisfecho con eso?

—Porque tenemos otros planes para usted —contestó Rogers.

—Es usted muy loco, Munro —apuntó Hicks—. Entregó mucho en lo que le pareció ser una caballerosa pelea por salvar a la humanidad de manos extrañas. La Tierra nunca caerá en manos extrañas. Los hombres han sido únicamente hechos para regir a los de su propia especie. Una vez las cosas hayan ido a nuestra manera y tengamos bastante dinero y una espacionave, nos lanzaremos a una cruzada propia. Iremos al planeta de los Amos y lo ocuparemos. Los Amos serán los esclavos, no nosotros. ¡Los hombres y mujeres del H.D.P. saldrán a la conquista del universo!

Hicks parecía radiante, brillando con una anticipación interna que transcendía incluso a su gordura. ¡Poder! Hicks podía sentirlo y verlo en sus manos, y su grueso cuerpo se estremecía con la visión.

—¿Entonces usted planea traicionar a los extraños también como a los terrestres? —Jeff sacudió la cabeza ante la falta de la base de todo aquello.

—No es una traición —Cory se inclinó hacia Jeff, ansioso de explicarse—. Eso les devuelve a los hombres lo que les corresponde por derecho de nacimiento. Hay que ser fiel a sí mismo. Muy dentro de uno hay una chispa que ansía el mundo, una chispa que se fomentó en uno para gobernar a los hombres. Yo la tengo. La noto en mí. El poder lo es todo. No hay nada más grande en un hombre que ganar poder. Pregúnteselo a quien lo tenga. Pregúntaselo a cualquiera de la vida pública e inquires por qué se metió en ella. ¿Para ayudar a sus partidarios? ¡No! ¡Para dirigirlos, para tenerlos en las manos, para gobernarlos!

Cory estaba cambiado. Se puso en pie y parecía más alto que antes y su rostro tranquilo era una máscara de determinación. Este era un aspecto suyo que Jeff había atisbado y no con frecuencia. Ahora ya no era un simple aspecto, era todo el hombre.

—¿Y por eso me traicionaste? —le acusó Jeff.

—Yo no he traicionado a nadie. Yo sólo hice lo que tenía que hacer para prosperar y avanzar en lo que creo. Nací para ser gobernante de hombres. El H.D.P. me ofrece «mundos» que dirigir, planetas que conquistar, la satisfacción de todas las ambiciones que siempre tuve. Tú pudiste compartirlas, pero tal y como están las cosas, lo único que me quedaba hacer era salvarte la vida. Querían matarte. Intercedí. Después de que te fueras de casa, llamé por teléfono a Hicks y le hice acceder a capturarte vivo.

—Gracias, pero no valía la pena —exclamó Jeff—. ¡Amigo!

—Más importante —dijo Rogers—. Cory era amigo del H.D.P. Usted me perdió en el aparcamiento, pero yo llamé a Cory y por eso le esperaba cuando volvió a casa. Le contó a él toda la historia entera del FBI.

—No tenía que habérselo dicho —repuso Jeff—. Sé todo acerca de su traición. El día en que estaban esperándome en las cercas, incluso eso fue culpa suya. Se lo conté todo. Pero no por eso hice el estúpido. Toda la cuestión se refleja en él.

—Debía abandonar todos sus intentos de avergonzar a Cory —dijo Hicks—, porque Cory no le responde. Sabe de lo que se trata. Le trajo hasta nosotros y también trajo a su equipo de hombres del FBI. Los tenemos bajo control. Mason y Terry creo que se llaman. También se les ajustó las cuentas. Kirby, y a todos a quienes informó, son fáciles de manejar. Su lucha pasó antes de empezar y si yo fuese usted, comprendería perfectamente ese punto.

La atmósfera había cambiado. Hicks ya no iba a aceptar cualquier cosa que dijese con un encogimiento de hombros. La abertura se había cerrado y era simplemente un prisionero. Pero el pensamiento no le impresionó porque había captado algo en el largo discurso de Hicks que revivió sus esperanzas. Hicks había dicho: «Terry y Mason... el equipo de hombres del FBI». No había mencionado a Jones. Jeff rió para sí. Después de todo, Cory había cometido un error. Un equipo de hombres del FBI, había dicho Jeff, así que Cory se precipitó a la conclusión de dos, un equipo compuesto por «dos». Ahora recordaba la sonora afirmación de Cory sobre buscar ayuda con la destrucción del H.D.P., que cuatro hombres serían mejor que tres. En realidad habían sido cinco. Jones seguía libre. En algún lugar, Jones le esperaba. Lo mismo que Kirby,

porque Cory no sabía tampoco aquella parte del plan.

—Falta poco para amanecer —dijo Rogers.

—Lo sé —respondió Hicks—. Tenemos que seguir con esto, Munro, porque usted tiene una cita al alba.

Jeff alzó la vista con viveza.

—Tiene motivos para mostrarse aprensivo —aclaró Hicks—. Ha perdido mucho. Ha renunciado a un mundo de poder por un mundo de esclavitud. Como dijo Cory, intercedió por usted para que no le matásemos y su intervención fue bien aceptada. Aún puede ser recluta nuestro.

¿Acaso eran lo suficientemente estúpidos como para volverle a ofrecer el trato original?

—¿No irán a pedirme...?

—¡No! —contestó Hicks—. No le pido nada. Estoy previendo lo que va a ocurrirle. Se le ahorró una iniciación normal porque creíamos que estaba con nosotros. Ahora la tendrá. Y más.

—¿Es que hay alguna otra cosa además de ese foco en la oscuridad?

—Mucho más. Normalmente cuando un iniciado entra en el cubículo o cabina de meditación, empieza su camino en las filas de los Oyentes. Se suelta un gas en esas cabinas... un gas dulce y perfumado que le anestesia. Cuando el iniciado está dormido, entran los Tobys, lo colocan en una mesa y realizan una simple operación... cuestión de implantar un diminuto receptor en las sienes, cerca de los oídos. La señal parece un simple granito y finalmente se borra con el tiempo. Desde ese momento, el iniciado está sintonizado con los Amos, recibiendo transmisiones de las máquinas de los sótanos, recibiendo instrucciones en las sesiones de Escucha matutinas. Esas máquinas son capaces de emitir miles de mensajes distintos a la vez.

—Entonces sus fanáticos «son» simples marionetas —estalló Jeff.

—No, en absoluto. Mientras obedezcan las órdenes... y todos lo hacen... siguen siendo sus propios dueños. Sin embargo, los Amos son capaces de más. Yo mismo no comprendo todo su poder pero pueden mandar a esas gentes en oleadas, como lo hicieron en Union Town. Son capaces de utilizar a esa gente como ejércitos de marionetas. Mason y Terry ya han sufrido la iniciación a la fuerza y si les dejamos ir, volverán al FBI con un informe limpio del H.D.P.,

al igual que hicieron sus predecesores.

—¿Y eso es lo que me preparan?

—No. Para usted sería inútil. Usted no obedecería. Hay otro método, un método de control permanente, en donde el hombre implantado sinceramente se convierte en una marioneta, como usted tan certeramente indicó. Eso es lo que le preparamos. Los Amos tienen un sistema de controlar a un hombre, de romper su voluntad hasta que quiere hacer cualquier cosa que el receptor le ordene que haga. Sólo se ha intentado una vez antes y el hombre implantado murió. Sin embargo, vale la pena correr el riesgo en su caso porque podemos utilizarle muy bien.

Jeff salió disparado de su sillón, dispuesto a correr de nuevo. Pero Rogers y Cory le cogieron y se vio inmovilizado, hasta que sólo le quedó un temblor y eso de manera involuntaria. Miró con fijeza a los ojos de Cory.

—¡«Tú» planeaste esto para mí! ¡Tú!

—Es mejor que morir —contestó Cory—. Puedes seguir siendo útil.

—¿Útil para quién? No para mí mismo.

—Renunciaste a tu oportunidad cuando nos traicionaste — Rogers sonrió con su diabólico gesto peculiar.

Estaba sólo en una habitación llena de monstruos. Más solo que estuvo cuando corría por las calles, porque entonces había creído que poseía un amigo. El terror de verse convertido en una marioneta le quebró de pronto y le hizo gritar casi contra su voluntad:

—«¡Cory, por favor! ¡Por Dios, ayúdame! ¡No puedes...!».

—Siéntate, Jeff —el tono de Cory era bajo. No había en él ninguna compasión—. Sólo te cansarás.

Una terrible vergüenza se extendió a través de Jeff y dejó que Cory le obligase a ocupar su asiento. Había gritado una súplica desesperada y a causa de que esta súplica fue rechazada, había hecho el ridículo, cosa que siempre temiera.

Hicks dijo:

—Le queremos con nosotros, para que derrote con nosotros a los seres extraños. Pero usted no sacará nada. Lo siento, Munro.

Jeff no le miró. ¿Por qué la única simpatía venía de Hicks? Podía notar a Cory a su lado, notar la cálida radiación del cuerpo de

su amigo y la respiración saliendo de los pulmones de Cory, pero Hicks era el único que sentía algo en su favor.

—¿Cuándo? —preguntó Jeff.

—En seguida —contestó Rogers—. Los Tobys te están esperando. ¿Nos lo llevamos, señor Hicks?

—Llévenselo —contestó Hicks, luego se dio la vuelta para mirar por la ventana.

Las manos de Rogers bajaron sobre el brazo de Jeff y éste se estremeció. Ni siquiera se volvió a mirar a Cory.

La habitación era fría y medía cuatro metros por cuatro, de un blanco estéril. En el centro había una mesa metálica, con otra más pequeña a su lado, cargada de instrumental médico y un pedacito de metal brillante colocado en una almohadilla de algodón en rama. El receptor. El invasor minúsculo de su cuerpo que sería todo él dentro de poquísimo tiempo, la voz que reemplazaría a su conciencia y a su voluntad. Sabía que la voz iba a ser diminuta, pero que bastaría para cumplir su aniquilante cometido.

Cierto número de hombrecillos aguardaban cerca de la mesa. Vestían en blanco y Jeff se preguntó si alguno de ellos sería Toby, el original Toby.

—Dejad paso —ordenó Rogers a los hombrecillos.

Los Tobys abrieron un sendero y Rogers condujo a Jeff por él. La mesa quedó en contacto con sus muslos y Rogers le ordenó:

—Túmbate. Y no te resistas. Puede que estos enanos sean infernalmente estúpidos, pero son fuertes.

Un alzarse automático de pesadas y morenas cabecitas respaldó las palabras de Rogers. Los múltiples ojos chocolate se posaron en él con una cólera silenciosa, pero nadie dijo nada.

—¿Tenéis el receptor adecuado? —preguntó Cory a los Tobys.

—Nosotros no cometemos errores —protestó uno de ellos.

—Hicks les entregó personalmente el receptor —informó Rogers—. No queremos correr riesgos. Mientras se les dirija paso a paso y luego se revise su tarea por triplicado, harán lo que se les ha dicho.

El abierto desdén de Rogers hacia los hombrecillos resultaba insultante y encrespó a Jeff. Los Tobys estaban a punto de destruirle, pero seguía sintiendo compasión por ellos. Estúpidos o

no, sus ojos chocolate revelaban que eran sensibles a los insultos.

—Hacedlo rápido —les indicó Cory—. Queremos que esté listo dentro de una hora para la primera recepción.

—Pero —el jefe evidente de los hombrecillos balbuceó—, no lo entiendo. Cuando este hombre vino aquí por primera vez, se nos ordenó que no lo tocáramos. Es uno de los especiales.

—No es preciso que comprendas —le repuso Cory—. Limitate a hacer lo que manda Hicks.

—Pero esa clase de receptor es peligroso. Lo utilicé antes una vez y el hombre murió. ¿No se da cuenta de eso?

—La operación en nada se diferencia de las otras —dijo Rogers.

—Pero el receptor sí. Es de mayor alcance, recibe un rayo de potente caudal. Los Amos me lo dijeron en persona.

—Mira, enano... —Rogers enseñó los dientes en su impaciencia —, todo lo que tienes que hacer es efectuar la operación. No se te ha pedido que pienses. ¡A la tarea! —Rogers vertió ahora su cólera sobre Jeff—. Te dije que te tumbaras en la mesa. Quiero dejar arregladas las cosas antes de salir de aquí. No me puedo fiar de que estos enanos asquerosos hagan las cosas bien por sí solos...

Los ojos chocolate estaban ahora clavados en Jeff, que tuvo que levantarse hasta el borde de la mesa. Estaba fría.

—Acuéstate —ordenó Cory.

No le quedaba otra cosa que hacer, no había modo de luchar, ni siquiera un camino por el que huir. Jeff se tendió cuan largo era sobre el frío metal y cerró los ojos. No quería ver nada más. Aquellos hombrecillos harían algo terrible, pero era contra la voluntad de ellos el realizarlo. Los hombres que les obligaban, abandonaban ahora la estancia.

La puerta se cerró con fuerza tras Cory y Rogers, y el alto sonar de sus pisadas fue reemplazado por el ritmo más rápido de las de los Tobys. Jeff yacía esperando, esperando... el primer contacto de una máscara sobre su nariz, la primera prisión de las ligaduras de sus muñecas, pero el mundo oscuro dentro de sus párpados no quería permanecer quieto. Giraba locamente, incluso sin visión, y su estómago se le removía, vertiendo a su boca un torrente de ácido. Tuvo que tomarlo con energía. No había otra cosa que hacer, así que tendría que soportarlo con valor.

—¿Seré realmente una marioneta? —susurró en la oscuridad.

—Ya no volverá a ser un hombre verdadero —la voz de un Toby dijo junto a su oído—. No podemos comprender por qué se hacen ustedes esto mutuamente.

—Yo tampoco comprendo por qué lo realizáis vosotros —Jeff abrió los ojos.

El rostro oscuro casi tocaba su cara por encima del borde de la mesa, y ésta en si comenzaba a bajar, llegando a una altura en la que los hombrecillos pudiesen trabajar.

—No nos queda más remedio —dijo el Toby—. Debemos tener nuestro destino. Esto es lo que nos cuesta conseguirlo y por tanto es preciso que obedezcamos.

No había esperanza de derrumbar aquella simple afirmación.

—Cálmate ahora —dijo el Toby—. No sentirá nada.

Una máscara estaba descendiendo. Tocó su piel y había en ella cierto olor, un perfume dulce que producía un sentido de irrealidad. Bajó más, sobre su dócil y expectante rostro, posándose sobre su nariz y boca.

Alzó los brazos y se la arrancó, saltando de la mesa y cayendo al calcular mal la altura, de modo que el choque en el suelo fue demasiado duro. Se puso en pie y se lanzó contra la puerta. Estaba cerrada con llave.

Dando la espalda al panel, agitó los brazos. Los Tobys venían, todos, bajitos y fuertes.

—Cálmese —dijo uno de ellos—. Es inútil todo esto.

Se lanzó en medio de ellos, golpeando con brazos y piernas y los hombrecillos se derrumbaron como fichas de dominó. Giró furioso entre todos, volviendo a derribarles y con gritos salidos de su garganta mientras sus manos trababan contacto con las pieles oscuras. Mataría. Sería mejor que todos en conjunto. No era ninguna marioneta ni lo sería jamás.

Sus piernas no podían moverse y perdió el equilibrio antes de caer sobre ellos. Con la visión un poco más clara tras aquel momento de locura, vio lo que había pasado. Desde sus posturas derrumbadas en el suelo, se habían cogido a sus piernas. Tres a cada una, sujetando con fuerza de modo que no pudo andar, ni patear, ni correr.

Más le saltaron encima y agitó los brazos, apartándolos, pero el movimiento le hizo perder de nuevo el equilibrio y luego el suelo

subió para encontrarse con él mientras caía, los pies aún cementados por la fuerza de aquellos potentes y cortos brazos. Chocó con el piso duramente, logrando apenas proteger su rostro y ellos le inundaron y le superaron y le rodearon, dominando sus últimos esfuerzos por la fuerza del número.

—Entrégate —le gritaron en el oído—. No queremos hacerte daño.

Sus esfuerzos se vieron inmovilizados en su principio. No podía moverse en absoluto. Renunció, desmadejándose bajo el peso de ellos, azotándolos únicamente con unos cuantos débiles sollozos que se abrieron paso contra su voluntad, pero que no llegaron a adquirir verdadero ser.

—¿Te estarás calmado ahora? —le preguntó el Toby—. Si dices que sí, nos fiaremos de ti. De otro modo, operaremos aquí en el suelo. Sería mejor si te instalases en la mesa.

Asintió con la cabeza lo mejor que pudo, notando que incluso aquella parte de sí mismo quedaba constreñida por las manos que le cogían del pelo. Luego esas manos desaparecieron y entre todos le ayudaron a ponerse en pie.

Les miró, dándose cuenta de que tenía el rostro cubierto de lágrimas y se avergonzó de su debilidad cuando había jurado ser tan valiente, pero ellos no se le reían. Caminó apoyado en los hombrecillos y trató de leer en sus propios ojos. ¿Compasión? Sí, compasión. Y pena... la misma pena que habían expresado antes. Pero algo más, admiración. Un diminuto principio de admiración había aparecido en los hombrecitos y se dirigía a él, toda a él.

Dejó de andar.

—¿Conocí antes a alguno de vosotros?

—A mí —contestó uno de ellos—. Yo soy Toby.

—Pero todos sois Tobys, ¿no?

—No lo somos. Así nos llaman... Tobys. Pero tenemos nuestros propios nombres. Y ellos nos dieron otros en inglés... Ben, Buff, Duke... nombres por el estilo.

—Pero esos son nombres para animales.

—Lo sabemos. Piensan de nosotros como si fuésemos animales de trabajo.

—No debieran hacerlo. ¡Sois hombres! Merecéis respeto.

—Y que lo digas —respondió con suavidad Toby—. Cualquiera

que se hubiese arriesgado lo que tú, afirmarías eso.

—¿Entonces yo tenía razón y vosotros me respetáis? —preguntó Jeff con rapidez.

—Tanto como tú a nosotros. Has demostrado valor... has tratado de salvar tu mundo incluso ante la perspectiva de entregar tu vida. Somos capaces de admirar esto. Y de comprenderlo. Hemos dado mucho por salvar nuestro mundo también. Para progresar. Los otros especiales son hombres malos que nos tratan con desdén. Tú no.

Se permitió tener una última pizca de cansancio.

—¿Me estáis diciendo todo esto para que mi sumisión sea más fácil y efectiva?

—No —contestó Toby—. En ese aspecto, Hicks tiene razón. Somos demasiado torpes para engañar a nadie. Si no otra cosa somos honrados.

—¿Pero por qué aceptáis esa clase de tratamiento?

—Porque otra vez Hicks tiene razón. Vivimos como parásitos, sorbiendo de los cerebros de aquellos que nos ayudarán. Debemos tener las estrellas también como vosotros deseáis tenerlas. Hacemos lo que realizamos en compensación por la ayuda de alguien. Poseemos sólo cuerpos voluntariosos.

—No lo creo —dijo Jeff—. Hablas demasiado bien para ser menos que inteligente.

—Somos capaces de aprender idiomas. Son las cosas complejas y abstractas las que se nos escapan.

—¿Pero qué conseguiréis de bueno si ganáis las estrellas y perdéis la autoestimación? Comprendo vuestra necesidad de engrandecimiento racial, el deseo de ser más de lo que habéis sido. Pero no puedo aprobar este arrastrarse por el suelo ante hombres como Hicks.

—No hay otro modo —dijo Toby, y las cabezas asintieron tristemente.

—¡Lo hay! Si tuvieseis aliados adecuados, podríais conservar vuestra dignidad y alcanzar vuestra meta. Os habéis equivocado de amigos. Al principio no teníais elección, pero ahora sí.

La agitación sacudió a las breves figuras que le rodeaban.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Toby.

—Simplemente que mi pueblo no os trataría como animales. Os podríamos ayudar tanto como los Amos, pero a cambio no os

pediríamos que renunciaseis a la propia estimación. No os esclavizaríamos.

—Vuestra gente es como Hicks, Bennett, y Rogers.

—No. Esos son excepciones. Mi gente es como yo. Vosotros dijisteis que me admirábais.

La atención se le escapó mientras hablaban entre sí y aunque el lenguaje era extranjero. Jeff advirtió agitación, vio que estaba dando en el clavo.

—Tenéis que comprender la sensatez de lo que os he dicho —se apresuró a decir—. Mi pueblo está empezando a tratar de alcanzar las estrellas y tenemos capacidad para conseguirlas. Con vuestro conocimiento sobre espionaves, no tendríamos que esperar. Ya sabéis cómo construir navíos. Los Amos os lo enseñaron.

El grupito habló en conciliábulo, escuchando lo que él decía, discutiéndolo cuando dejaba de hablar. No tenía manera de saber en qué dirección marchaba. Era preciso llegar a una demostración concreta.

Tocó al jefe de ellos por el hombro.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó—. Tu verdadero nombre.

—Ariki —contestó el hombrecillo.

—¿Y el tuyo? —preguntó a otro.

—Coben.

—¿Y el tuyo?

—Tonnard.

—Ariki, Coben, Tonnard. Considerad lo que os he dicho con cuidado. De prisa. Hicks está esperando que salga de aquí convertido en una marioneta y esa posibilidad saldría conmigo.

Le estaban mirando con una extraña concentración.

—¿Ariki? —preguntó, utilizando el nombre adecuado.

—Has expresado tu opinión —dijo Ariki—. Nadie nos ha llamado por nuestro nombre desde que llegamos a la Tierra. Siempre fui Toby. Tú eres el primero que nos reconoce como hombres... con almas.

—Entonces, si nos hemos conocido por fin de alma a alma, no podéis destruir la mía —Jeff trató de calar hondo dentro de ellos, de hacer que sus cerebros lentos captasen ese punto—. Si plantáis ese chisme debajo de mi piel, perderé el alma. No podéis hacerme eso.

—Pero si no lo hacemos sufriremos terribles consecuencias.

—No si os ponéis al lado mío y de mi pueblo. Os lo prometo, os ayudaremos. Y os concederemos el respeto que merecéis.

—¿Pero cómo? —Ariki preguntó desesperado deseando creer.

—Voy a destruir las máquinas. Voy a interrumpir la comunicación de los Amos desde la Tierra, barrer a Hicks y a los de su clase y luego todos estaremos libres. Si vosotros no reconstruís los receptores, los Amos no podrán ponerse en contacto con nosotros ninguna vez. Todas las personas a quienes iniciasteis volverán a estar libres.

—No podemos ayudarte en la destrucción —dijo con rapidez Ariki.

—Lo comprendo. Pero podéis prometer no reconstruir las máquinas. Y si tengo éxito...

—Si tienes éxito —dijo Ariki—, podemos regresar al planeta de los Amos y destruir los transmisores que construimos. Entonces los Amos estarían tan desvalidos como lo estuvieron antes de encontrarnos.

—¿Comprendéis? —Jeff soltó una carcajada—. ¡No seáis estúpidos! Les habéis permitido convencerse de que lo erais, pero cuando se llega a la acción directa, sabéis lo que tenéis entre manos.

Una mano morena salió para tocar el brazo de Ariki. Había interés en los Tobys y hablaron suavemente a su jefe. Este dijo:

—Mis hermanos desean creerte y unirse a ti, pero tienen miedo. Me han dejado a mí la decisión.

—¿Y la aceptarán?

—Si.

—Entonces —preguntó Jeff con aspereza, por lo mucho que se jugaba en esta única respuesta—, ¿qué decides?

Ariki le miró con sus ojos chocolate y su rostro cuadrado estaba serio.

—Resultaría fácil si no se tratase de ti. Yo te admiro, te respeto, noto algo de nobleza en tu forma de hablar. Y tu vida significa mucho para ti. Me temo que me dejo llevar sólo por las emociones, pero no soy capaz de otra cosa.

»Sólo puedo hacer lo que me dicta el corazón, no importa lo que digas en tu amabilidad, mi mente no puede sospesar demasiadas

posibilidades. Así que digo que... sí. Pondremos todo lo nuestro contigo y con tu gente.

Jeff estrechó la mano del hombrecillo.

—No os arrepentiréis.

—Pero ahora está el problema inmediato de Hicks y Rogers. Tenemos que engañarles.

Jeff soltó la mano de su nuevo amigo. Había dado hacia adelante un paso gigantesco, para tropezar únicamente con la misma pared que había tratado de esquivar todo el rato.

Los Tobys sonreían ante su ansiedad y les preguntó por qué.

—Vuelve a la mesa —ordenó Ariki. Al ver a Jeff dudar, añadió —: Debes también confiar en nosotros o abandonar todo el plan.

—Está bien —Jeff se decidió y caminó hasta la mesa—. Me pongo en vuestras manos. ¿Pero por qué esta mesa?

Ariki se acercó y cogió un instrumento. Lo colocó cerca del oído de Jeff.

—Esto picará un poco, pero nada más —dijo y, antes de que Jeff pudiese moverse para defenderse, el metal perforó su piel, un dolorcillo penetrante apareció en el costado de su cabeza y Ariki retrocedió.

—Esa parte está hecha —dijo Ariki mientras Jeff se volvía a poner en pie—. Dentro de pocos minutos, se hinchará y parecerá como si se hubiese implantado el aparato.

—¿Pero no es verdad? —Jeff se mostraba aprensivo.

—Claro que no. Estamos simplemente engañando a Hicks. Sin embargo, no te irás con tanta facilidad —la mano de Ariki se extendió, llevando en ella el diminuto receptor—. Debes insertarte esto dentro del oído para que puedas percibir las instrucciones de los Amos. Si no lo haces, no engañarías a nadie.

Jeff tomó el aparatito en la mano. Era como un puntito en su palma.

—Comprendo. Puedo llevarlo mientras escojo, escuchar sus órdenes y seguirlas para que nadie sepa que no estoy realmente implantado.

—Y cuando las órdenes empiecen a hacerte pedazos, te lo puedes quitar.

—¿Hacerme pedazos?

—Así le ocurrió al otro hombre. Algo que oyó... algo que no sé

que le dijeron los Amos... le condujo como una marioneta y se derrumbó ante nuestros ojos. Al cabo de tres días estaba muerto. Rompieron su voluntad de actuar y con ella su voluntad de vivir.

—Entonces todavía no salí del bosque.

—No lo llevarás demasiado —dijo Ariki y había una súplica y un gesto de amistad todo de una vez—. Vendrán pronto a por ti. Así que debes explicarnos tu plan.

—Realmente no sé cuál es —admitió Jeff—. Pero lo que tenga que hacer deberá realizarse esta noche. Si queréis manteneros libres de culpas, apartaos de la sala de máquinas durante las próximas horas.

Ariki dijo solemnemente:

—Nuestro futuro está unido al tuyo ahora —mostró a Jeff cómo insertar el receptor dentro de su oído, luego explicó—. Aun cuando no escuches, debes representar el papel. El otro hombre estaba mareado. Caminaba despacio, rígido y algunas veces tambaleándose. Eso es todo cuanto puedo decir. La mejor esperanza reside en el hecho que Hicks no sabe tampoco lo que se espera de ti. Sólo vio lo que yo en el otro hombre.

El receptor nada pesaba en su oído. No le molestaría en absoluto... hasta que empezase a funcionar. Antes de que lo hiciera, tenía que ajustar firmemente en la mente su plan, para que los Amos no pudieran extraérselo. Primero, debía pasar la prueba de Hicks; luego tenía que buscar a Jones. Aún estaba en algún lugar de Wornegon y Jeff le necesitaba. No podía resolver esto a solas. Una vez encontrase a Jones, el plan seguiría tal y como fue previsto antes de todas estas aventuras.

La mesa fue vuelta a su altura normal y él se sentó en el borde, silencioso; Ariki y sus hermanos se plantaron a su alrededor, también callados. Aguardaban a que comenzase y lo mismo él... aguardaba y temía y rezaba para poder soportarlo, a causa de que no podía quitarse el receptor demasiado pronto y con demasiada frecuencia. Si se perdía una orden y no obedecía, los Amos se enterarían.

Un sonido penetrante despertó ecos en su cerebro e inclinó la cabeza. Toda una entera habitación se abrió ante él, pero era un nuevo mundo de sonido, un mundo de espacios y máquinas, tal como había experimentado una vez antes cuando cobró vida un

sistema de altavoces públicos.

Ariki se acercó a él.

—Otra cosa que olvidé decirte. ¡Munro! ¡Señor Munro!

—Sí.

—No te engañes al creer que la voz emitida lo es todo. No es así. Los Amos tienen algún poder que se transmite con su voz. La voz ni siquiera es real. Carecen de cuerdas vocales.

La voz de Ariki quedó borrada por una diminuta erupción del reflector de dentro de su oído. Y Jeff se incorporó y escuchó.

—«Jeffrey Munro» —decía—. «Has sido entregado a nuestras manos. Nos perteneces en cuerpo y alma. Ahora te lo demostraremos».

XII

La vocecita se hizo cargo y no fue difícil fingir turbación, porque le dominaba. Su pequeñez penetraba en las profundidades de su alma y le hablaba al cerebro sin atravesar los sentidos. Le rasgó, insultándole, blasfemando, golpeando a su ego hasta enlodarlo. Escuchó, porque tenía que escuchar. Quiso arrancarse la voz del oído, pero no se atrevió. La única vez que intentó hacerlo, Ariki le contuvo.

La voz era tan fuerte e insistente que incluso enturbiaba la visión. Era una marioneta, que conocía sus límites. Si la voz le ordenaba que moviera su mano izquierda, la movería. No quería moverla, pero obedecería, porque había algo más que la voz de aquel diminuto sonido. Había compulsión.

Le pesaba el cuerpo y las piernas le colgaban de la mesa como si fuesen pilares de cemento, arrastrándole hacia el suelo. En la pequeñez de la voz, mientras sonaba, la puerta se abrió y se dio cuenta de la presencia de Hicks y de otra figura alta, junto a él, Cory.

—Veo que está hecho —dijo Hicks, su voz un eco débil contra el rugido del Otro.

—Obedecemos la orden —respondió Ariki.

—Os costó mucho tiempo —dijo Cory.

—Se puso difícil. Tiene una fuerte voluntad.

—Ya no —comentó Hicks.

Ariki habló dudoso:

—Parece cruel, señor. Un hombre como éste, arrebatarse su alma.

—¿Y qué sabéis vosotros de almas? —le espetó Cory, Jeff vio la forma de Ariki retroceder, doblarse en una especie de encogimiento.

La voz en su oído siguió gritando:

—«Has sido un estúpido. No eres capaz de nada más. ¡Confiésalo! ¡No eres nada! ¡No puedes luchar contra nosotros! Jeffrey Munro es un estúpido desvalido. ¡Dilo! Balancea tu... pierna izquierda».

La pierna izquierda de Jeff comenzó a balancearse por su propia cuenta. No la puso en movimiento. Vivía en sí, aparte de él y la gritó, pero ese grito fue sólo un murmullo.

—Ja —gruñó Hicks—. Ya le tienen. ¡Vaya poder! ¡Vaya poder!

Algo se apretó contra Jeff, que se puso rígido; era una suavidad, una gordura, con una cálida emanación. Hicks.

—¿Puede oírme, Munro? ¿Qué tal se encuentra, hombre? ¿Hay alguna sensación?

Jeff trató de apartarse de aquel rostro.

—Vamos, Hicks —dijo Cory—, es una manera repugnante de aprovecharse. Ha hecho que se me remueva el estómago.

—Entonces que siga revolviéndosele —dijo Hicks—. Piense en ello, en el poder... de tomar una vida entre las manos y dirigirla. ¿Qué tal se siente, Munro? ¿Adonde se fue su seguridad?

—«¡Basta de balancear... tu pierna!» —la orden salió tras una larga tirada de insultos y la pierna de Jeff colgó desmadejada, aún sin obedecer las órdenes del cerebro—. «¡Baja de la mesa!».

¿Cómo sabía que estaba sobre la mesa? ¿Podía verle? ¿Sentirle? Estaba bajando, meditando en las preguntas, decidido a resistir. Podían ordenarle y obedecería, pero no se entregaría.

—«¡Camina!» —la orden era aguda. Su cuerpo elaboró pasos y él fue adelante, luchando por alguna medida de control. Era ahora o nunca. Si se dejaba ir demasiado, los Amos le poseerían, con receptor desprendible o no. Reuniendo un profundo aliento, detuvo las piernas y fue una lucha terrible realizar aquella pequeña parte de rebelión. Pero se detuvo, permaneció quieto durante la cuenta de diez, luego se dejó marchar. Ahora su caminar era mitad orden suya, mitad su voluntad. No se apoderarían de él con tanta facilidad.

—Adiós, soldadito de plomo —Cory se unió en la provocación, pero no les dio la satisfacción de que se enterasen de que podía oírles.

Salió al temprano sol de la mañana. Aún hacia frío y la hierba

estaba verde y húmeda por la escarcha. Obedientemente caminó hasta el borde, junto a la cerca y empezó su primer círculo. Dio vueltas y más vueltas, por los recortados setos de Wornegon y el batir contra el fuego estaba con él hasta que apenas pudo separarlo de sus propios pensamientos, asaeteado por el deseo de los Amos.

Cuando terminó su segunda vuelta, forzó su brazo hacia arriba y se arrancó el receptor del oído. El silencio era una masa que cayó sobre él.

Continuó caminando como había estado haciendo, inclinado, arrastrando un poco los pies, la cabeza gacha. Pero ahora estaba alerta esperando voces, alerta para sonidos. En el bosque cantaban los pájaros, los coches rugían en el aparcamiento y las voces vibraban a lo lejos. Mientras pasaba por delante de grupos de personas, buscó a Jones. Tenía que encontrar a Jones.

Se concedió lo que calculó cinco minutos libre del receptor y lo volvió a colocar en su oído. Lo hizo en medio de otra sarta de improperios.

—«... Impotente mentalmente. ¡Ir contra la gloria del H.D.P. es pecado y tú eres un pecador! ¡Repítelo para ti... eres un verdadero pecador! ¡Di, soy un pecador!».

Evidentemente, los Amos no habían emitido ninguna orden nueva. La voz le controló otra vez y aguardó hasta que encontró otra posibilidad de cortarla.

En su décima vuelta por los jardines, se quitó por tercera vez el receptor. Las piernas le dolían desde el tobillo hasta el muslo y le pesaba la espalda. Todavía no se había recuperado de la carrera huyendo la noche anterior y se veía obligado a caminar durante kilómetros... y kilómetros de hierba, kilómetros y kilómetros de degradación.

Siguió adelante. Pie izquierdo, pie derecho, tambaleándose un poco. Pie izquierdo, pie derecho, tambaleándose otro poco. Pie izquierdo, pie derecho...

¡Jones! Le vio plantado junto a la puerta, esperándole para subir a un coche, como estaba planeado.

—Jones —gritó en silencio—, por favor, hombre, mira hacia aquí. ¡No puedo acercarme a ti!

Siguió caminando, despacio, rígidamente, imitándose a sí mismo. Estaba a la altura de Jones y aún el hombre del FBI no

miraba en su dirección.

Jeff no sabía si le vigilaban. No había motivos ni siquiera para que Rogers se mostrase receloso sobre él, pero quizás alguno estuviese mirando por el sólo placer de verle torturado. Tenía que aprovechar la oportunidad.

Estaba casi a punto de pasar por delante de Jones cuando susurró:

—Aquí estoy, Jones, aquí estoy. No me siga. Reúnase conmigo en la puerta trasera.

Jones se incorporó y se colocó tras él a la distancia de tres cortos pasos.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Jones.

—Reúnase conmigo atrás. Y que parezca accidental.

Jeff siguió dando la vuelta, caminando hasta la esquina de la hierba recortada y volviéndose para recorrer el lateral. Por último apareció la puerta trasera y Jones estaba a la vista, aguardando pacientemente.

Mientras se acercaba a la puerta, fingió que se tambaleaba. A cuatro metros de Jones dio otro traspies y esta vez cayó de rodillas. Como había esperado, la acción hizo que Jones corriese.

—¿Qué le ocurre? —Jones trató de ayudarlo a levantarse.

—¿Está todo preparado para esta noche? —preguntó Jeff.

—Kirby está listo, pero hemos perdido a Mason y Terry.

—Lo sé. Lo haremos solos. Escuche con atención. Después del toque de queda, reúname conmigo en la sala de máquinas —le dio unas breves instrucciones acerca de dónde estaba situada la sala—. Llegaré allí como sea.

—No creo que esté usted en condiciones...

—Simplemente ayúdeme a levantarme. Pretenda que no me conoce. Sólo es un miembro del H.D.P. ayudando a un compañero. ¿Comprendido?

Jones le levantó y Jeff volvió a colocarse el receptor rápidamente en el oído, porque había captado el batir de pies en la hierba y sabía que alguien venía a inspeccionar.

—¿Qué ocurre? —gritó Rogers, llegando ladeante junto a ellos.

—Este hombre está enfermo —Jones representó su papel—. Se cayó.

—Que se caiga —dijo Rogers—. ¿No tiene usted nada mejor que

hacer con su tiempo?

—¿Mejor que ayudar a un hermano del H.D.P.?

Rogers se echó atrás, examinando con atención a Jeff, satisfecho con la afirmación vidriosa de sus ojos y la flojedad de su mandíbula.

—Lo siento, hermano, no era mi intención...

Jeff continuó su camino, tropezando con Rogers, que se apartó.

—Dejémosle que se vaya —oyó que decía Rogers—. Yo le vigilaré. Vuelva usted a sus propios deberes, hermano.

Rogers se marchó a escape hacia el edificio principal y pocos minutos más tarde la voz en la cabeza de Jeff le ordenó que fuese a su cuarto del tercer piso, para caminar allí, paseando por la alfombra.

Recorrió la estancia hasta que sus piernas no quisieron sostenerle más. Voces, voces. Si se relajaba, se apoderaban de él y le controlaban hasta un grado terrible. Precisamente cuando había decidido volverse a libertar, se abrió la puerta y Rogers y Hicks entraron. Él siguió hasta que cedieron sus piernas y cayó de bruces en la alfombra.

Rogers le levantó.

—Dejémosle —dijo Hicks—. Está agotado.

—¿Sí? Usted, Hicks, subestima constantemente a este hombre. La idea es agotarlo, física y mentalmente. Cuando caiga, las voces continuarán y le poseeremos. Pero primero, tiene que estar lo suficientemente cansado.

—Va usted a matarle —le previno Hicks.

—No me importa. O se morirá o se rendirá. No hay término medio con él. Personalmente, preferiría que muriese.

—Porque fue más listo que usted —añadió la voz de Cory entre la suave caída de los pies de Jeff, midiendo con sus pasos la alfombra.

—Por favor —interrumpió Hicks—. No quiero discusiones. Hemos llegado demasiado lejos para dividirnos ahora. Vamos a cenar y dejémosle a los Amos.

—Yo me quedaré aquí —decidió Rogers—. Si vuelve a caer, le pondré en pie otra vez. Caminará hasta que los Amos digan que se detenga. Aun cuando su corazón fallé primero.

—Lo que es muy posible —dijo Hicks—. Los Amos no saben mucho de corazones puesto que no tienen cuerpos. Irán demasiado

lejos. Será mejor que venga con nosotros, Rogers. Si cae, que se quede así. Ellos seguirán trabajando en él.

Paso, paso, paso. Jeff luchó por mantenerse erguido. Si caía ahora decidiría a Rogers a quedarse y Rogers tenía que marcharse para que pudiese él descansar.

—«¡Te has equivocado! ¡Dilo! ¡Eres un estúpido! ¡Dilo!». — Sonaba en su oído. No podía caer en coma y dejar que siguiese adelante porque se perdería a sí mismo para siempre.

—Bueno —dijo Rogers—, pero si se escapa de nosotros, la culpa será suya, Hicks.

Hicks respondió:

—¿Cómo puede escaparse de nosotros con esa cosa plantada dentro de su cabeza? Vamos. Tengo hambre.

La puerta se cerró tras ellos y Jeff dio una vuelta más a la habitación. Luego silenció la voz y se tumbó en la cama, yaciendo atravesado, para que si alguien le miraba en secreto, no sospechase. Tenía que dormir. El sol se ponía y le quedaba poco tiempo y estaba exhausto.

Durmió y el sueño estuvo lleno de demonios. Cuando despertó, el sol había desaparecido y el reloj marcaba poco más de las once. Lo había logrado. Los Amos no sabían que no estaba sintonizado con ellos.

Wornegon era todo calma, puesto que el toque de queda había tenido efecto los miembros estaban realmente abrigados en sus camas. Se alzó, entró en el cuarto de baño y se mojó el rostro con agua fría. Tocó el suelo con los dedos unas pocas veces para desentumecerse y volvió a la puerta que conducía al pasillo.

En la cabeza de Jeff había un verdadero torbellino de ideas confluyentes.

Casi a la vez su memoria evocó imágenes pasadas de la infancia, de su madurez, de momentos antes, de un ayer remoto.

Pero por encima de todo una idea dominaba.

Salvar al mundo.

Derrotar al H.D.P.

Vencer a los Amos.

Destruir las máquinas.

Hubo un fugaz momento de duda. ¿Y si no lo lograba? ¿Y si se presentaba algún imponderable que hacía fracasar el bien elaborado

plan?

No, no había lugar para el fracaso... porque de haberlo, ¿qué les pasaría a aquellas pobres y nobles criaturas, a aquellos mal llamados Tobys, que le salvaron del aniquilamiento? Se estremeció sólo al pensarlo.

Repasó los posibles peligros.

Rogers era ahora el verdadero peligro.

Rogers podía caer sobre él en cualquier momento.

Su mejor posibilidad de llegar al pasillo lateral que conducía a las máquinas era pretender estar cumpliendo órdenes de los Amos.

Ni siquiera Rogers podría hallar en ello nada que despertara sus recelos.

El corredor estaba vacío. Lo cruzó rápido, marchando sobre la mullida alfombra hasta el ascensor. Podía llevar a cabo el gran engaño. La puerta se abrió y la cabina apareció vacía. Entró.

Durante el descenso adoptó la consabida expresión de turbación, inclinando su cuerpo hacia adelante y esperó a que alguien en el vestíbulo reparase en él.

Pero el vasto vestíbulo también se hallaba vacío. Nadie vigilaba, nadie le seguía. Caminó arrastrando los pies hasta la puerta lateral que conducía a las máquinas y una vez traspuesta comenzó a girar por los corredores, siguiendo el rumbo señalado por los letreros prohibitivos.

Se encontraba a unos treinta metros de su punto de destino, debiendo doblar un pasillo más a la izquierda y la alegría y la excitación se apoderaban ya de él. El soldadito de plomo acababa de cobrar vida de repente y se aprestaba para guerrear.

Dobló la esquina y... se detuvo en seco. Cory estaba plantado ante él, viniendo de la dirección opuesta.

Reprimiendo un grito de asombro y sorpresa, que estaba a punto de escapársele de los pulmones, Jeff reanudó la imitación del hombre que se ve impulsado por los Amos.

Cory estaba igualmente sorprendido. Su boca se abrió modulando una sola palabra:

—¡Jeff!

Jeff se plantó estúpidamente, dándose cuenta de que su comedia había sido tardía. Cory había podido ver en él un marcado espíritu de combate.

La mano de Cory se extendió y tocó la sien de Jeff, tentando en busca del bulto diminuto del receptor.

Mientras los dedos le rozaban la cabeza, Jeff se irguió furioso.

—¡Así que ahora lo sabes! Y nos encontramos solos... como amigos.

Cory perdió momentáneamente el control. Su expresión se endureció mientras retiraba la mano.

—Soy inmune a las amenazas. Ahora estás en mi propia casa.

—Pero tu casa está hecha de paja.

Cory se hizo a un lado, en un movimiento rápido encaminado a sobrepasar a Jeff, pero Jeff le bloqueó el camino, sus reflejos avivados por el peligro.

—No —dijo Jeff—. No te permitiré que des la alarma. Esto es entre tú y yo. Y en esta ocasión conozco cuál es tu bando.

—Yo siempre estuve de tu parte. Pensándolo bien, Jeff, «tú» te pusiste en contra mía. Yo no te traicioné.

—¿Cómo se explica eso?

—Traté de prevenirte y disuadirte, ¿no? Cuando empezaste con aquel artículo, Intenté hacerte desistir, ¿no?

—Pero con destreza maniobraste para hacerme venir aquí. Pudiste haberme convencido de que desistiera con palabras, pero en vez de eso alentaste mis recelos y dijiste lo único que me habría hecho venir hasta Wornegon.

—Tuve que hacerlo —Cory hablaba como un hombre que se hallase en la necesidad desesperada de explicarse, pero sus ojos le traicionaban, yendo de un lado para otro, buscando una escapatoria—. No podía decidirme a dejarte solo tras la muerte del Fugitivo. Creí que serías lo bastante listo para aceptar la oferta de Hicks. Te salvé la vida. Estarías muerto ahora si no hubiera convencido a Hicks de que aún podías ser útil.

—Si crees que convertirme en una especie de robot era mejor que matarme... Cory, ¿te das cuenta de lo mucho que he llegado a odiarte?

—Tú no me odias —Cory habló con seguridad en los tonos de su voz—. Tú no eres de ese tipo de personas capaces de cambiar del amor al odio de la noche a la mañana.

—Recuerda que ya te equivocaste una vez anteriormente al juzgarme, así que no debes fiarte mucho de los juicios que sobre mí

te has formado.

—¿Es otra amenaza?

Jeff no vaciló al contestar.

—Una grande, sonora y efectiva. Hablaste mucho acerca del poder. Bueno, ahora quien tiene el poder soy yo y no te queda más remedio que bailar al son que a mí se me ocurra tocar.

—No intentarás aún destruir las máquinas, ¿verdad? ¿Y a solas?

—Precisamente ahí cometiste otro error. Acuérdate de él cuando las máquinas estallen en medio de una humareda. Erraste y tu error verdaderamente ha destruido al H.D.P. No sabes contar, Cory. Un equipo no ha de estar forzosamente compuesto por dos solas personas.

Cory se quedó blanco y balbuceó:

—¿Habían tres?

—¡Tres! Ven conmigo y conocerás al tercer hombre del equipo.

—¡No!

Cory volvió a abalanzarse hacia un lado y en esta ocasión logró franquear los brazos extendidos de Jeff. Se lanzó por el pasillo a la carrera, pero Jeff no vaciló y saltó sobre él en una estirada de jugador de *rugby*, agarrándole por las piernas y haciéndole caer al suelo con violencia.

Forcejearon por lograr la posición mas ventajosa, uno ocupó la parte de arriba, después lo consiguió el otro.

Jeff estaba dolorido y los puños de Cory le dolían en el cuerpo. Se puso en pie. Necesitaba espacio para dominar a su enemigo.

Cory se le enfrentó y ambos jadearon al unísono, esperando una debilidad. Jeff disparó si puño, estrellándolo contra la cara de Cory y haciendo que manara sangre del pómulo. Luego Cory se lanzó sobre él y los golpes fueron rápidos y cortantes.

Con el sabor salado de la sangre en la boca, Jeff se inclinó hacia adelante, dejando caer sobre Cory todo el peso de su cuerpo. Cory retrocedió inseguro, tratando de recobrar el equilibrio. Chocó contra una pared y su cabeza golpeóse en el muro con terrible violencia.

Jeff cayó sobre su adversario y le batió la cara. Pero Cory no le opuso resistencia.

Una detonación sonó procedente de la esquina. Jeff se agachó sobre el cuerpo de su derrotado oponente, recobrando el miedo

invencible que ya creía superado para siempre.

—¡Oh, no! —exclamó alto—. Ese es Jones. ¡Jones!

Volvió a examinar a Cory y el hombre estaba demasiado quieto, demasiado pálido. Con las yemas de los dedos alzo uno de los párpados de Cory.

El ojo estaba girado hacia arriba, vidrioso... muerto.

Jeff se quedó sin aliento.

Muerto.

Cory estaba muerto.

Se apartó girando, se reprimió. No había tiempo para sentir remordimientos. Jones acababa de volar la puerta interior y se enfrentaba solo a las máquinas. Corrió.

Dobló la esquina, cruzó la pequeña habitación cuadrada y entró en el inmenso mundo de las máquinas vibrantes.

—Gracias a Dios —exclamó Jones al verle—. Pensé que no lo había logrado.

—Ya casi está todo —Jeff le dio una palmada en el hombro.

La sala estaba brillantemente iluminada, pero no por las lámparas. La luz emanaba de la gran máquina del centro, latiendo con mayor fuerza hasta que se regularizó a sí misma en un gran círculo que proyectaba su resplandor hasta los rincones.

—Esto es el corazón de todo —dijo Jeff, con un susurro de voz envuelto en la suprema repugnancia que experimentaba—. Después de acabar con esa el resto será fácil.

Prácticamente se arrastraron hacia la luz, que les alumbró de manera espectral. Jones era un hombre que parecía brillar, el sudor brotando de su frente y del labio superior, pero aún más impresionante era el reflejo de aquella luz en sus ojos.

Jeff quiso apresurarse, pero había en la sala una especie de subcorriente que le producía cansancio.

No era nada que pudiese tocar, nada que pudiera identificar, pero que vibraba en el suelo y batía en el aire, y crecía y crecía.

Un golpe grande como un bofetón le dio de lleno en la cara y se quedó petrificado.

La subcorriente era ahora una fuerza física y se centraba en la luz de la máquina. Era el poder de los Amos y no estaba dispuesto a morir.

Jeff no comprendía el poder, ni tuvo Intenciones de hacerlo, sino

que reunió toda su fuerza de voluntad en una tensa pelota y no cedió terreno.

Jones cayó.

Un grito escapó de su garganta y se precipitó al suelo, quedando con brazos y piernas en cruz.

Trató de ponerse en pie, pero de nuevo algo le apretó contra el piso.

—¡No me abandones ahora! —suplicó Jeff, pero ni siquiera pudo inclinarse para ayudar a su compañero.

La fuerza que le había abofeteado la primera vez le sujetaba impidiéndole hacer ningún movimiento hostil.

—Hay una presencia enemiga en la habitación —decía por el altavoz la vocecita. Era familiar, demasiado familiar.

Jeff la escuchó durante todo el día, sólo que entonces era todavía más pequeña y sonaba dentro de su cerebro. Ahora su clamor le ensordecía.

—¡Esta vez tiene razón! —respondió Jeff. Aún poseía el don de la palabra y todavía era dueño de su voluntad. Apenas podía moverse, pero no estaba derrotado—. Soy Jeffrey Munro.

—Tengo información referente a ti. Estás realizando lo imposible. No puedes estar aquí. Vuelve a tu cuarto.

Jeff soltó una carcajada, una mezcla de sorpresa y miedo. Los Amos no podían creer que les había engañado. Su poder era demasiado grande para permitirse un margen de error.

Su carcajada quedó cortada con brusquedad. Sí que podía ser. Era incapaz de moverse. Sonaría la alarma y seguiría sin poder efectuar un movimiento. Reprimió su miedo hasta los rincones más ocultos de su alma y extrajo de ella la cólera. Odiaba a aquella voz. Le había estado degradando todo el día. La odiaba y la destruiría.

La furia le inundó y logró dar un breve paso hacia adelante. Emoción contra inteligencia... era un arma muy débil, pero tenía que ganar.

Por encima de la diminuta voz vino ahora un nuevo sonido.

Batir de pies. Trató de identificarlos. Batir creciente hasta un atronar constante.

¡Pies!

Había sonado la alarma, los Oyentes salían de su sueño y se reunían y apuntaban hacia él. Todo Wornegon se precipitaría por

los pasillos para aplastarle.

Y sólo había logrado deslizarse un poco hacia el ojo reluciente de la máquina.

—Quédate donde estás —le ordenó la voz—. Eres impotente contra nosotros. Tienes simplemente manos y pies.

—Ya lo has dicho con demasiada frecuencia... lo dijíste a los Tobys y a Montgomery Hicks —contestó Jeff con aire de desafío.

—Sólo lo suficientemente a menudo —la voz, en sí, era mecánica, pero había algo en ella... la subcorriente de fuerza. Todo resultaba tan extraño que se estremeció ante cada palabra, ante cada tono. Esta cosa quedaba muy fuera de su persona.

Ariki, con todo su aspecto grotesco, era un hermano más próximo que aquella voz.

A través de las estrellas venía este poder. Llegando hasta los confines del espacio para ordenarle y era un horror.

Dio otro paso y sólo cubrió una distancia de centímetros.

Era un reptar tratando de alcanzar a un águila. Y el batir por encima de su cabeza se hacía más fuerte.

Tenía que encontrar un medio de ganar un minuto precioso.

—He dicho que se lo dijiste a Hicks con demasiada frecuencia, porque él ha llegado a odiarte.

—¡Mentira! —Fue la respuesta que salió disparada de la máquina.

—Entonces —gritó Jeff, directamente hacia los dientes de la luz del poder reverberante—, ¿por qué planea Hicks traicionarte? ¡Tiene planes, planes... planes para llegar a tu mundo y esclavizarte! ¡Para utilizar tus navíos y tus transmisores para sus propios propósitos! ¡No eres nada para nosotros! ¡No puedes moverte! ¡No eres más que una cosa... una herramienta!

Gritó y no se creía a sí mismo, y menos notando la fuerza de los Amos a través de su cuerpo. Pero la tensión que le sujetaba, el muro que le contenía, se ablandaron por un instante de sorpresa cuando el gran cerebro oyó sus palabras y se quedó atónito.

Jeff se lanzó hacia adelante, penetrando a través de aquel momento de sorpresa, corriendo la cabeza, cogiendo una silla mientras pasaba y llevándosela consigo. Notó que la pared se endureció de nuevo, pero la penetró, dejando que el impulso le ayudase, arrojándose en persona para cubrir la última distancia la

silla mantenida ante él. Cerró los ojos e hizo impacto, cayendo. La silla rebotó por toda la longitud de sus brazos al estrellarse contra la pantalla. El cristal se desmenuzó por encima de su cuerpo tumbado y chispas de un cortocircuito lanzaron humo en nubes por toda la estancia. Se produjo un gran susurro, un siseo y la voz quedó muerta.

La fuerza y el poder quedaron cortados con una imposible instantaneidad y Jeff quedó inerte. Pero no había tiempo para descansar. Los pies de la turba sonaban en el pasillo, sólo había hecho que empezar su trabajo. Tanteó en la nueva oscuridad buscando un interruptor de luz eléctrica. Cuando la sala se inundó de resplandor, corrió a lo largo de las bancadas de máquinas, tirando de cables, destrozando con un pesado martillo hallado junto a uno de los aparatos. Los dispositivos Iban quedando muertos tras él en medio de chispazos y chirridos, el metal sonaba al caer al suelo y el zumbir se debilitó.

La multitud llegaba a la puerta, aún queriendo perseguirle, pero sus rostros les traicionaban. Había en ellos poco propósito; sólo confusión, azoramiento. Habían saltado de sus camas a la orden de los receptores implantados dentro de sus carnes; habían cruzado Wornegon para matarle; pero las máquinas habían sido destruidas, los receptores quedáronse sin voz y la gente volvía a ser la que fuera antes de la iniciación, preguntándose por qué estaban en las profundidades de Wornegon.

Jeff se arrodilló junto a Jones. Su compañero estaba inconsciente. Tendría que terminarlo todo solo. Cacheó el cuerpo de Jones hasta hallar la bengala que Kirby esperaba ver. Se la quitó al agente del FBI y se la colocó bajo el brazo.

Se enfrentó a la turba.

Los prosélitos del H.D.P. ocupaban por completo el pasillo y estaban tan apretados que resultaba imposible atravesar sus filas. Sin embargo, se dispuso a hacerlo, dando codazos y palmadas, apartándoles de en medio. Pero su progreso era lento. Y en cualquier momento podría aparecer Rogers.

Aún recordando pasada influencia, algunas personas le asieron, pero se libertó, rompiéndose parte de la americana y de la camisa.

—¡Dejadme pasar! —volvió a empujar contra la pared a los cuerpos que se le oponían. Se abrió paso sin compasión ni

miramiento algunos, sin detenerse a disculparse o a apreciar las consecuencias de la acción violenta que realizaba. Tenía mucho que hacer.

Cuando irrumpió en el vestíbulo, la multitud le seguía, apelmazada en los pasillos conducentes a los sótanos. Pasó junto a los ascensores y subió corriendo por la escalera, dedicando a sus cansadas piernas los últimos restos de sus ya escasas fuerzas. Subió y subió, describiendo cada vez un círculo más reducido ante cada tramo que se le presentaba. Luego se encontró en la cumbre y abrió lo que debía ser el acceso a la terraza.

La noche floreció por encima de su cabeza. Las estrellas surgieron como por ensalmo y el aire fresco y puro sopló por encima del borde de la terraza, albotrotándole el cabello y haciéndole lagrimear los ojos.

Antes de dejar que un pensamiento secundario cruzase por su mente, disparó la brillante bengala al cielo, creando una nueva y próxima estrella. Esa estrella llamaría a Kirby, que estaba a la espera con tropas y artillería. Kirby terminaría lo que él había comenzado. Los Tobys destruirían los transmisores, devolverían a la Tierra a la gente y todo acabaría y sería olvidado.

Se sentó cerca del final del tejado y dejó que la brisa le reanimara. Sólo tenía un pesar y no era lo de Cory, era por Rogers.

Cuánto le habría gustado poder golpear la cara de Rogers, aunque sólo fuera una única vez, una nada mas, para ver el color de la sangre de Rogers.

El ruido entrecortado de un motor llegó hasta él y supo que era Kirby, viniendo con un helicóptero para hacerse cargo de la situación y transmitir al mundo la orden de atacar los cuarteles generales del H.D.P. y librar a la Tierra de un terrible parásito.

Jeff rió para sí. Un parásito cayendo y otro remontándose. Su trabajo aún no estaba completo. Tenía que hallar algún método para fabricar héroes partiendo de los hombrecillos, para hacerles aceptables como socios, para que los terrestres pudieran adquirir un parásito inofensivo en vez de tener que sufrir el que había imaginado Hicks.

No sería muy difícil. Las estrellas estaban cerca ahora y el hombre las agarraría con una mano, mientras que con la otra sostendría las manitas de los hombrecillos de ojos chocolate y

corazón honrado.

FIN